

Jeanette Winterson



El
hueco
del
tiempo

se

Para Ruth Rendell, 1930-2015

Pasados los cincuenta, descubrimos con sorpresa y una sensación
de absolución suicida
que aquello que nos propusimos y en lo que fracasamos
podría no haber ocurrido
y ha de hacerse mejor.

ROBERT LOWELL, «*Para Sheridan*»

EL ORIGINAL

LUGAR: La obra empieza en Sicilia, una de las muchas islas fabulosas de Shakespeare.

TIEMPO: Inventado.

ARGUMENTO: Políxenes, rey de Bohemia, ha pasado los últimos nueve meses con su amigo de la infancia Leontes, rey de Sicilia. Políxenes quiere volver a casa. Leontes intenta sin éxito persuadirle de que se quede.

La mujer encinta de Leontes, Hermione, interviene, y Políxenes acepta quedarse más tiempo.

Pero Leontes cree que Políxenes y Hermione tienen una aventura y que el niño al que ella dará pronto a luz es de Políxenes.

Leontes llama a su criado, Camilo, y le ordena que envenene a Políxenes. En vez de eso, Camilo advierte a Políxenes de que Leontes quiere asesinarlo. Políxenes escapa en compañía de Camilo.

Al enterarse, Leontes monta en cólera y se apresura a acusar públicamente a su mujer de infidelidad. La manda a prisión prestando oídos sordos a las protestas de la corte, sobre todo de Paulina, la única noble lo bastante valerosa para enfrentarse a Leontes.

Leontes detesta que nadie crea sus absurdas y viles acusaciones, y para que no lo acusen de tirano envía un mensajero a consultar al Oráculo de

Delfos.

Entretanto, Hermione da a luz a una niña. Leontes la repudia por ilegítima y decreta su muerte.

Paulina le lleva la niña a Leontes, con la esperanza de aplacar su ira. Sin embargo, Leontes amenaza con aplastar el cráneo de la recién nacida. Incapaz de enfrentarse a Paulina, acepta que lleven a la niña a un lugar remoto y la abandonen a su suerte. El marido de Paulina, Antígono, es el encargado de hacerlo.

Durante la ausencia de Antígono, Leontes lleva a Hermione a juicio y la humilla delante del tribunal real. Cuanto más la maltrata, más digna parece ella, que no pierde la compostura y niega impertérrita sus desvaríos.

En mitad del juicio, regresan los enviados con el oráculo de Delfos. El Oráculo ha declarado que Leontes es un tirano celoso; que Hermione y Políxenes son inocentes; que la recién nacida es inocente y que Leontes no tendrá heredero hasta que aparezca la niña perdida.

Leontes monta en cólera y declara que el Oráculo miente. En ese momento, entra corriendo un mensajero con la noticia de que el joven Mamilio, su único hijo, ha muerto.

Hermione se desploma. Leontes se arrepiente. Es demasiado tarde. La reina ha muerto.

LUGAR: Bohemia. Hoy parte de la República Checa. Nunca ha tenido mar.

ARGUMENTO: Antígono abandona a la niña en la costa de Bohemia, con dinero y varias pruebas de su cuna, e intenta escapar antes de que se desate la inminente tormenta. Su barco zozobra. Antígono muere en la acotación escénica más famosa del mundo: *Sale perseguido por un oso*.

El pícaro local Autólico lo ve todo pero no hace nada, aparte de limpiar un par de bolsillos, mientras un pastor pobre y su obtuso hijo Clown encuentran a Perdita. Se apiadan de la pequeña y la crían como si fuese su hija y hermana.

TIEMPO: Dieciséis años después.

El príncipe Florizel, hijo de Políxenes, se ha enamorado de Perdita. Cree que es hija de un pastor.

La escena se desarrolla en el curso de una alegre celebración: el festival del esquilado; nuestro pastor y su hijo, Clown, se han hecho ricos gracias al dinero que encontraron al lado de Perdita.

Florizel finge ser un tipo normal, no un rico príncipe. Impulsivamente pide en matrimonio a Perdita y ruega a dos ancianos desconocidos que sean sus testigos.

Los desconocidos resultan ser su padre, Políxenes, y Camilo disfrazados.

Mientras Perdita y Florizel se declaran su amor, el pícaro Autólico se dedica a robar a todo el mundo y a mentir y divertirse en la fiesta.

Es el villano más adorable de Shakespeare: ingenioso, frívolo e imperturbable. Y el improbable camino hacia un final feliz...

Mientras Clown entretiene a sus amigas Mopsa y Dorcas, y el pastor felicita a todo el mundo por su buena suerte, Políxenes se quita el disfraz y amenaza con matarlos a todos.

Se marcha iracundo y ordena a Florizel que no vuelva a ver a Perdita. Camilo comprende que es su ocasión de volver a casa. Se ofrece a llevar a Florizel y Perdita a Sicilia. Estos aceptan y escapan.

Detrás van el pastor, Clown y Autólico.

LUGAR: Sicilia.

TIEMPO: Un presente fugaz.

ARGUMENTO: Florizel y Perdita llegan a la corte. Leontes se encapricha de Perdita y luego descubre que es su propia hija, cuando el pastor y Clown le enseñan la caja con las pruebas de su cuna.

Políxenes, que iba en persecución de los fugitivos, se reconcilia con Leontes y Florizel. El final se acerca. Paulina invita a todo el mundo a su casa a contemplar una estatua de Hermione. Es tal el parecido de la estatua con la reina, que Leontes se acerca a ella para besarla, pero Paulina se lo impide y luego anima a la estatua a bajar del pedestal.

El final de la obra, sin explicación, advertencia ni interpretación psicológica alguna, lanza a todos los personajes a una nueva vida. Lo que

hagan en ella queda a merced del «huevo del tiempo».

LA VERSIÓN

UNO

Estrella acuosa

Esta noche he visto una cosa rarísima.

Iba camino de casa, hacía una noche cálida y bochornosa, como ocurre aquí en esta época del año, cuando te brilla la piel y nunca llevas la camisa seca. Había estado tocando el piano en el bar donde trabajo, y como nadie tenía muchas ganas de irse, acabé más tarde de lo que me habría gustado. Mi hijo me había dicho que pasaría a recogerme con el coche, pero no vino.

Iba camino de casa, serían las dos de la mañana, con una botella fría de cerveza calentándose en mi mano. No se puede beber en la calle, lo sé, pero ¡qué demonios!, había estado trabajando nueve horas seguidas, sirviendo copas cuando había poca gente en el bar y tocando el piano cuando se llenaba... La gente bebe más cuando hay música en vivo, está demostrado.

Iba camino de casa cuando el cielo se desgarró y cayó una lluvia que parecía de hielo; de hecho, era hielo, granizo del tamaño de pelotas de golf y duro como pelotas de goma. La calle conservaba el calor de todo el día, de toda la semana, de todo el mes, de todo el verano. Cuando el granizo golpeaba contra el suelo era como echar cubitos de hielo en una freidora. Como si la lluvia subiera de la calzada en vez de caer del cielo. Eché a correr en medio de aquella ráfaga de metralla, refugiándome en los portales, no me veía los pies entre el vapor y los silbidos. Subí las escaleras de la iglesia y durante un minuto o dos, me guarecí de aquella espuma burbujeante. Estaba empapado. Los billetes que llevaba en el bolsillo se habían adherido entre sí y el pelo se me pegaba a la frente. Me sequé la lluvia de los ojos. Lágrimas de lluvia. Hace un año que murió mi mujer. Inútil guarecerse. Mejor volver a

casa.

Así que tomé el atajo. No me gusta ir por ahí desde que pusieron el torno para bebés.

El hospital lo instaló hace un año. Día a día, vi a los obreros construirlo cuando iba a cuidar de mi mujer. Los vi verter hormigón, encajar la caja de acero en la estructura, ajustar la puerta sellada, instalar los cables de la calefacción, la luz y la alarma. Uno de los obreros no quería hacer aquel trabajo, pensaba que estaba mal, que era inmoral, supongo. Un signo de los tiempos. Pero los tiempos tienen tantos signos que si los interpretásemos todos nos daría un infarto.

El torno es cómodo y seguro. Una vez el bebé está dentro y se cierra la puerta, suena una alarma en el hospital y una enfermera tarda lo justo en bajar para que la madre tenga tiempo de marcharse; hay una esquina allí mismo. Se ha ido.

Una vez lo vi. Corrí tras ella. Grité: «¡Señora!». Ella se volvió. Me miró. Hubo un segundo, uno de esos en los que parece que el mundo se detenga, y luego el segundero siguió avanzando y ella desapareció.

Volví atrás. El torno estaba vacío. Unos días después murió mi mujer. Por eso nunca vuelvo a casa por ese camino.

Los tornos para bebés tienen su historia. ¿Acaso no hay siempre una historia detrás de cada historia? Crees que vives en el presente, pero el pasado está justo detrás como una sombra.

Hice algunas averiguaciones. En Europa, en la Edad Media, cuandoquiera que fuese eso, había tornos para bebés. Los llamaban «tornos de expósitos»: una ventanilla en un convento o un monasterio por el que podías meter al bebé con la esperanza de que Dios se ocupara de él.

O podías dejarlo muy abrigado en el bosque para que lo criaran los perros y los lobos. Dejarlo sin un nombre, pero con algo para que empezara la historia.

Un coche pasa demasiado deprisa por mi lado. El agua del arroyo me salpica, como si no estuviese ya lo bastante empapado. Imbécil. El coche se detiene... es mi hijo Clo. Subo al coche. Me pasa una toalla y me seco la cara,

agradecido y de pronto exhausto.

Seguimos varias manzanas con la radio encendida. Un extraño pronóstico del tiempo. Una superluna. Olas gigantes en el mar, el río se ha desbordado. No viajen. Quédense en casa. No es el huracán Katrina, pero tampoco una noche para salir. Los coches aparcados a ambos lados de la carretera tienen más de media rueda sumergida en el agua.

Entonces lo vemos.

Justo delante hay un BMW negro serie 6 que ha chocado de frente contra la tapia. Las dos puertas están abiertas. Un coche pequeño y destartado le ha embestido por detrás. Dos encapuchados están golpeando a un tipo en el suelo. Mi hijo hace sonar el claxon, va directo hacia ellos con la ventanilla bajada y grita: «¡QUÉ COÑO, QUÉ COÑO!». Nuestro coche gira cuando uno de los hombres nos dispara a la rueda delantera. Mi hijo da un volantazo y el coche choca contra el bordillo. Los encapuchados suben al BMW, rozan la tapia con él y empujan el coche destartado al otro lado de la calle. El tipo al que le han dado la paliza está en el suelo. Lleva un buen traje. Tendrá unos sesenta años. Está sangrando. La sangre le corre por la cara bajo la lluvia. Dice algo. Me arrodillo a su lado. Tiene los ojos abiertos. Está muerto.

Mi hijo me mira —soy su padre—, ¿qué hacemos? Luego oímos sirenas a lo lejos, como en otro planeta.

—No lo toques —le digo—. Da marcha atrás.

—Deberíamos esperar a la poli.

Niego con la cabeza.

Doblamos la esquina con el neumático reventado y seguimos despacio por la calle que pasa por delante del hospital. Una ambulancia sale del garaje de urgencias.

—Tengo que cambiar la rueda.

—Entra en el aparcamiento del hospital.

—Deberíamos contarle a la poli lo que hemos visto.

—Está muerto.

Mi hijo detiene el coche y sale a por el gato y las herramientas. Por un momento me quedo empapado e inmóvil en el asiento. Las luces del hospital

se cuelan por las ventanas; odio este hospital, cuando murió mi mujer me quedé en el coche igual que ahora. Mirando por el parabrisas sin ver nada. Pasó el día y se hizo de noche y nada cambió porque todo había cambiado.

Bajo del coche. Mi hijo coloca el gato y entre los dos levantamos la rueda. Ya ha sacado rodando la de repuesto del maletero. Meto los dedos en la goma rasgada del neumático reventado y extraigo la bala. Lo que nos faltaba. Voy a tirarla a la alcantarilla al final del bordillo.

Entonces la veo. La luz.

El torno para bebés está encendido.

De algún modo, intuyo que todo está relacionado: el BMW, el coche destartado, el muerto, el bebé.

Porque hay un bebé.

Me acerco al torno a cámara lenta. El bebé duerme y se chupa el pulgar. Aún no ha llegado nadie. ¿Por qué no ha llegado nadie?

Casi sin darme cuenta, reparo en que llevo la manivela para desmontar la rueda en la mano. Me muevo, sin apenas moverme, para forzar la puerta del torno. Es fácil. Levanto al bebé, es tan liviano como una estrella.

*Quédate conmigo; la noche cae deprisa;
la oscuridad aumenta; Señor, quédate conmigo;
cuando nadie más te ayuda y no hay consuelo,
amparo de los desamparados, oh, quédate conmigo.*

Esta mañana la congregación es muy numerosa. Unos dos mil feligreses abarrotamos la iglesia. Las inundaciones no han impedido venir a nadie. El pastor dice: «¡El agua de todos los mares no podría apagar el amor, tampoco los ríos podrían extinguirlo!».

Es del Cantar de los cantares. Cantamos las estrofas que nos sabemos.

Los servicios religiosos de la Iglesia de Dios empezaron siendo un chamizo, pasaron a ser una casa y luego una ciudad pequeña. Sobre todo de negros. Y algunos blancos. A los blancos les cuesta más creer en algo en lo que creer. Se pierden en los detalles, como los siete días de la Creación y la Resurrección. A mí eso me da igual. Si no hay Dios no estaré peor cuando muera. Solo muerto. Si lo hay, bueno, sí, ya sé lo que diréis: ¿dónde está ese

Dios?

No sé dónde está, pero supongo que Él sí sabe dónde estoy yo. Tiene la primera app global del mundo. Encuentra a Shep.

Ese soy yo, Shep.

Vivo tranquilamente con mi hijo Clo. Tiene veinte años. Nació aquí. Su madre era de Canadá y sus abuelos maternos de la India. Supongo que yo debí de llegar en un barco de esclavos, bueno, yo no, mi ADN, en el cual todavía está escrita África. El sitio donde nos hallamos ahora, Nueva Bohemia, fue una colonia francesa. Plantaciones de azúcar, grandes casas coloniales, belleza y horror a partes iguales. Las balaustradas de hierro forjado que tanto gustan a los turistas. Los delicados edificios dieciochescos pintados de rosa, amarillo o azul. Las fachadas de madera de los almacenes con sus grandes escaparates de cristal curvados hacia la calle. Los callejones con puertas oscuras que conducen a las mujeres de mala vida.

Luego está el río. Tan ancho como antes parecía el futuro. Luego está la música: siempre hay una mujer cantando en alguna parte, un viejo tocando el banjo. Tal vez un par de maracas que la niña agita en la caja registradora. Puede que un violín que te recuerda a tu madre. Quizá una melodía que hace que quieras olvidar. Pero ¿qué es la memoria sino una dolorosa disputa con el pasado?

He leído que el cuerpo se renueva cada siete años. Todas las células. Incluso los huesos se rehacen como el coral. Entonces, ¿por qué recordamos lo que deberíamos haber olvidado hace tanto tiempo? ¿De qué sirven las cicatrices y las humillaciones? ¿Para qué recordar los buenos tiempos cuando ya se han ido? Te quiero. Te echo de menos. Estás muerta.

«¡Shep! ¿Shep?». Es la voz del pastor. Sí, gracias, estoy bien. Sí, menuda nochecita tuvimos anoche. El juicio de Dios por los millones de crímenes de la humanidad. ¿Cree eso el pastor? No. Cree en el calentamiento global. A Dios no le hace falta castigarnos. Nos bastamos nosotros solitos. Por eso necesitamos el perdón. Los seres humanos no saben nada del perdón. «Perdón» es una palabra como «tigre»: hay imágenes y su existencia es verificable, pero muy pocos lo hemos visto de cerca en libertad o sabemos cómo es en realidad.

No puedo perdonarme lo que hice...

Una noche, tarde, a última hora, en el silencio mortal de la noche —por algo se dirá así— asfixié a mi mujer en su cama del hospital. Era frágil. Yo soy fuerte. Necesitaba oxígeno. Le quité la mascarilla de la cara y le puse la mano sobre la boca y la nariz, y le pedí a Jesús que se la llevara. Lo hizo.

El monitor empezó a pitar y supe que enseguida llegaría alguien. Me daba igual lo que me sucediera. Pero no llegó nadie. Tuve que salir yo al pasillo: había muy pocas enfermeras y demasiados pacientes. No sabían a quién culpar, aunque estoy casi seguro de que pensaron que había sido yo. Cubrieron a mi mujer con una sábana y cuando al final llegó el médico escribió: «Fallo respiratorio».

No lo lamento, pero no puedo perdonarme. Hice lo correcto, pero estuvo mal.

«Hiciste algo malo por un buen motivo», dijo el pastor. Pero en eso discrepamos. Tal vez parezca que jugamos con las palabras, pero hay una enorme diferencia. Lo que él quiere decir es que está mal quitar una vida, pero que lo hice para poner fin a su sufrimiento. Yo creo que hice bien. Estábamos casados. Éramos una sola carne. Pero lo hice por un mal motivo y lo supe enseguida. No quise poner fin al dolor de mi mujer, sino al mío.

«Deja de darle vueltas, Shep», dice el pastor.

Después de la iglesia fui a casa. Mi hijo estaba viendo la televisión. La niña, despierta y muy tranquila, miraba con los ojos muy abiertos el techo donde la luz proyectaba barras de sombra a través de las persianas. La tomé en brazos y me encaminé de nuevo al hospital. Estaba caliente y apenas pesaba. Era más liviana que mi hijo cuando nació. Mi mujer y yo acabábamos de mudarnos a Nueva Bohemia. Creíamos en todo: en el mundo, en el futuro, en Dios, en la paz y el amor y, sobre todo, en nosotros.

Cuando iba por la calle, caí en el hueco del tiempo, donde un tiempo y otro se vuelven el mismo tiempo. Mi cuerpo se tensó, mis pasos se alargaron. Volví a ser un joven casado con una chica guapa y de pronto éramos padres. «Sujétale la cabeza», me decía ella cada vez que lo cogía, mi mano abrazaba su vida.

La semana siguiente a su nacimiento, no pudimos salir de la cama.

Dormimos y comimos con nuestro bebé tumbado boca arriba entre los dos. En toda la semana no hicimos más que mirarlo. Lo habíamos hecho nosotros. Sin estudios ni destrezas, sin título universitario ni inversiones en ciencia, habíamos hecho a un ser humano. ¿Qué loco y absurdo mundo es este en el que podemos hacer seres humanos?

No te vayas.

¿Cómo dice, señor?

Lo siento, estaba pensando en voz alta.

Qué bebé tan guapo.

Gracias.

La mujer sigue su camino. Reparo en que estoy en mitad de una calle muy ajetreada con un bebé dormido en brazos y hablando solo. Aunque solo tampoco. Hablo contigo. Todavía. Siempre. *No te vayas*.

¿Veis lo que quiero decir cuando hablo de la memoria? Mi mujer ya no existe. Ya no está. Han cancelado su pasaporte. Su cuenta bancaria está cerrada. Otra persona lleva su ropa. Pero no pienso más que en ella. Si ella nunca hubiese vivido y yo no pensara más que en ella me encerrarían por chiflado. De esta manera, es que estoy pasando el luto.

Descubro que el luto consiste en vivir con alguien que no está.

¿Dónde estás?

El rugido de una motocicleta. Coches con la ventanilla bajada y la radio en marcha. Chavales en monopatín. Un perro que ladra. El camión de reparto descargando. Dos mujeres que discuten en la acera. Todo el mundo hablando por el móvil. Un tipo subido en una caja que grita: «LIQUIDACIÓN TOTAL».

Por mí, de acuerdo. Lleváoslo todo. Los coches, la gente, las cosas en venta. Devolvedlo todo a la tierra bajo mis pies y al cielo sobre mi cabeza. Apagad el sonido. Oscureced la imagen. Ahora nada se interpone entre nosotros. ¿Te veré andando hacia mí al acabar el día? ¿Como hacías, como hacíamos, exhaustos, al volver a casa del trabajo? ¿Alzaremos la vista y nos veremos, primero lejos y después más cerca? Tu energía otra vez en forma humana. La forma atómica de tu amor.

«No es nada», dijo cuando supo que se moría.

¿Nada? Entonces el cielo no es nada y la tierra no es nada y tu cuerpo no es nada y el modo en que hacíamos el amor no es nada...

Ella negó con la cabeza.

—La muerte es lo menos importante de mi vida. ¿Qué más da? Yo ya no estaré.

—Yo sí —respondí.

—Eso es lo cruel —dijo—. Si pudiera vivir mi muerte por ti, lo haría.

«REBAJAS POR CIERRE. LIQUIDACIÓN TOTAL».

Ya no queda nada.

Llegué a la calle del hospital. Ahí está el torno. En ese momento el bebé que llevo en brazos se despierta y noto que se mueve. Nos miramos, sus vacilantes ojos azules buscan mi mirada oscura. Levanta una manita, pequeña como una flor, y toca la áspera barba de varios días de mi rostro.

Los coches van y vienen sin que me decida a cruzar la calle. El mundo anónimo, siempre en movimiento. El bebé y yo nos quedamos quietos, y es como si ella supiera que hay que elegir.

¿O quizá no? Las cosas más importantes ocurren por azar, solo se planifican las demás.

Di la vuelta a la manzana pensando que lo pensaría, pero mis piernas me llevaban a casa, y a veces hay que aceptar que el corazón sabe lo que hay que hacer.

Cuando llegué, mi hijo estaba viendo las noticias en televisión. Las últimas noticias sobre la tormenta de anoche e historias de personas afectadas. Los funcionarios gubernamentales de siempre diciendo lo de siempre. Luego otra petición para que se presenten testigos. El muerto. Se llamaba Anthony Gonzales, mexicano. Llevaba encima el pasaporte. Robo. Homicidio. Nada raro en esta ciudad, excepto por lo del mal tiempo.

Pero sí que había ocurrido algo raro. Había abandonado al bebé.

—Eso no lo sabes, papá.

—Sé lo que sé.

—Deberíamos decírselo a la poli.

¿Cómo he podido criar a un hijo que confía en la poli? Mi hijo se fía de

todo el mundo. Me preocupa. Niego con la cabeza. Señala al bebé.

—Si no llamas a la poli, ¿qué vas a hacer con ella?

—Quedármela.

Mi hijo me mira incrédulo y consternado. No puedo quedarme con un recién nacido. Es ilegal. Pero me da igual. Amparo de los desamparados. ¿Acaso no puedo serlo yo?

La he cambiado y alimentado. Compré lo necesario en una tienda al volver a casa. Si mi mujer estuviese viva haría lo que estoy haciendo yo. Lo haríamos juntos.

Es como si me hubiesen dado una vida a cambio de la que quité. Se parece al perdón.

Había un maletín al lado de la niña, como si hubiesen querido prepararla para una carrera en el mundo de los negocios. Está cerrado. Le digo a mi hijo que si podemos localizar a los padres, lo haremos. Así que lo abrimos.

La cara de Clo recuerda a la de un mal actor en una comedia televisiva barata. Los ojos se le salen de las órbitas. Se queda boquiabierto.

—Por los siete días de la Creación —dice—. ¿Es de verdad?

Billetes nuevos, amontonados y alineados como en una película de gánsteres. Cincuenta fajos. Diez mil dólares en cada fajo.

Debajo de los billetes hay una bolsa de terciopelo. Diamantes. Un collar. No pequeños: grandes, y generosos, como el corazón de una mujer. El tiempo es tan profundo y cristalino en sus facetas que es como mirar en una bola de cristal.

Debajo de los diamantes hay una partitura. Manuscrita. La canción se titula *PERDITA*.

Conque así se llama. La niña perdida.

—Tienes la vida solucionada —dice Clo—. Si no vas a la cárcel.

—Es nuestra, Clo. Ahora es tu hermana. Y yo soy su padre.

—¿Qué vas a hacer con el dinero?

Nos mudamos a un barrio donde no nos conocían. Vendí mi apartamento y empleé ese dinero y el del maletín en comprar un piano bar llamado El Vellochino. Era un local de la mafia y querían desembarazarse de él, así que

les vino bien cobrar en metálico. No hicieron preguntas. Deposité los diamantes a nombre de la pequeña en una caja de seguridad de un banco, que se abriría cuando cumpliera los dieciocho años.

Toqué su canción y se la enseñé. La cantó antes de empezar a hablar.

Estoy aprendiendo a ser un padre y una madre para ella. Pregunta por su madre y le digo que no sabemos nada. Siempre le he dicho la verdad, o al menos una dosis suficiente de verdad. Ella es blanca y nosotros negros, así que sabe que la encontramos.

En alguna parte tiene que empezar la historia.

La araña en la copa

Érase un hombre que vivía en un aeropuerto.

Leo y su hijo, Milo, estaban asomados a la enorme ventana del despacho de Leo en Londres en dirección a City Airport y al estuario del Támesis. A Milo le gustaba ver despegar los aviones. Tenía nueve años y se sabía de memoria los horarios de salidas y llegadas. En la pared del despacho había un gráfico con todas las rutas que pasaban por el aeropuerto: líneas de un rojo arterial como un mapa del cuerpo del mundo.

—¿Y alguien lo busca? —preguntó Leo.

—Nadie le quiere —dijo Milo—. Ha huido y está solo. Por eso vive en un aeropuerto.

Leo le explicó que un hombre buscado no tiene por qué ser un hombre querido:

—Quiere decir que lo busca la policía.

Milo se quedó pensativo. Estaba escribiendo una redacción para el colegio. La maestra les había dicho que intentaran escribir una primera frase que contuviese toda la historia: como en un cuento de hadas que empezara: «Un rey tenía tres hijos» o «Había un ogro que amaba a una princesa».

—El hombre que vive en el aeropuerto no es un asesino —dijo Milo—. Pero no tiene casa.

—¿Por qué? —preguntó Leo.

—Porque es pobre —dijo Milo.

—A lo mejor debería trabajar más —dijo Leo—. Así, en vez de vivir en el aeropuerto podría coger un avión. Mira: British Airways a Nueva York vía

Shannon. —Observaron alzarse el avión de la pista como un pájaro imposible —. Cuando los dinosaurios se extinguieron —prosiguió Leo— en realidad no murieron, sino que se escondieron hasta que pudieron regresar en forma de aviones.

Milo sonrió. Leo lo despeinó. Su hijo era su debilidad.

—¿Cuando morimos nos escondemos hasta que podemos volver convertidos en otra cosa? —preguntó Milo.

—Es lo que cree tu madre porque es budista. Deberías preguntarle a ella.

—Pero ¿tú qué crees? —insistió Milo—. Mira: CityFlyer a París.

—No pienso en esas cosas —dijo Leo—. Hazme caso: no pienses en nada en lo que no tengas que pensar.

A Leo lo despidieron del banco cuando Milo cumplió cuatro años: 2008 fue el año de la crisis global y Leo había contribuido a ella acumulando lo que el director general denominó «pérdidas descabelladas». A Leo le pareció injusto. Cuanto hacía con el dinero era descabellado, pero nadie había querido despedirlo por sus beneficios descabellados.

Al salir del banco por última vez, con su traje Hugo Boss de raya diplomática y sus zapatos Lobb, unos jóvenes anticapitalistas que se manifestaban en la puerta le tiraron huevos. Leo se detuvo un instante, miró la tortilla de su traje. Luego se quitó la chaqueta, embistió contra dos de ellos y los tumbó en la acera. Golpeó a un tercero contra la pared y le rompió la nariz.

Otro de los jóvenes lo grabó todo y a Leo lo detuvieron al día siguiente. Su director general lo identificó en el vídeo.

Lo condenaron por agresión, pero su abogado lo libró de la cárcel alegando responsabilidad limitada (lo habían despedido) y provocación (los huevos). En cualquier caso, sus víctimas eran alborotadores en paro. Nadie pareció reparar en que Leo también estaba en paro.

Lo que más le molestó al pagar la multa y las costas del juicio fue la injusticia de todo. Él no había inventado el capitalismo: su trabajo consistía en hacer dinero dentro de un sistema basado en hacer dinero. Eso significaba también perderlo: la crisis era en realidad como el juego de las sillas:

mientras sonaba la música, a nadie le importaba que no hubiese sillas suficientes. ¿Quién quiere sentarse si puede bailar? En el pasado había perdido cantidades equivalentes al PIB de un país pequeño, pero siempre había tenido ocasión de recuperarlas con creces. Cuando la música paraba, endeudaba —temporalmente— todas las sillas.

Después de tres meses bebiendo y de tres semanas desintoxicándose en una clínica de rehabilitación, le aconsejaron que buscara ayuda para recuperar su autoestima.

Seis meses, dos veces por semana, Leo fue en taxi desde su casa de Little Venice a la clínica de un famoso psicoanalista de Europa del Este, en Hampstead. Odiaba el chasquido de la puerta de la consulta. Odiaba los sofás de kilim, el reloj y la caja de pañuelos. Odiaba el hecho —en realidad odiaba dos hechos, uno por cada pie— de que el analista llevara calcetines negros y sandalias marrones y de que no parase de hablar de lo que él llamaba AMBI-VALENCIA.

—Quiere usted a su madre y la detesta al mismo tiempo —decía el doctor Wartz.

—No —respondía Leo—. Solo la detesto.

—Es cuestión del pecho bueno y el pecho malo.

Leo pensaba en pechos mientras el analista hablaba de Melanie Klein. La semana siguiente, Leo le llevó un ejemplar de la revista *Nuts*. Le dio al doctor Wartz un rotulador y le pidió que hiciera un círculo en los pechos buenos y una equis en los malos.

—Cosificación del objeto simultáneamente amado y odiado.

Leo recordó que el doctor Wartz había escrito un libro muy importante titulado *La cosificación del objeto*. Empezó a fantasear sobre una breve «Historia de los objetos en la historia», pues había empezado a darse cuenta de que, para que una palabra parezca inteligente, hay que utilizarla dos veces.

Al principio no había objetos: solo energía. Luego, después del *Big Bang* o de la Creación, según el punto de vista de cada cual, el mundo en sí mismo se convirtió en un objeto (¿un meta-objeto?) repleto de otros objetos. Había que ponerles nombre: la denominación de los objetos. Después se inventaron un montón de objetos, y vino la invención de los objetos. Luego, suponía, mediante las guerras y la estupidez humana llegó la destrucción de los

objetos.

También había objetos de deseo. Se le contrajo el estómago.

Después pensó en inventarios, archivos, hojas de existencias, catálogos, listas, taxonomías: el índice de los objetos. Había un libro que le gustaba a su mujer, de no sabía qué escritor norteamericano, titulado *La seguridad de los objetos*. El propio Leo era un experto en el estatus de los objetos, o sea, en los objetos de estatus, como su helicóptero (vendido). La teoría cuántica introdujo la extrañeza de los objetos y, si uno era un pensador profundo, también el significado de los objetos. ¿Y qué decir de la falta de significado de los objetos?

Sí. Cuando tienes tantísimo dinero que puedes comprar cualquier cosa, puedes saber lo que sabían Buda y Cristo: que los bienes terrenales carecen de valor. Le divertía que fuese posible llegar a saberlo siguiendo justo la dirección opuesta a las grandes tradiciones espirituales del mundo.

—¿Se puede llegar a conocer de verdad a otra persona? —preguntó.

—No se puede separar al observador de lo observado —respondió el doctor Wartz.

«Pues claro que se puede —pensó Leo al volver a su despacho—. Para eso están los sistemas de vigilancia».

Leo comprendió pronto que no necesitaba pagar quinientas libras semanales por dos sesiones de cincuenta minutos para comprender que de niño no le habían querido. O que había llenado ese vacío con «ganancias netas», como lo llamaba el médico.

—Todos nos automedicamos —le dijo Leo al doctor Wartz—. Yo lo hago con dinero. Lo de beber fue una reacción. Ya estoy curado.

Leo interrumpió la terapia, dejó de beber y fundó su propia sociedad de fondos de riesgo, especializada en comprar con apalancamiento empresas en quiebra que podían despojarse de activos y cargarse de deudas, con buenos beneficios para los inversores y, por supuesto, para él. La llamó «Sicilia», porque le gustaba que evocase vagamente a la mafia. Era italiano por parte de madre.

Sicilia pronto gestionó seiscientos millones de libras en fondos y Leo se acercó a los mil millones. No había nada como la falta de liquidez para hacer dinero del aire.

De vuelta en su despacho, Leo se dio cuenta de que había dejado un poco confuso a Milo. Milo era más taciturno y más reflexivo que su padre: se parecía a su madre. El padre y el hijo confraternizaban en cosas más sencillas que la vida y la muerte. Leo llevaba a Milo al fútbol y a natación. No hacía los deberes con él ni le leía cuentos; de eso se encargaba MiMi.

—Enseguida llegará mamá —dijo Leo a falta de algo mejor que decir.

—¿Me voy a escribir mi redacción? —preguntó Milo.

Leo asintió.

—Llévate la mochila a la cocina..., toma un poco de leche y un bizcocho de chocolate, ¿de acuerdo?

A Milo le gustaban las oficinas de su padre. Siempre había cosas de comer y gente que le hacía monerías y, sobre todo, estaban los aviones.

Leo abrazó a Milo. Se querían. Eso era cierto. Milo volvía a estar tranquilo.

—Érase un hombre que vivía en un aeropuerto... —repitió mientras salía.

Leo se volvió hacia su escritorio: un Linley con largas planchas de haya rusa lijada fina como el cristal. La oficina era un espacio blanco: paredes impolutas, un sofá de cuero blanco polar, una alfombra esquimal. Había una gran fotografía ampliada en blanco y negro de su mujer en la pared. Tenía la versión digital en la pantalla de su iPhone. La única nota de color la daba un cartel rojo de neón diseñado por Tracey Emin.

En él se leía: riesgo=valor. Era parte de un eslogan que Leo había visto en una manifestación anticapitalista: «Lo que arriesgas revela lo que vales». El eslogan le había inquietado hasta que lo adaptó. Cuando fundó la empresa nueva, encargó el neón.

Leo se inclinó hacia el intercomunicador.

—¡Web-Cameron! ¡Necesito hablar contigo! —Leo aún estaba riéndose de su propio chiste cuando Cameron cerró la puerta. Cameron era ex militar.

Estaba acostumbrado a recibir órdenes—. Quiero que instales una cámara web en el dormitorio de mi mujer.

Cameron lo oyó, pero no le entendió.

—¿Quiere instalar un sistema de vigilancia con cámaras en el dormitorio de su mujer?

Leo pareció impacientarse.

—Eres el responsable de la Seguridad y el Transporte de Sicilia. Es un asunto delicado. No me apetece encargárselo a alguien de fuera. Quiero la cámara conectada a mi pantalla.

Cameron parecía incómodo.

—He visto esas cosas en páginas para adultos, pero...

—No voy a cascármela viendo las tetas pixeladas de mi mujer, si es lo que te preocupa. Y no vamos a explotarla a veinte libras los siete minutos con albañiles que se meten la mano en los pantalones. Es una cuestión matrimonial. Un divorcio.

—¿Quiere divorciarse de su señora cónyuge?

—¿Por qué hablas así? ¿Porque eres escocés? Es mi cónyuge, no mi señora cónyuge. A veces si crees que tengo un cónyuge masculino... — Entonces Leo pensó en Xenó. Lo vio en una burbuja de conciencia que hizo estallar a continuación—. La verdad, Cameron, es que creo que MiMi tiene una aventura. Y quiero sorprenderla. ¿Sabes por qué se llama cámara web?

—Porque está conectada a la red —respondió despacio Cameron.

—Más que una red es una tela de araña, Cameron, para atrapar insectos. De noche no puedo dormir porque mi cama está llena de insectos.

—Su mujer está embarazada —dijo Cameron.

—¿Crees que una cerda no puede chillar de placer solo porque lleve cerditos en su vientre?

Cameron notó que se ruborizaba. La corbata de lunares le apretaba la garganta.

—Está hablando de su mujer y de su hijo.

—¿Mi hijo? ¡Un bastardo! —Leo partió un lápiz en dos.

—¿Hay alguna prueba tangible que le haga pensar que MiMi tiene una aventura?

—¿Me preguntas si la he visto con alguien? No. ¿Ha averiguado el

detective privado que lleva dos meses siguiéndola algo que yo no sepa: adónde va, quién es el hombre con quien se ve, algo en sus correos electrónicos, sus mensajes de texto? No.

—Dice que no la ha visto con nadie.

—No.

—Entonces esto es una locura.

—¿Insinúas que estoy loco, Cameron? ¿Me estás llamando loco?

Leo golpeó la mesa con las dos mitades del lápiz y se acercó a Cameron. Este se puso firmes, relajó las rodillas, contrajo los músculos del estómago y continuó inmóvil mientras Leo se aproximaba. Cameron sabía cómo comportarse. Y conocía el genio de Leo. Su rostro estaba tan cerca que Cameron le veía los poros. Se cuidó mucho de no mirarlo a los ojos.

Leo dio un paso atrás y se volvió para mirar por la ventana.

—Amsterdam —dijo cuando despegó el avión. Luego, sin volverse, añadió—: Puede quedar a diario con el hombre con quien esté viéndose, sin que a nadie le llame la atención. Menos a mí, a mí me llama la atención sesenta veces por minuto.

—No le sigo, Leo —dijo Cameron.

—Es Xenó.

Se hizo un silencio mientras Cameron se esforzaba por entenderlo.

—Xenó es su mejor amigo. Son ustedes socios.

—Ten cerca a tus amigos y aún más cerca a tus enemigos, ¿no?

—Pero usted mismo acaba de decir que no tiene motivos que justifiquen sus sospechas.

Leo se volvió hacia la sala.

—No solo las mujeres tienen intuición, Cameron. Toda mi vida la he pasado con Xenó.

Xenó toda mi vida.

Se habían conocido en el internado a los trece años. A los dos los habían enviado allí sus padres, que habían ganado la batalla por la custodia a unas madres no capacitadas. La madre de Leo había dejado a su padre por otra mujer. La de Xenó era alcohólica y mentalmente inestable. El internado no

era ni muy elegante ni muy renombrado desde el punto de vista académico, pero permitió a los padres mantener la ficción de que estaban educando a sus hijos, cuando en realidad apenas estaban en casa.

Los fines de semana en el colegio eran muy tranquilos porque casi todos los alumnos volvían a sus hogares. Leo y Xeno inventaban mundos en los que vivir.

—Estoy en el bosque —decía Xeno—. En mi cabaña. Los conejos pasan por delante y los cazo. Bang, bang, bang.

—Yo estoy en la luna —decía Leo—. Y está hecha de *mozzarella*.

—¿Cómo puedes andar sobre una pelota de *mozzarella*? —preguntaba Xeno.

—No hace falta andar —respondía Leo—. No hay gravedad.

Escuchaban *Space Oddity*, de David Bowie, y Xeno se inclinaba más por el *country* y el *western*. A veces creía ser Emmylou Harris.

No querían ser como los demás chicos, lo cual estaba muy bien, porque no eran como los demás chicos.

A los quince años se habían hecho inseparables. Se apuntaron al club de tiro del colegio y compitieron entre sí. Xeno era más preciso porque era más tranquilo. Leo era más rápido y a veces ganaba porque disparaba más deprisa. Inventaron un juego FUSIL-BALA-BLANCO. Si ganabas dos rondas, eras el fusil. Si perdías una, eras la bala. Si perdías dos, eras el blanco. Luego Xeno añadió el blanco móvil y dijo que así se sentía libre. Leo no lo entendía: él solo quería ser fusil.

Una noche después de practicar tiro tuvieron una relación sexual. Todo muy previsible. Ducha. Erección. Una paja de tres minutos. Sin besos. No obstante, al día siguiente Leo besó a Xeno en el cobertizo de las bicicletas. Le besó y le tocó la cara. Intentó decir algo, pero no supo qué. Xeno no dijo nada. Típico de él. De todos modos, Xeno parecía un poco una chica, pensó Leo. Tenía los ojos grises como un gato y cabello suave y oscuro que le caía sobre los ojos.

Leo era más recio, más duro, más alto, más fuerte. Con la complexión de un jugador de *rugby*, se movía con seguridad, pero sin gracia. Le gustaba el aspecto desvaído de Xeno.

Fueron a nadar, el cielo estaba cubierto, el agua templada, las gaviotas

recorrían los bajíos. Leo era jactancioso, escandaloso y rápido y se cansó antes que Xeno, que nadaba de forma metódica y demorada.

Salió chapoteando del agua dejando profundas huellas en la arena mojada. Se volvió con las manos en las caderas y le gritó algo a Xeno. El sol le daba en la cara. No vio a su amigo y por un segundo tuvo miedo.

Pero ahí estaba, con la cabeza y los hombros tan armoniosos como si fuese un delfín, nadando de vuelta a la orilla. La imagen era borrosa, pero a Leo le pareció que Xeno se movía como una ola sobre el agua.

Xeno llegó a la orilla. Leo lo rodeó con sus brazos y lo tumbó en la arena.

—¿Piensas en chicas cuando lo hacemos? —preguntó Xeno.

—Sí —mintió Leo.

Y entonces a Xeno empezó a preocuparle ser gay.

Después, en el dormitorio que compartían, se tumbaron con las piernas entrelazadas a ver *Rebelde sin causa*. Los dos querían ser James Dean, pero Xeno también quería acostarse con James Dean.

—James Dean era gay —dijo Xeno.

—¿Y Elvis?

—No, se follaba hamburguesas con queso.

—No me gustaría tener mayonesa en la polla.

—¿Ni siquiera si te la chupara yo?

A Leo se le puso dura en el acto. Se desabrochó los pantalones. Xeno se arrodilló y le lamió los huevos. Leo acarició la cabeza de Xeno. Luego se echó a reír. Xeno alzó la mirada.

—Cuando era pequeño me lo monté con una sandía —dijo Leo—. Hice un agujero en un lado y me la follé. Fue increíble. Después no hacía más que pedirle a mi madre que comprara sandías y nunca me las comía. Un día mi madre entró en la cocina y me pilló con los pantalones bajados y la puta sandía clavada en la polla.

—¡Serás idiota! ¿Y no te mató?

—¡Sí! Obligó a mi padre a darme una charla sobre los objetos de deseo inapropiados.

—¿Como yo? —preguntó Xeno.

—No pares —respondió Leo.

El colegio estaba cerca de la costa, y los sábados por la tarde, cuando los demás chicos se habían ido a casa, Leo y Xeno se montaban en sus bicicletas y pedaleaban hasta los acantilados.

—¡A ver quién llega más cerca del borde! —dijo Leo un sábado—. Como hacen con los coches en *Rebelde*.

Xeno no quería, pero Leo insistió.

Empezaron la carrera. Los dos pedalearon de pie a toda prisa. Leo iba por fuera. Chocó contra una rodera y aminoró la marcha. Xeno le adelantó. Leo se encorvó y pedaleó con todas sus fuerzas. Lo alcanzó, lo adelantó y le cortó el paso. Su rueda trasera rozó la rueda delantera de Xeno.

Xeno cayó. La bicicleta se separó del cuerpo, que se despeñó dando vueltas a cámara lenta por el acantilado.

—¡XENO!

No hubo respuesta. Leo vio cómo la bicicleta golpeaba el agua.

Recordaba la sensación de estar fuera del tiempo que tuvo en aquel momento. Cómo se le ralentizó el pulso después de la carrera. El sudor en el pecho. La gaviota que daba vueltas en lo alto y cuyo chillido solitario sonó largo y agudo, como el que dio él.

—¡XENO!

Leo pedaleó de vuelta al colegio, exhausto, empujado por el miedo. Vomitó en las botas del conserje. El conserje llamó a la policía. Leo los condujo al sendero del acantilado, la radio del Land Rover de la policía crepitaba. El helicóptero daba vueltas en el cielo.

Xeno estaba inconsciente en una cornisa que no se veía desde el acantilado. Tenía una contusión y la pelvis rota, pero había caído sobre una mata de brezo y no había rodado hasta el borde de milagro.

El helicóptero de rescate lo sacó en camilla y lo llevó al hospital, donde pasó el resto del trimestre.

Leo dejó de ir a clase. Todos los días volvía a los acantilados.

Su padre fue a hablar con él. Le soltó un discurso que empezaba: «Sé que nunca hemos estado muy unidos» y terminaba con: «Intenta superarlo».

Leo quiso contarle a todo el mundo que lo que le había sucedido a Xeno había sido culpa suya. Fue hasta la puerta del director. Esperó fuera. Se marchó. Así varias veces.

Al final, pudo visitar a Xeno en el hospital. Su amigo estaba cansado y había adelgazado. Tenía el torso sujeto con poleas. Llevaba la cabeza vendada. Le habían puesto un gotero. Leo se sentó al lado de la cama con el uniforme del colegio. Xeno le cogió de la mano.

Leo rompió a llorar. Lágrimas silenciosas como un primer plano en una película. Era irreal. Que aquello hubiese sucedido era irreal. Esas cosas les pasan a los otros, no a uno. Había estado a punto de matar a su mejor amigo.

Xeno volvió al colegio al año siguiente y se presentó a los exámenes. Aprobó las matemáticas, la informática y la literatura inglesa, y suspendió todo lo demás. Leo lo suspendió todo. No le importó. Su padre le consiguió un empleo en prácticas en Barclays Wealth Management.

A los dieciocho años, Xeno se compró una autocaravana con parte del dinero que su padre le había sacado al seguro en un acuerdo extrajudicial con las autoridades locales por no haber colocado medidas de seguridad en el sendero del acantilado.

Xeno tenía suficiente para vivir unos años. Fue a buscar un perro a la perrera, se dejó coleta, adoptó un estilo *hippy* New Age y se dedicó a ir de festival en festival, sin móvil y sin apenas posesiones.

Era guapo, con cierto aire vulnerable. Pronto tuvo más mujeres de las que quería. Les gustaba su rostro tranquilo y melancólico y que leyera libros y escuchase música que no estaba de moda, como la ópera.

A Leo, de complexión fuerte y rubio como una valquiria, con su cabello grueso peinado hacia atrás y su forma de hablar decidida, le sentaba bien el traje y le fue bien en el banco. Trabajaba dieciséis horas al día sin protestar, iba todas las mañanas a las seis al gimnasio y se emborrachaba cada noche sin que eso afectara a su capacidad de conseguir beneficios. Enseguida empezó a hacerse rico.

Solo vio a Xeno una vez en los tres primeros años desde que dejaron el colegio. Se sintió avergonzado por los vagabundeos de su amigo y porque no hubiera tenido éxito. Le ofreció dinero.

Xeno lo miró con esos ojos de color gris pálido que tanto le habían gustado en otro tiempo y negó con la cabeza. No necesitaba dinero. No tenía

muchas cosas, pero sí lo suficiente para comprar comida, gasolina y libros y para hacer lo que quería.

Eso irritó a Leo. Todo el mundo necesita dinero.

—Ven a instalarte en mi piso una temporada —dijo—. Date una ducha caliente. Estamos en noviembre, por Dios. Tienes el parabrisas de la caravana tan empañado que no se ve nada. Yo me tomaré unos días libres.

Y fue en esos pocos días cuando Leo descubrió que su amigo diseñaba videojuegos.

Leo estaba jugando a *Grand Theft Auto* y gritándole a la consola cuando entró Xenó y lanzó una piel de plátano a la pantalla.

—¡Eh! —dijo Leo—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Los videojuegos mezclan la tecnología más avanzada con los niveles prehistóricos del desarrollo humano —respondió Xenó—. Todo son coches, peleas, robos, riesgo, chicas y recompensas.

Leo no entendía qué tenía eso de malo. Así era exactamente la vida real. ¿Por qué iba a ser diferente un juego?

—Las mujeres no juegan porque les aburre —continuó Xenó—. Y así se pierde la mitad del mercado potencial. ¿Por qué no pueden los videojuegos ser tan buenos como los libros?

Leo creía que los videojuegos eran mejores que los libros. Nunca leía. Le gustaban las películas y la televisión, y alguna que otra vez iba al teatro, pero los libros eran demasiado silenciosos. La lectura era tan callada que se oía el ruido al pasar las páginas.

—Construir relaciones. Desafíos morales —insistió Xenó.

—En los videojuegos también hay que establecer alianzas —respondió Leo.

—Sí, pero son puramente instrumentales, ¿no? Yo te utilizo a ti y tú me utilizas a mí. En cualquier caso, los videojuegos son demasiado pasivos. Los libros cambian nuestra forma de ver el mundo.

—No, si nadie los lee no cambian nada —replicó Leo.

—¿Por qué los videojuegos no iban a poder cambiar nuestra manera de jugar? —dijo Xenó—. ¿Por qué un videojuego no puede hacernos entender más cosas, ver más cosas, sentir más cosas? ¿Es que solo quieres sentir la descarga de adrenalina?

—¿Eres gay? —preguntó de pronto Leo.

Xeno se encogió de hombros. Tenía amigas, pero ninguna en especial. Nunca se había enamorado, pero le gustaban las mujeres. Le gustaban las conversaciones verdaderas.

Leo tampoco se había enamorado.

Esa noche salieron. Se emborracharon. Al regresar, Leo fue a su dormitorio y se desvistió. Normalmente veía un poco de porno por la noche antes de dormir. Llamó a Xeno.

—¿Quieres ver a unas cuantas chicas conmigo?

Pero Xeno no respondió.

Cameron salió del despacho. Leo se volvió para mirar la ventana. Odiaba a su amigo por follarse a su mujer. ¿Es que no había suficientes mujeres en el mundo? Fuese a donde fuese, a bares, discotecas, hoteles, barcos, veía mujeres idénticas en busca de hombres. Pelo largo, piernas largas, grandes gafas de sol, tetas moldeadas, bolso gigantesco y tacones de vértigo. Podías alquilarlas un fin de semana, aunque no se llamara alquiler, si bien ambas partes sabían quién pagaba y quién consentía. Podías recoger a una en el aeropuerto con el coche de alquiler si sabías cómo. Sonrió. Ese sí que sería un buen negocio. Avis, Hertz, Budget. Escoja su modelo. La carrocería. La potencia del motor. El seguro.

Los hombres se resistían a casarse: todos sus amigos habían retrasado el momento hasta cumplir al menos los cuarenta, a veces los cincuenta. Pero, si se casaban, se resistían a divorciarse. Un poco de comprensión en el aeropuerto cambiaría las cosas. Los hombres necesitan comprensión porque están existencialmente solos. Miran a la oscuridad.

Esa, según Leo, era la diferencia entre los hombres y las mujeres. Los hombres necesitan grupos y pandillas y deportes y clubes e instituciones y mujeres porque saben que solo existen la nada y las dudas sobre uno mismo. Las mujeres siempre están intentando establecer contacto, construir una relación. Como si un ser humano pudiera conocer a otro. Como si un ser humano pudiera... —el intercomunicador sonó— conocer a otro.

—Ha llegado Xeno —dijo Pauline.

—Estoy ocupado —respondió Leo.

—Le diré que pase —replicó Pauline.

Los hombres en la posición de Leo tenían unas ayudantes personales que podrían trabajar de supermodelos en los descansos mientras almorzaban apio y requesón. Leo tenía a Pauline. Cuando la contrataron en el banco donde Leo trabajaba antes, tenía treinta años, hablaba con fluidez tres idiomas, se había graduado en económicas, con un máster y por diversión acababa de aprobar los exámenes de contable. Era mucho más instruida, estaba más cualificada y era mucho mejor persona que Leo, pero lo suyo no eran los negocios. Su fuerte eran los detalles: podía leer doscientas páginas en una hora y darle una lista de puntualizaciones con las que atacar al otro bando. Le había salvado varias veces de hacer acuerdos desastrosos. Y, después de que lo echaran del banco, fue la única que siguió llamándole para interesarse por él. Cuando fundó su nueva empresa, Leo le pidió que trabajara para él.

Leo se encargaba de los negocios. Pauline se ocupaba de los detalles.

Se conocían desde hacía quince años, y esos quince años la habían transformado de una impecable treintañera en una formidable mujer de cuarenta y cinco, que hacía las cosas a su manera y decía lo que quería decir.

Gracias a Pauline, Sicilia era una sociedad cumplidora, transparente, caritativa y, aunque no exactamente ética, tenía valores. A Leo le parecía bien.

Pauline abrió la puerta.

—Te he dicho que estoy ocupado —dijo Leo.

—Tú no estás ocupado —respondió Pauline—. Yo lo estoy.

—Putá —dijo Leo.

—*Grob* —dijo Pauline.

—¿Qué es eso? —preguntó Xenó.

Xeno era más esbelto que Leo, parecía cómodo con su ropa de técnico creativo: pantalones finos de lana negra y estrechos por el tobillo, zapatos de ante grises con cordones y una camisa de lino gris que hacía juego con sus ojos. La camisa tenía el cuello y los puños rosas. Iba demasiado bien vestido para ser heterosexual, pensaba Leo, que siempre había dado por sentado que

debía de haber chicos de por medio.

—Te regalaré un diccionario de yidis por Navidad...; entretanto utiliza la ayuda audiovisual que tienes delante. Hola, Leo. He conocido simios mejor educados. Adiós, Xenó. Te echaremos de menos. —Pauline se puso de puntillas para darle un beso a Xenó.

—Lo verás mañana en la cena, culo gordo —chilló Leo cuando Pauline cerraba la puerta—. ¿Es porque es judía o porque es mujer?

—¿El qué?

—La razón por la que no puedo controlarla.

—¿Y por qué ibas a querer controlarla? Es estupenda para el negocio y para ti. Necesitas a alguien que te pare los pies.

—Intenta llevarme a la ruina. ¿Sabes cuánto dona Sicilia a organizaciones benéficas? A Save the Children..., el tinglado de mañana lo pagamos nosotros. Cena para doscientos donantes. Un DJ de primera. MiMi cantará gratis, y vamos a donar cien mil libras.

—Puedes permitirte, Leo. He venido a despedirme. Me marcho esta noche. Tengo que volver a NuBo.

—¿Cuándo han empezado a llamarlo así?

—SoHo, NoBo... era cuestión de tiempo que con Nueva Bohemia ocurriera igual.

—¿Por qué te vas tan de repente?

—Me han llamado del colegio. Zel vuelve a no hablar en clase.

—¿Qué le pasa?

—Nadie lo sabe. Ha ido al médico y al psiquiatra.

—Un niño de ocho años no necesita un psiquiatra.

—¿No? Nosotros lo necesitábamos.

—Necesitábamos a nuestros padres.

—Exacto. Me vuelvo a casa.

—¿Dónde está su madre?

—Está allí..., mira, sé que te parece raro que tuviese un hijo con una mujer a la que no veo y a la que no quiero, pero los dos sabemos lo que hacemos.

—Entonces, ¿por qué no habla Zel?

—Eso es un golpe bajo, Leo.

Leo apartó la mirada.

—Mañana tenemos una reunión con los inversores —dijo.

—Hay muchas maneras de crear una familia, ¿entiendes? —dijo Xenó.

—¿De verdad es todo tan fácil y civilizado? —preguntó Leo.

—El matrimonio es una opción entre muchas otras.

—Como el adulterio y el divorcio.

—¿Qué te pasa?

—Me cabrea que no vayas a la reunión.

—Mi hijo es más importante que una reunión.

—¿Insinúas que soy un mal padre?

—No..., tú me has llamado mal padre a mí. ¿Te importa no seguir por ahí? Los dos tuvimos familias horribles. Cada generación tiene la oportunidad de hacerlo mejor.

—Hablas como un DVD de meditación.

—Y tú como un psicópata adicto al trabajo.

—Al menos soy normal. No soy un gay que pretende lo contrario ni un heterosexual que se hace pasar por gay, y no utilizo a mi hijo como escudo humano.

—¡Basta! —Xenó cogió su bolsa de viaje y dio media vuelta para marcharse.

Leo quería que se marchase y que se quedase. Siempre era igual.

—¡Xenó! Vete si quieres, pero no pongas excusas. Es lo único que te pido. Eres incapaz de decir las cosas como son, ¿eh? Siempre empleas maneras sinuosas.

Xenó soltó la bolsa de viaje en el sofá blanco y se volvió hacia Leo.

—¿Quieres ver el videojuego? He introducido unos cambios. Tomémonos una hora para verlo.

Xenó empezó a abrir la bolsa para sacar su ordenador portátil. Leo fue al distribuidor de agua y bebió un largo trago.

—¿Le has echado más cojones? Los inversores tuvieron la impresión de que era todo paz, amor y buen rollo en el país de los sueños.

—Admito que no se ganan puntos matando a una puta. —Xenó inició el videojuego—. No está terminado y no quiero ceñirme solo a esto, pero he diseñado algo distinto. Algo en lo que llevo pensando muchos años..., mi

gran videojuego.

—Lo que haces se vende. Sigue así. Los videojuegos blandos no se venden.

—¿Es que no voy a poder experimentar solo porque tú no veas el símbolo de la libra?

—Corta el rollo artístico y filosófico..., enséñame el juego.

Xeno mostró una pantalla con ciudades, con sus iconos perfectamente reconocibles: el Big Ben, la torre Eiffel, la puerta de Brandeburgo, el Harbour Bridge, el Empire State...

—Puedes escoger una entre nueve ciudades: Londres, París, Roma, Berlín, Barcelona, Nueva York, Hong Kong, Sidney, Shanghái. Estoy harto de capas y acantilados vertiginosos. De paisajes distópicos bombardeados. De trols. De testosterona. De coches robados. En el juego no hay coches.

—¿Que no hay coches? ¿Y quién va a comprar un juego sin coches?

—La ciudad está ocupada por Ángeles Negros. Puedes estar de parte de los ángeles o de la Resistencia. Los ángeles tienen dos, cuatro o seis alas, algunas con ojos. Los ángeles tienen dos pollas.

—Ahora empezamos a entendernos —dijo Leo—. ¿O sea que los ángeles son machos?

—No. Pero tienen una polla doble.

—¿Y a quién se follan?

—A quien pueden. Da igual: son estériles. Los ángeles se hacen, no nacen..., un poco como los vampiros.

—¿Y la Resistencia?

—Son mortales. Algunos tienen poderes especiales dependiendo de a quién ganen. Si luchas contra un ángel y vences, te vuelves más fuerte y el ángel se debilita.

—¿Cuál es la historia?

—La historia es esta: lo más importante del mundo ha desaparecido. Los Ángeles Negros no quieren que lo encuentres. La única esperanza para la ciudad es que la Resistencia lo encuentre antes de que lo hagan los ángeles y lo destruyan para siempre.

—¿Y qué es?

Xeno se encogió de hombros.

—Eso también tienes que averiguarlo. Hay señuelos, tretas y pistas falsas de todos los colores. Pero creo que es un bebé.

—¡Coño! ¿Un bebé?

—Ya sé que no es muy original. El otro bebé se llamaba Jesús.

—No lo entiendo.

—Piensa en los cuentos de hadas sobre bebés robados o cambiados en la cuna. Piensa en *La profecía* o en *Alien*. El niño impostor, el niño diabólico y el niño verdadero que es el salvador. Es como el rey Arturo o Sigfrido: una vida nueva. El centro que irradia luz.

—¿Y dónde está ese bebé?

—Creciendo en algún sitio desconocido, escondido. Hay que encontrarla.

—¿Por qué tiene que ser una niña?

—O encontrarlo..., y asegurarse de no llevar a casa el bebé equivocado. Habrá muchos por el camino.

—Creo que la Resistencia debería tener tanques.

—Sabía que lo dirías.

Xeno metió a Leo en el juego.

—Esto es París.

—Es el apartamento de MiMi..., ¿qué haces ahí?

—Es donde empieza todo. En el patio.

—¿Donde empieza qué? —Leo sudaba—. ¿Por qué está nevando?

—No es nieve. Son plumas.

—¿Y qué estabas haciendo? ¿Una guerra de almohadas?

—Así es como se reproducen los ángeles..., pero las plumas tienen que caer sobre el agua o el fuego... Hay varios niveles, claro. En el nivel 4 el tiempo se convierte en un jugador más. El tiempo puede detenerse, acelerarse o ralentizarse. Pero también juegas contra él. Así he llamado al videojuego: «El hueco del tiempo».

—¿Qué nombre es ese?

El intercomunicador de Leo sonó. Era su mujer.

MiMi entró en el despacho. Antes de que Leo pudiera dar la vuelta a su

escritorio para besarla, Xeno se le adelantó. Leo se fijó en la manera en que le puso la mano en la base de la espalda, la forma en que MiMi se inclinó hacia él. Le besó en la mejilla y apoyó la cabeza en su cuello mientras él la abrazaba. Todo ocurrió en unos segundos.

MiMi se acercó a Leo y lo besó en la boca. Estaba sonriente, contenta, felizmente embarazada. Iba de camino a ensayar para la cena de Save the Children. Xeno le había enviado un mensaje para decirle que se marchaba.

Ella lo supo antes que yo.

MiMi se ofreció a dejar a Xeno en casa para que hiciera el equipaje.

«¿Un último revolcón?», pensó Leo, aunque dijo:

—Dile que se quede hasta el lunes. Yo ya lo he intentado, a ver si lo convences tú.

MiMi empujó a Xeno al sofá blanco de piel y se sentó en el borde con la torpeza de una embarazada. Tomó la mano de Xeno, con la palma hacia arriba.

—Xeno me ha enseñado a leer la mano —le explicó a Leo.

«No lo dudo», pensó Leo; aunque dijo:

—¿Más chorradas New Age?

MiMi se inclinó hacia la mano de Xeno, y siguió las líneas con el dedo. Xeno se inclinó también, el cabello oscuro le cayó como siempre sobre la cara. Su cabello oscuro sobre la cara. Leo sintió náuseas de pronto porque era el cuerpo de Xeno lo que vio alejándose de él.

—Vas a emprender un viaje —dijo MiMi— al otro lado del océano.

Los dos reían. Eran cómplices, íntimos.

Leo, con una expresión fantasmal en el rostro, el pulso latiendo invisible, dudó de que estuviera en el despacho.

MiMi cerró los ojos.

—*Mais je vois un retard. Je vois...* que te quedarás en Londres el fin de semana. *Je sais...* que una amiga tuya va a cantar, *et voilà!*

Xeno tomó la mano de MiMi.

—Yo veo un bebé precioso —dijo—. Vendrá pronto.

Cuando los dos salieron con Milo del despacho y Leo se quedó solo, se

plantó ante la enorme ventana y observó cómo se apiñaban en el Fiat 500 rosa de MiMi.

Parecen una familia, pensó.

Fue al ordenador y buscó la página de su mujer en Wikipedia. Ahí estaba la foto que tenía en la pared. Era como un láser de energía.

MiMi

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Hermione Delannet, más conocida por su monónimo MiMi (nacida el 6 de noviembre de 1977), es una cantante francesa, letrista y actriz.

CONTENIDOS

1. Inicios
2. Carrera musical
3. Vida privada
4. Discografía
 - 4.1. Álbumes
 - 4.2. Apariciones como invitada
5. Premios
6. Referencias
7. Vínculos externos

Nombre real	Hermione Delannet
Nacimiento	6 de noviembre de 1977 (39 años) París, Francia
Género(s)	Chanson
Ocupación	Cantante, letrista, actriz
Período de actividad	2000 - presente
Cónyuge	Leo Kaiser (2003)
Hijos	1
Discográficas	Virgin Record, Emi
Actividades relacionadas	El hueco del tiempo
Sitio web	www.mimi-music.com

Inicios

MiMi nació en Nueva York, EE. UU., y se educó en París, Francia. Su padre era un diplomático ruso y la familia viajó mucho. Su madre era norteamericana y MiMi recibió una educación bilingüe en francés e inglés. Interpretó su primera canción original, *Une femme abandonée*, a los dieciséis años, después de la separación de sus padres, y mientras asistía a una boda^[1]. En la primera década de 2000 se interesó por la música bossa nova. Actuó en clubes de *jazz* de París y pronto atrajo la atención de las compañías discográficas. MiMi debutó como actriz en el Théâtre National de Chaillot en la adaptación de Deborah Warner de *El Powerbook*, una novela de la escritora británica Jeanette Winterson.

Carrera musical

En 2001, MiMi firmó un contrato de grabación con Virgin Records. Publicó su primer álbum en estudio, *Les Fleurs du Mal*, en 2002 e incorporó música new wave y bossa nova^[2]. En 2005 publicó el álbum *Rage*. Todas las canciones de dicho álbum están basadas en la exploración de la voz, con acompañamiento de un único instrumento. *Rage* se convirtió enseguida en disco de oro. La canción *Dark Angel* parece haber sido inspirada por el poeta francés Gérard de Nerval, que soñó con un ángel caído del cielo que quedaba atrapado en un patio angosto. Hay quien afirma que se trata de una referencia a su tormentosa relación con su marido Leo Kaiser.

Vida privada

MiMi se casó con Leo Kaiser en 2003. La pareja vive en el Reino Unido.

El 1 de abril de 2004, nació su hijo, a quien llamaron Milo.

Abstraído, Leo dejó de mirar la entrada de MiMi en Wikipedia. *Dark Angel. Dark Angel. Dark Angel.*

En la Nochevieja de 1999 Leo tenía veinticinco años y estaba en París con una pandilla de banqueros borrachos del BNP Paribas. Eran seis y habían gastado cuatro mil francos en la cena. Leo no se había comido la suya: entre plato y plato, había salido a pedir un kebab y una Coca-Cola en una furgoneta de comida rápida a orillas del Sena. Se sentó con su traje Hugo Boss en las

escaleras de piedra que descendían al río. Había un chico con una guitarra de sonido metálico cantando esa canción... ¿adónde vas, cariño, cuando estás solo en la cama? Leo le dio un billete de cincuenta francos para que se callara.

Las campanas de Notre Dame repicaron. Oyó cañonazos a lo lejos. El año 2000. ¿No se suponía que el fin del mundo estaba cerca?

Leo se terminó el kebab y se levantó para mear contra la pared. Notó una mano en el culo. Una mujer detrás de él le pidió dinero. ¿Cuánto? Cincuenta o cien. Depende.

Fueron sin decir nada hasta debajo del arco del Pont Neuf. En la oscuridad, la mujer se apoyó contra la pared y cogió un condón del bolso. Se desabrochó el abrigo y se sacó los pechos del sujetador. Leo se los toqueteó mientras se empalmaba. La mujer se subió la falda y le apretó la polla entre los muslos un minuto. Le gustó. Luego ella le puso el condón y se la metió. No llevaba bragas. Leo fue vagamente consciente de que la única parte presente de él era su polla. El resto era innecesario, estaba en alguna otra parte. Aun así, ella era cálida y estrecha y se movía bien. Se corrió enseguida con la cara apoyada en su cuello y las manos en sus pechos. Olía a jazmín.

En cuanto terminó, ella sacó unos pañuelos de papel del bolso, le dio uno, se limpió y tiró los pañuelos usados al río. *Él pensó que sería padre de sirenas.*

Le pagó. La mujer le besó en la mejilla, le deseó un feliz Año Nuevo y se alejó con los tacones resonando contra la piedra.

Leo quiso gritarle. Pedirle que esperara. No sabía por qué. Quizá le gustase. Pero la vio alejarse en la oscuridad, hacia las escaleras. La siguió por impulso.

La vio en lo alto de las escaleras con otra mujer mayor, no del negocio. Había un niño dormido, bien abrigado en un cochecito. Llegó el autobús y las mujeres se fueron.

Leo volvió tambaleándose al restaurante. Nadie parecía haber notado su ausencia. Estaban hablando del Château d'Yquem que para él sabía a jarabe mezclado con moho.

La cabeza le daba vueltas. Quería irse a casa.

Pero los chicos estaban subiendo a la limusina que les esperaba para

llevarlos a un club de *jazz*. A Leo no le gustaba el *jazz*. Se sentó en la sala pequeña y oscura a beber cerveza mexicana y jugar con el móvil mientras sonaba un solo de saxofón pretencioso y desafinado, negándose a fingir que lo entendía o le gustaba.

El vino y las ostras del restaurante, seguidos del kebab, la Coca-Cola y la cerveza, le dieron náuseas. Se sentía solo y desdichado, así que elevó la voz y echó la silla atrás dando sorbos a la Corona, cuando lo único que quería era beber agua e irse a dormir.

Luego todo el mundo en el club empezó a aplaudir y a silbar y una mujer menuda con pinta de chico, con cara de guapo marinero y labios pintados de rojo, que llevaba un vestido negro y sujetaba el micrófono como si este tuviera algo que decirle, empezó a cantar. El piano siguió la melodía. La caja entró un poco tarde.

MiMi cantó. Su voz era fuerte, apasionada —él no entendió la letra, pero se inclinó hacia delante en la silla como si recibiera instrucciones para una misión en la que no debía fallar—. Leo sintió que se producía un cambio en su corazón.

Sintió, no pensó. ¿Dónde está ese sitio en el que fui feliz? Tengo que volver, aunque me cueste la vida.

Y recordó aquel día en el sendero del acantilado antes de que Xeno cayera.

Pero no se puede hacer retroceder el tiempo, ¿verdad?

Xeno se había caído. Siempre se habría caído. Por muy íntimos que fuesen, intentasen ser o hubiesen sido, en adelante habría un metro y medio de separación entre los dos.

En el hospital Xeno le cogió de la mano. Xeno nunca le culpó. Jamás habló de eso con Leo ni con nadie. Era Leo quien no lo soportaba. Fue Leo quien puso distancia entre ambos.

No, pensó Leo, la distancia ya estaba antes. No sabía cómo tapan el hueco así que lo agrandé.

MiMi cantaba: «¿Este hombre cae? ¿O cae enamorado?».

Y él recordó, del colegio, que la caída es un exilio del paraíso y que un ángel con una espada flamígera bloquea el camino.

Este es el lugar que recuerdo, sintió Leo. Placer. Certeza.

Reconocimiento. Emoción. Protección. Sí.

Nada de lo consultaré con la almohada, dame un día o dos, ya veremos, tal vez, espero que sí, no estoy seguro.

Sí. Sí. Sí. Sí. Sí.

En otoño es cuando caen las hojas, Leo sintió que estaba quedándose sin protección. Se sintió desnudo y vulnerable. Notó el viento. Se sintió más liviano. Ella sopló a través de él como un viento salobre del mar. *Ojalá fueses una ola marina, que no hicieses más que eso, moverte.*

—He conocido a una chica —le dijo a Xeno—. Quiero presentártela.

Xeno fue padrino en la boda. La noche anterior salieron juntos, solos ellos dos, y Leo habría querido que Xeno lo llevase al altar, que fuese él quien lo entregase a MiMi. Lo que hizo fue darle el anillo, eso es lo que lleva el padrino para la novia.

Xeno abrió la caja y sacó el diamante. Leo había gastado mucho dinero. Xeno sostuvo el diamante a contraluz. Luego se lo puso en el meñique. Leo reía, feliz.

—No me la merezco —dijo.

—Asegúrate de merecerla —dijo Xeno—. Y no la empujes demasiado cerca del borde.

Leo quiso responder. Tragó saliva, se humedeció los labios. Xeno lo observaba con la concentración de un gato. Se quitó el anillo, lo frotó con la camisa, volvió a meterlo en la caja y se lo guardó en el bolsillo. Sirvió otro par de copas y besó a Leo, tan deprisa como si nunca hubiese sucedido, en la boca.

Un astro lascivo

¡Puto estúpido, incompetente de mierda!

¡Cameron había instalado la cámara web, pero sin sonido! Leo lanzó el cojín blanco Himalaya contra la pantalla. ¿Qué quería que hiciese? ¿Leerles los labios?

MiMi. Y Xeno. En el dormitorio. Los dos.

Xeno estaba de verdad tumbado en la cama. MiMi no estaba de verdad tumbada en la cama con él, pero probablemente ya habían follado en la bañera de tamaño gigante. Necesitaba otra cámara en el cuarto de baño.

MiMi abrió las puertas de su vestidor. Le dijo algo a Xeno. Leo lanzó un envoltorio de dulces contra la pantalla. *Se estaba chutando huevos de chocolate en miniatura Cadbury.*

¿QUÉ HAS DICHO, PUTA?

Xeno se levantó y entró en el vestidor.

¡PUTA MIERDA!

Le hacía falta otra puta cámara en el vestidor. Probablemente estarían haciéndolo como Liberace, encima de los putos abrigos de imitación de piel. Leo tenía que instalar cámaras web en toda la casa. Tenía que instalarle una cámara web en el coño. Así se sentaría dentro de ella y vería venir esa polla como una baqueta precisa y circuncidada. Leo en su cérvix, esperando con la boca abierta a que Xeno se abriese paso.

Accionó el *zoom*, pero la imagen se volvió borrosa. ¿Qué porquería de equipo había comprado Cameron? Luego vio que Xeno rodeaba a Hermione con el brazo. ¡No! Le estaba bajando la cremallera del vestido. Leo congeló

la imagen y le dio al botón de GUARDAR. Una prueba pura y dura. Ja, ja. Seguro que Xeno la tenía dura. Y más mientras le bajaba la cremallera a su mujer.

Leo miró. El vestido cayó al suelo. MiMi entró en el dormitorio en ropa interior. Dios, qué guapa era. Tetas grandes, brazos delgados, el bulto del bebé. El culo duro como el de un luchador: hacía pilates tres veces por semana. Unas piernas increíbles. Llevaba medias con elástico para él. No, llevaba medias con elástico para Xeno. Leo se aflojó el nudo de la corbata.

Xeno apareció con un vestido en la mano, ladeando la cabeza.

MARICÓN DE MIERDA, ¿POR QUÉ NO TE LA FOLLAS POR DETRÁS DONDE YO PUEDA VEROS?

MiMi se reía. Se apoyó en Xeno mientras se ponía el vestido. Se siente cómoda con él. Solo se puede estar tan cómodo con alguien a quien te has follado. MiMi se puso el vestido, se retorció para pasarlo por encima del bebé, luego se volvió para que Xeno se lo abrochase. Él le subió la cremallera y la alineó con la raja del culo.

¡QUITA TUS LARGOS Y DELICADOS DEDOS DEL CULO DE MI MUJER!

(Recordaba esos dedos largos y delicados en su propio culo).

MiMi se miró en el espejo (¿LO HARÁN MIRÁNDOSE EN EL ESPEJO?), luego se volvió hacia Xeno, que esbozó una mueca y negó con la cabeza mientras dibujaba con las manos un reloj de arena a lo Marilyn Monroe y movía su culo de maricón, como un travesti tailandés.

¿QUÉ ESTÁS DICIÉNDOLE, PERVERTIDO DE MIERDA?

Hermione se mostró de acuerdo y se volvió para darle la espalda. Xeno le bajó la cremallera. La besó en el cuello: solo un piquito, pero fue un beso. Luego Xeno desapareció en el vestidor y salió con otros dos vestidos, uno en cada mano como dos conejos muertos.

MiMi escogió uno y volvió a empezar la pantomima. Cremalleras, contoneos, mohínes, sonrisas, risas, espejos, mechones de cabello despeinados, movimientos de cabeza.

PUTOS CABRONES ¡NI SIQUIERA SABÉIS FOLLAR! ¡HACEDLO DE UNA VEZ!

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y entró Pauline.

Leo creyó que iba a vomitar. ¡Pauline! También ella estaba en el ajo. Estaba encubriéndolos. Estaban follando delante de sus narices y Pauline lo sabía.

¿TE DEJAN MIRAR, MALA PUTA?

Pauline le tendió una hoja impresa a Xeno. Una vez más Leo pulsó el *zoom*. Lo único que vio fue algo que parecía escrito en árabe.

Leo estaba trabajando en su despacho, ganando dinero para todos, mientras ellos celebraban una orgía en su casa.

Xeno disponía de sus propias habitaciones en casa de Leo porque a todos les gustaba que estuviese cerca.

YA LO CREO QUE OS GUSTA, PUTAS CHUPAPOLLAS.

Leo había olvidado que Pauline era socia de Sicilia.

UNA PUTA CON UN TRAJE DE MARKS AND SPENCER Y ESO QUE TE DOY CUPONES PARA ANN TAYLOR EN NAVIDAD.

Había olvidado que Xeno ganaba lo bastante para alojarse en un hotel.

NO PUEDE PERMITIRSE PAGAR UNA CAMA PARA FOLLÁRSELA Y TIENE QUE USAR LA MÍA.

Había olvidado que MiMi tenía sus propios ingresos y casa propia.

TE VOY A DEJAR EN LA CALLE, PUTA.

Todos eran chulos y alcahuetes y putas y ladrones.

Los mataría.

Y AHORA ¿QUÉ?

MiMi estaba desnuda. Sin ropa interior. Desnuda. Pauline se había sentado en la cama y charlaba con Xeno. ¿Qué era eso? ¿Una escena de *El asesinato de la hermana George*? ¡Pauline era lesbiana! ¡Ahora lo entendía! No podía conseguir hombres, así que hacía de alcahueta con mujeres. Era una lesbiana fea y borracha. Bueno, es verdad, Pauline no bebe. He mentido con lo del *whisky*. Es una lesbiana fea y abstemia.

¡VAN A HACER UN TRÍO!

Pauline estaba a punto de quitarse el vestido de Marks and Spencer y la chaqueta a juego. Debajo seguro que llevaba unas bragas enormes de Marks and Spencer y un sujetador de flores con tirantes anchos como cestas colgantes y quizá una faja de Spandex. Leo sabía qué era el Spandex. Había invertido en eso. Pauline iba a quitarse las gruesas medias y a restregar sus

setenta toneladas —bueno, libras— de grasa de mediana edad contra el coño de su mujer. Sus tetas fofas encima de MiMi..., ¿sería Pauline de las que se ponían arriba? Lo único que sabía Leo del sexo de las lesbianas lo había aprendido en páginas porno, pero estaba casi seguro de que una se pondría encima y otra debajo. Aunque MiMi estaba de ocho meses: no podría follarse tumbada de espaldas. Si no podía estar abajo, y no podía ponerse encima porque, joder, todavía era su mujer, tendría que ponerse de lado. ¿Se ponían las lesbianas de lado además de encima y debajo? Seguro que sí. Tendría que informarse. Su mujer desnuda estaba a punto de ponerse de lado y...

Pauline se quitó los zapatos, puso los pies en la cama y empezó a hurgar en su enorme bolso: ¿qué llevan las mujeres ahí dentro? Entonces Leo cayó en la cuenta: estaba buscando su consolador.

Pauline iba a sacar un consolador púrpura de silicona de ocho pulgadas con arnés. Iba a quitarse las bragas enormes. Se abrocharía el arnés a la cintura, la barriga le colgaría sobre el vello púbico de osito de peluche apolillado y canoso.

Pauline, de hecho, seguía hurgando en el inescrutable contenido de su bolso. Sacó las gafas, el iPhone y... un objeto largo de cuero rojo apareció en las manos de Pauline.

UN VIBRADOR DEL TAMAÑO DE UN SUBMARINO, PUTA DE SEXSHOP.

Era un estuche. Pauline se puso a hacer el crucigrama del *Guardian*.
¡JUDÍA MARXISTA!

Se abrió la puerta del dormitorio. Una mujer muy guapa a quien Leo no había visto en su vida entró con una funda de plástico para trajes.

SAL DE MI PUTO DORMITORIO, FURCIA.

Xeno sostuvo la funda.

¡UNA ORGÍA CON DISFRACES DE ENFERMERA!

Dentro de la funda había un traje bien cortado de lino azul con una camiseta ajustada de un blanco opalino con cuello de pico. Xeno dejó la ropa sobre la cama y empezó a desabotonarse la camisa. Leo tenía la boca seca. El esbelto pecho y la espalda de su amigo de juventud. Todavía era visible en el hombro la cicatriz de la caída. Pauline contemplaba el torso de Xeno. El minúsculo aro de oro en uno de los pezones. El minúsculo aro de oro de la

oreja. *La pelvis de Pauline se estaba levantando. Tenía una mano en la entrepierna, por encima de la falda. Xeno fue hacia ella y se montó a horcajadas sobre ella. Luego MiMi salió del vestidor, fue a la cama y apretó su cuerpo contra el de Xeno, que se volvió y le metió la lengua en la garganta.*

Pero MiMi seguía en el vestidor; cuando reapareció, llevaba un vestido corto negro sin mangas que resaltaba su vientre como si fuese a dar a luz al mundo entero.

Xeno le puso la mano en el vientre.

MiMi puso su mano sobre la suya y se sentó de pronto en la silla del tocador. Xeno le llevó agua.

Pauline se levantó y dijo algo. MiMi asintió y fue a la cama. Se tumbó. Pauline le colocó una almohada debajo de la cabeza.

Xeno se acercó y se quedó al lado de la cama, su entrepierna a la altura de la cabeza de MiMi.

¡CHÚPALE EL POLLÓN!

MiMi apoyó la mano en el bulto de Xeno. Le bajó la cremallera de los tejanos y le sacó la polla. No llevaba calzoncillos. Se tumbó de lado, embarazada, mirándolo, besando la punta de su polla mientras él le acariciaba el pelo. Luego se la metió en la boca.

Leo se dio cuenta de que se había empalmado. Se plantó delante de la pantalla, se bajó la cremallera y empezó a masturbarse rápida y brutalmente. Se corrió sobre la imagen de su mujer descansando en la cama, mientras su mejor amigo de pie a su lado le ofrecía un vaso de agua.

¿Esto no es nada?

MiMi, Xeno y Pauline iban camino de la Roundhouse.

El edificio había sido un depósito de tranvías y ahora se utilizaba como teatro y sala de conciertos.

Habían convencido a Xeno de que se quedara.

—¿Qué mosca le ha picado a Leo? —preguntó mientras el coche pasaba por delante del Zoo de Londres—. Parece un oso con el culo escocido.

—Está *meshugener* —dijo Pauline.

—¿Qué significa *meshugener*?

—¡Está loco! Ha hecho lo que ha querido toda su vida y no sabe controlar sus emociones, deseos, rabias, afectos. Es el típico macho alfa. No crecen, solo se vuelven más malos.

—Es por el bebé —dijo MiMi—. No quería otro niño.

—Se acostumbrará —dijo Pauline—. Leo tiene buen corazón.

—Ya no me quiere.

Xeno y Pauline miraron a MiMi. Luego los dos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

Pues claro que te quieres te adoran o sabe estar sintiendo o ser portino habrías llegado anada sabe que su vida estaría vacía sintiendo deprimida es normal antes de dar luz sé que no estar cariñoso como antes pero está atento a todo lo que haces.

—Creo que tiene una aventura.

Xeno y Pauline callaron.

—Cuando conocí a Leo —dijo MiMi—, era todo jactancia y aplomo.

Quería impresionarme con su coche, sus restaurantes, las entradas para visitar de noche los museos y las galerías a las que le daba derecho su American Express negra. Pensaba que esas cosas me gustarían. Fuimos al Louvre y al Musée d'Orsay cuando estaban cerrados al público. Contrató a un guía privado. Leo quería ver de cerca la *Mona Lisa* y *El origen del mundo*.

—Una supermodelo y una estrella del porno —dijo Xenó—. Típico de Leo.

—Compró postales de los dos cuadros y se puso a mirarlos en el taxi, de regreso al hotel. «La mujer más famosa del mundo», dijo, «después de la Madonna, pero nadie sabe cómo era en realidad». Luego miró *El origen del mundo*. Le dije: «No es más que porno. No tiene rostro. Ni identidad». Él se exaltó. Dijo: «Se pintó como porno, pero explica el porno. Los dos cuadros dan razón de por qué los hombres encuentran tan amenazadoras a las mujeres. El mundo sale de vuestro cuerpo y...», agitó a la *Mona Lisa* ante mí, «no tenemos ni idea de lo que pasa por vuestras cabezas. ¿Sabes lo aterrador que resulta?».

—¿Eso dijo Leo?

—Sí. Y me contó que, cuando su madre dejó a su padre y fue a despedirse, él no sabía por qué se marchaba y ella le dijo que era demasiado pequeño para entenderlo, luego añadió: «Ya soy un adulto y sigo sin entenderlo».

—¿Y después?

—Después rompió las dos postales en dos y las tiró por la ventanilla.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Pero ¿qué te hace pensar que tiene una aventura? —terció Pauline.

—Leo es posesivo, pero teme estar cerca de alguien. Su manera de empujarme lejos de él sería verse con otra persona.

«O simplemente empujarte...», pensó Xenó, aunque no lo dijo.

MiMi estaba en el escenario con el técnico de sonido.

—¡Xenó! —gritó Pauline—. Ven, tengo que hablar contigo.

—¿Qué ocurre, Pauline?

—Estoy inquieta. Hay un viejo dicho...: los problemas nunca vienen solos. MiMi tiene razón. Leo lleva semanas actuando de manera extraña. ¿Te

ha dicho algo? ¿Sobre el bebé? ¿Sobre MiMi?

—No. Solo está más insoportable que de costumbre, pero es mi amigo y no hago caso. Ya me conoces: cuando hay complicaciones a la vista, siempre me hago a un lado.

—¿Crees que está viéndose con alguien?

Xeno negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. Creo que no está viendo a nadie; eso es lo malo. Está encerrado en su propio mundo, pensaba que era cosa del trabajo. Desconecta..., ¿no?

—Sí, se le da muy bien desconectar. Pero hay algo más. Xeno..., ¿por qué te vas?

—Tengo cosas que hacer. Mi hijo me necesita. Pero para serte sincero, sí, tengo la sensación de que mi estancia se ha alargado demasiado.

—Eres como de la familia.

—Lo dices porque eres judía.

—Pues compláceme y seamos una gran familia feliz. Es una fantasía, pero agradable.

—Tengo que irme como muy tarde el lunes.

—MiMi necesita un amigo. Y Leo es bastante inestable.

—Todos lo somos. Leo es una caricatura de una persona inestable, nada más.

—Leo es una caricatura de una persona inestable que resulta ser él mismo.

Leo estaba tumbado en el sofá blanco de su oficina blanca viendo despegar los aviones. Estaba pensando en esa película de Superman en la que Lois Lane muere en su coche y Superman hace volver atrás el tiempo volando alrededor de la Tierra tan deprisa que desplaza su eje y el tiempo retrocede. La presa no revienta y Lois Lane no muere.

¿Qué puedo hacer para que MiMi no muera?

MiMi no está muerta: está a punto de dar a luz.

En mi imaginación lo está.

¿Y a quién coño le importa tu imaginación?

A mí. Necesito paz de espíritu.

Y los pensamientos de Leo se remontaban cada vez más en el tiempo. El banco lo había trasladado a Inglaterra. Le había pedido a MiMi que fuese con él, que se casara con él, y ella había dicho que no. Él se fue. No la llamó. Y ella tampoco a él.

Y luego...

Y luego le pidió a Xenó que fuese a buscarla.

Xenó se apeó del Eurostar en París Nord y tomó la línea 4 del metro hasta Cité. Luego pasó por delante de la Prefectura de Policía y cruzó el Sena. Notre Dame quedó a su izquierda. La librería Shakespeare and Company estaba justo delante. Había trabajado allí un verano: dormía entre las pilas de libros en una de las camas llenas de pulgas.

Al cruzar la calle vio al irascible propietario, George Whitman, sentado en un viejo ciclomotor rojo y hablando con MiMi.

A George le gustaban las chicas guapas. Pasaba ya de los ochenta y su hija tenía veintitantos, lo cual decía mucho de él. Y amaba los libros y a los escritores. Los hombres que no eran escritores por lo general se llevaban mal con George. Xenó no había sido una excepción.

Xenó se acercó. George frunció el ceño.

—¿Quién es usted?

Xenó le tendió la mano.

—Hola, señor Whitman..., soy Xenó. Trabajé para usted..., yo...

—¿Xenó? ¿Qué clase de nombre es ese? —respondió George—. No lo conozco de nada.

—Es amigo mío —dijo MiMi.

George movió la cabeza y arrancó el ciclomotor. El tubo de escape envolvió a los turistas en humo y gases.

—Dile a tu amigo que te ayude a cuidar de la tienda mientras salgo una hora —dijo George—. No pierdas demasiado dinero.

—Hola, Xenó —dijo MiMi—. Bienvenido a París. —MiMi entró en la tienda y se sentó detrás de la caja registradora, enfrente de la puerta—. A veces le vigilo la tienda.

—¿No te reconoce la gente?

—Creen que soy alguien que se parece a mí. Y así es.

Xeno deambuló entre los libros mientras MiMi engatusaba a los turistas norteamericanos para que comprasen dos ejemplares de cada cosa.

—Quiero inventar un juego que sea como una librería —dijo Xeno—. Capas, niveles, poesía, además de una trama. Una oportunidad de perderse y reencontrarse. ¿Me ayudarías? Necesito una mujer.

—¿Por qué?

—Vosotras veis las cosas de un modo diferente.

—No me interesan los juegos.

—Por eso mismo necesito tu ayuda. Haré que el tiempo sea circular: como el calendario maya, cada nivel del juego será un marco temporal: específico, pero poroso, de manera que te puedan observar desde otro nivel y tú también puedas ver otros niveles. Incluso puede que sea posible actuar simultáneamente en niveles diferentes..., aún no lo sé. Solo sé lo que falta.

—¿Y qué es?

—Dímelo tú. ¿Qué falta?

MiMi parecía triste. No respondió.

—¿Es Leo quien te manda? —dijo luego.

—Sí... MiMi, sabes por qué estoy aquí. Leo te quiere.

—¿Tanto que no me ha llamado en un año?

—¿Le has llamado tú a él?

MiMi guardó silencio.

George volvió de mal humor con un gato nuevo. Luego les pidió a todos que salieran de la tienda para que el gato se acostumbrase. Norteamericanos y bibliófilos salieron a la calle mientras George cerraba ruidosamente la puerta.

—¿No es eso malo para el negocio? —preguntó Xeno.

—El único momento en que no pierdo dinero es cuando tenemos cerrado. Así nadie puede robar los libros.

PORTAZO.

MiMi y Xeno estaban fuera. Ella se reía. Le cogió de la mano.

—Ahora lo único que nos hace falta es una langosta —dijo.

—¿Para comer?

—Para llevarla de paseo. ¿Has oído hablar de Gérard de Nerval?

Xeno no lo conocía.

—Te encantaría. Es uno de mis poetas franceses favoritos. Tenía una langosta a la que cuidaba como si fuese una mascota y la sacaba de paseo por la orilla del Sena con una correa.

—¿Y qué le pasó?

—¿A la langosta?

—Al poeta.

Xeno le pasó el brazo por encima del hombro por un segundo.

—Fue en el siglo XIX. Antes de que Haussman echara abajo los barrios bajos, los paseos y las esquinas del París antiguo. Era una ciudad medieval. Gérard de Nerval vivía en un edificio como el mío: una casa del siglo XVII con habitaciones y ventanas pequeñas que daban a un pequeño patio trasero. El cuadrado de cielo parecía una tapadera. Se había enamorado de una mujer de clase baja y se avergonzaba de sí mismo. Una noche soñó que un ángel, imponente y *majestique*, caía en el patio. Al caer plegó las alas y quedó atrapado. Las plumas flotaron y se colaron por las ventanas de los pisos oscuros. Una vieja empezó a rellenar una almohada. Si el ángel abría las alas para escapar, las casas se hundirían. Pero si no las abría, moriría. Unos días después Gérard de Nerval se ahorcó de una reja del sótano. Un hombre que pasaba por la calle miró hacia abajo y lo vio allí colgando, solo en la oscuridad.

—Es una historia horrible —dijo Xeno.

—Pero ¿qué haces —preguntó MiMi— si para liberarte tienes que demoler todo lo que te rodea?

—¿Y de lo contrario mueres? —dijo Xeno.

—Sí. De lo contrario mueres.

Era agosto. Las orillas del Sena se habían convertido en una fantasía costera, en parte *plage*, en parte bares y puestos de comida ambulantes. Hacía calor. La gente estaba relajada.

—A propósito de Leo... —MiMi asintió, y le apretó la mano, en parte para infundirle confianza y en parte porque lo entendía.

Estuvieron un rato andando en silencio.

A Xeno le gustaba ir de la mano de las mujeres que amaba. Le gustaban las mujeres. Siempre que no intimaran demasiado. Y siempre lo hacían..., o eso creían, o lo intentaban. Con los hombres era más fácil. El sexo era sencillo, a menudo anónimo. Un misterioso desconocido que (por esa noche) se llamaba amor.

Xeno no soportaba más intimidad de la cuenta. Era solitario e introvertido, con un entusiasmo que la gente tomaba equivocadamente por sociabilidad. Todo le interesaba, era atento con la gente, amable y sincero y cuando estaba presente estaba totalmente presente. Pero nunca lamentaba cerrar la puerta de noche o estar solo.

Leo había enviado a Xeno a pedirle a MiMi que le diese otra oportunidad.

—Si la veo lo echaré todo a perder. Explícaselo tú.

—¿Qué quieres que le diga?

—¡No lo sé! La versión larga de «Te quiero».

Leo le dio a Xeno un trozo de papel escrito con su mala caligrafía.

—Aquí tienes la versión larga. —Xeno lo miró. Estuvo a punto de echarse a reír, pero su amigo parecía tan abatido y angustiado que se limitó a asentir con la cabeza mientras leía.

—He estado trabajando en ella —dijo Leo.

- 1) ¿Puedo vivir sin ti? Sí.
- 2) ¿Quiero hacerlo? No.
- 3) ¿Pienso en ti a menudo? Sí.
- 4) ¿Te echo de menos? Sí.
- 5) ¿Pienso en ti cuando estoy con otra mujer? Sí.
- 6) ¿Creo que eres diferente de las demás mujeres? Sí.
- 7) ¿Creo ser diferente de los demás hombres? No.
- 8) ¿Es una cuestión de sexo? Sí.
- 9) ¿Es solo una cuestión de sexo? No.
- 10) ¿Me he sentido así antes? Sí y no.
- 11) ¿Me he sentido así después de ti? No.
- 12) ¿Por qué quiero casarme contigo? Detesto la idea de que puedas

casarte con otro.

13) Eres preciosa.

El caso es que, después de pasear un rato, se detuvieron a beber un poco de agua en un bar que vendía *l'eau* en elegantes botellas azules y Xeno sacó el papel y se lo dio a MiMi. Ella se rio.

—No, escucha —dijo Xeno—, es raro, pero sincero. Es su manera de estar seguro.

MiMi negó con la cabeza.

—No sé.

—Pues di que sí —insistió Xeno.

—*Pourquoi?*

Siguieron andando. Hablaron de la vida como devenir. De la nada. De la ilusión. Del amor como una teoría echada a perder por la práctica. Del amor como una práctica echada a perder por la teoría. Hablaron de la imposibilidad del sexo. ¿Era el sexo diferente para los hombres? ¿Cómo era con hombres? ¿Qué se sentía al enamorarse? ¿Y al desenamorarse?

¿Y por qué se acababa por *tomber*, por caer?

—Hay una teoría —dijo Xeno, los gnósticos la plantearon como opuesta al cristianismo desde los orígenes: no hubo caída, sino que este mundo ya había caído cuando se creó. No lo creó Dios, que está ausente, sino una figura al estilo de Lucifer. Una especie de ángel negro. No pecamos, ni perdimos la gracia; no fue culpa nuestra. Nacimos así. Hagamos lo que hagamos, caemos. Incluso andar es una especie de caída controlada. Pero eso no equivale a fracasar. Y si lo sabemos, gnosis, es más fácil soportar el dolor.

—¿El dolor del amor?

—¿Qué otra cosa hay? El amor. El desamor. La pérdida del amor. Nunca me he tragado que el estatus y el poder, ni siquiera el miedo a la muerte, sean impulsos independientes. La base en la que estamos, o de la que caemos, es el amor.

—Eso suena muy romántico para un hombre que nunca se compromete.

—La idea me gusta —dijo Xeno—. Pero también me gusta la idea de

vivir en la Luna. Por desgracia, está a doscientas noventa y tres mil millas de la Tierra y en ella no hay agua.

—Pero has venido a verme porque quieres que me case con Leo.

—Solo soy el mensajero.

Anduvieron hasta un restaurante en una plazuela triangular donde unos chicos jugaban a la petanca. Un hombre ejercitaba a dos dálmatas lanzándoles una pelota de tenis roja. Negro, blanco y rojo. Negro, blanco y rojo. La tarde estaba refrescando.

Pidieron alcachofas y bacalao. Xeno se sentó al lado de MiMi mientras ella le hablaba desde detrás del menú.

—¿Y tú? —le preguntó MiMi.

—Me marchó a Estados Unidos..., es donde está la industria de los videojuegos.

—¿Pero volverás por aquí?

—Siempre vuelvo por aquí.

¿Cómo sería si no tuviésemos cuerpo y nos comunicásemos como los espíritus? Entonces no repararía en tu sonrisa, en tus curvas, *en el cabello que te cae sobre los ojos*, en tus brazos sobre la mesa, morenos con un poco de vello, *en el modo en que apoyas las botas en la barra de la silla*, en que mis ojos son grises y los tuyos verdes, *en que tus ojos son grises y los míos verdes*, en que tienes la boca torcida, en que eres menuda, aunque tus piernas son tan largas como una frase interminable, *en que tus manos son delicadas*, *y en el modo en que te sientas a mi lado para que te aclare cómo se dicen las cosas en francés*, y me encanta tu acento, tu forma de hablar, nadie ha dicho nunca «b'calao» como tú, y ya no es pescado ahumado, sino una palabra que suena como... (la palabra que acude a la imaginación y que descarto es amor). ¿Siempre te dejas desabrochado el último botón? ¿Solo uno? ¿Para que pueda imaginar tu pecho por la mata de pelo que asoma? No es rubia. No, creo que es morena, pero me gusta el modo en que se lo tiñe por partes y la manera en que se quita los zapatos debajo de la mesa. Es desconcertante, la forma en que me miras cuando hablamos. ¿De qué estamos hablando?

Ella pidió un *baba au rhum* y el camarero les llevó una botella de ron de

Saint James y la dejó sobre la mesa.

—A veces soy Hemingway: a las once de la mañana, un Chamberry kir con ostras. Luego, para inspirarme, un ron Saint James. Es una barbaridad.

Xeno lo olisqueó. Combustible para barbacoa. Pero se sirvió un trago.

Ella se bebió el café. Pasó una pareja que discutía sobre la limpieza en seco. Conoces a alguien y no ves el momento de quitarte la ropa. Pasa un año y estás discutiendo sobre la limpieza en seco. Las imperfecciones van incluidas en el diseño.

Pero bueno, pensó Xeno, la belleza no es belleza porque sea perfecta.

MiMi estaba sentada con las rodillas levantadas, las piernas desnudas, los ojos como luciérnagas.

Xeno sonrió: ¿que decía el número 13 de la lista de Leo? *Eres preciosa.*

Habían acabado de cenar y estaban a punto de salir del restaurante, cuando en una ventana de la plazuela triangular alguien puso una canción de Jackson Browne, *Stay*.

Xeno empezó a bailar. MiMi le cogió las manos. Abrazados, sonreían, bailaban. «Stay... just a Little bit longer».

—¿Quieres un ejemplar de Gérard de Nerval? —preguntó MiMi—. Tengo uno *chez moi*.

Fueron de la mano hasta el apartamento de Saint-Julien-le-Pauvre.

La escalera estaba oscura. Xeno pasó la mano por la barandilla de hierro del siglo XVII que se curvaba al subir a medida que la escalera giraba en cada rellano como un sueño recurrente, con puertas que se cerraban a otras habitaciones.

MiMi abrió la puerta de su apartamento. La única luz llegaba de las farolas de la calle. No había bajado las persianas. Se dirigió a la ventana y quedó enmarcada por la luz amarillenta con su vestido azul, como una silueta de Matisse.

Xeno se acercó y se plantó detrás de ella. No cerró la puerta de la calle y se movió con tanto sigilo que ella pareció no oírle. Él se preguntó que estaría

pensando.

Estaba justo detrás de ella. Olía a lima y a menta. Se volvió. Se volvió hacia Xenó. Contra él. Él la rodeó con sus brazos y ella apoyó la cabeza en su pecho.

Se quedaron así un rato, luego MiMi le cogió de la mano y lo llevó a su cama: un enorme *bateau lit* al otro extremo del apartamento. Levantó la mano y le acarició la nuca.

En el rellano, la luz eléctrica, pasos que subían las escaleras, una mujer con marcado acento francés que se quejaba del calor. Un hombre que gruñía a modo de respuesta. La pareja pasó cargada de comestibles por delante del apartamento de MiMi sin mirar siquiera la puerta abierta.

Y luego, Xenó corrió escaleras abajo.

Era la noche del concierto. La Roundhouse iba llenándose de invitados que ocupaban sus mesas.

Leo llevaba una camiseta en la que se leía: YO SOY EL UNO POR CIENTO.

—Quítatela —dijo Pauline.

Leo obedeció.

—¿Quieres que vaya a la cena desnudo de cintura para arriba?

—Madura de una vez.

Leo no asistió a la cena. Era como si hubiese desaparecido. En realidad, estaba en la galería, sobre las mesas y el escenario, observando lo que había pagado. La tarde iba bien. Solo con la subasta habían recaudado ya más de 50 000 libras.

—¿Dónde coño se ha metido? —le preguntó Pauline a Xenó.

Sentado en la penumbra, Leo esperaba a que cantara MiMi. Salió al escenario con su desenvoltura y confianza naturales. Cuando el aplauso cesó, dijo unas palabras, con una mano sobre su bebé de ocho meses, sobre lo que se sentía al saber que el bebé estaba a salvo. Que tu hijo tendría futuro. Que ser madre era seguro. Que ser niño era seguro. Al dar a luz sin miedo. Y habló como mujer, como la madre de un niño pequeño, como la madre de una nueva vida que llevaba en su interior. El milagro de la vida. ¿Acaso no

querían todas las mujeres que iban a tener un hijo que el bebé sonriese, creciera y supiese lo que es el amor?

Y luego cantó. Tres canciones. El público estaba entusiasmado. Los aplausos no cesaban. Un tipo del público gritó:

—¡Cinco de los grandes por un bis!

—¡Imbécil! —exclamó Leo desde la galería—. ¿Crees que puedes comprar a mi mujer con cinco de los grandes? Con eso no puedes comprar ni uno de sus pendientes.

Leo miró hacia abajo. Xeno tenía los codos apoyados en la mesa, el rostro entre las manos, los ojos clavados en los de MiMi. Ella le guiñó un ojo.

Leo se echó hacia atrás en la silla. Se cayó. Se oyó un ruido. La gente alzó la vista. MiMi miró hacia la galería. Vio a Leo. Él vio su rostro, y por un milisegundo captó la confusión, la angustia y ¿qué? ¿El miedo?

Pero estaba cantando. Era una profesional. Siguió cantando hasta el final y sonrió y agradeció el aplauso. Levantó la mano. Se tocó el vientre. Abandonó el escenario.

Leo bajó de la galería, a las bambalinas, donde estaban los camerinos. Corrió por el pasillo.

—¡MiMi!

Ella fue a su encuentro. Estaba enfadada.

—¿Qué haces? Todo el mundo te buscaba. ¿Por qué estabas en la galería? ¿Dónde te habías metido?

Leo no respondió. Tiró de ella y la besó con brusquedad. Ella lo empujó.

—*Ça suffit!*

—¿Que pare?

—Me voy a casa. Cameron me espera en la puerta de artistas.

—Te acompaño.

—Leo, ¿qué pasa?

Él estuvo a punto de decirle: Ya no me quieres. Ella estuvo a punto de decirle: Hay otra persona, ¿verdad?

En vez de eso, MiMi pasó de largo y se alejó por el pasillo.

Púas, ortigas, pinchos, agujones

La una de la mañana.

Las calles borrosas por la llovizna. Los plásticos brillan en las aceras. El resplandor a la luz de las bombillas de sodio de las farolas. Coches haciendo cola ante el semáforo en rojo, limpiaparabrisas moviéndose al unísono, conductores con las ventanillas bajadas para combatir el calor. Un tipo corpulento en una furgoneta, con el brazo derecho apoyado en la ventanilla bajada y el codo fuera, deja que entre la lluvia, y se pasa aliviado el antebrazo por la cara.

Súbita lluvia veraniega.

Leo observó a Xeno meter a Pauline en un taxi. Luego Xeno fue hacia el aparcamiento subterráneo. Estaba cerrado, pero Sicilia lo había alquilado. Tenían los códigos de acceso. Leo le siguió. Su coche también estaba abajo.

Planta inferior. Luces de neón. Pilares de hormigón. Plazas pintadas en el suelo. Es igual que cualquier otro aparcamiento. Hace tanto calor como en una tienda de limpieza en seco, los tubos de ventilación ronronean para despejar el calor.

Xeno nunca recordaba dónde había dejado el coche. Esa noche no sería diferente.

Leo sabía dónde estaba su Jeep. Era uno de los coches que tenía como juguete. Un vehículo militar. Carrocería caqui, ruedas enormes sin guardabarros, techo de lona, tres pedales, dos asientos, solo un velocímetro

en el salpicadero, volante con muescas, freno de mano de goma y un largo y fino cambio de marchas. Lo utilizaba los días libres. El Porsche era para ir a trabajar.

Leo puso en marcha el Jeep con la pesada llave y giró 360° con un chirrido de los neumáticos en dirección al primer piso, donde Xeno salía marcha atrás de su plaza con el Fiat 500 (rosa) de MiMi.

Leo pisó a fondo el acelerador, fue a toda pastilla hacia el Fiat y lo embistió por detrás. Xeno se detuvo. Pero ¿qué...? Cuando reconoció el Jeep y comprendió que era Leo, este estaba retrocediendo a toda velocidad por el carril de un solo sentido por el que había subido en contra dirección. El Jeep desapareció a la vuelta de la esquina, con el motor muy revolucionado y resonando en las paredes de hormigón.

Le pasa algo, pensó Xeno, mirando el lateral hundido y los restos de pintura flotando como comida para peces en los charcos del suelo de cemento.

Xeno volvió a subir al coche y se marchó. La rueda rozaba la abolladura del guardabarros. Más valía tratar de enderezarla.

Sin apagar el motor, se bajó y rodeó el coche. Tiró del guardabarros doblado.

Se oyó un chirrido de neumáticos como en una película mala. Xeno alzó la vista y vio a Leo que iba hacia él a toda velocidad, asomado a la puerta del Jeep.

ESTO ES LO QUE LE FALTA A TU JUEGO.

Xeno saltó a un lado. Leo chocó contra el Fiat.

—¡Puto chiflado! —gritó Xeno, pero Leo estaba maniobrando atrás y adelante para desenganchar la defensa del Jeep de la parte trasera del Fiat, y aparentemente dejó de prestarle atención. Xeno se apartó pero Leo, después de soltarse de su presa, volvió a embestir contra el coche: esta vez arrancó la puerta del acompañante.

A Xeno se le cruzaron los cables. Subió a lo que quedaba del Fiat y puso en marcha el motor. Arrancó. Se dirigió hacia los carteles de salida.

Leo lo siguió.

Xeno subió una planta, dando vueltas al volante como un loco para atajar en dirección a la salida. Leo era más rápido y estaba justo detrás. Empujó el

Fiat y lanzó a Xeno y al coche a un lado. Xeno vio un hueco demasiado estrecho para el Jeep, dio un volantazo a la izquierda y obligó a Leo a dar marcha atrás.

El giro había sido un error. Estaba yendo hacia abajo, no hacia arriba. Iba hacia las plantas inferiores del aparcamiento.

Y Leo seguía persiguiéndole.

De frente.

Leo había adelantado a Xeno sin saber cómo. El Jeep dobló una esquina sobre dos ruedas y embistió al Fiat. Xeno hizo lo que pudo e hizo girar el coche para evitar la colisión frontal que buscaba Leo.

Con el impacto, se rompió el parabrisas y Xeno salió despedido hacia el asiento del pasajero. Por un instante se quedó aturdido, oyendo el zumbido del salpicadero del coche y viendo las luces rojas y amarillas de los indicadores que advertían del fin del mundo.

Tenía que salir. ¡Ya!

Xeno se deslizó por el asiento y abrió la puerta del conductor. Echó a correr.

Y Leo lo siguió en el Jeep.

Intenta matarme.

Xeno siguió corriendo. Era rápido, pero el Jeep lo era más. Los tubos de neón se volvieron borrosos. Las plazas numeradas: 20, 21, 22, 23, 24, 25. Una placa de metal. El Jeep estaba justo detrás de él y Leo tocaba el claxon con el puño. Xeno notó el calor del motor. Leo iba a aplastarlo contra la barrera.

Xeno se lanzó hacia delante, chocó con la parte superior de la barrera y la saltó. Cuando cayó pesada y dolorosamente al otro lado, Leo la embistió. Desde el suelo, Xeno oyó el ruido metálico de la marcha atrás, notó el frío metal en la espalda. Entonces Leo volvió a chocar contra la barrera. Y una vez más.

Xeno se puso en pie. Notaba el aire húmedo en el rostro. Debía de estar casi fuera. Sí. Ahí estaba la barrera amarilla. Corrió a la calle. No había perdido el móvil.

—¿Cameron? Quiero que saques mis maletas de casa de Leo. Sobre todo el maletín, es de cuero rojo, está sobre el escritorio, y también el portátil.

Estaré en casa de Pauline.

Cameron iba en pijama.

—¿Qué ocurre, Xenó?

—Leo quiere matarme.

Cameron se vistió a toda prisa y fue en coche desde su piso en Ladbroke Grove a la casa de Little Venice. ¿Por qué habría puesto la cámara web en el dormitorio de MiMi? ¿Por qué no se habría negado?

Introdujo el código de acceso, cruzó la verja y vio luz en el dormitorio de MiMi. El resto de la casa estaba a oscuras.

Cameron aparcó en un sitio discreto y rodeó la casa para ir a las dependencias de los invitados, donde se instalaba siempre Xenó. Las maletas estaban hechas. Metió lo que faltaba en una bolsa, cogió el maletín y el portátil y volvió al coche. El chirrido de unos neumáticos y unos haces de luz al otro lado de las gruesas puertas metálicas de la entrada le advirtieron de la llegada de Leo.

Cameron sacó su iPhone y desactivó el código de acceso.

Conectó la pantalla y observó a Leo por la cámara de la puerta. Estaba pulsando con violencia los botones. Aunque intentara llamar al ama de llaves o a MiMi, no podrían abrirle. Entonces sonó su propio teléfono.

—¿Leo?

El puto putero está puteado.

Cameron pensó que era una frase totalmente correcta: adjetivo, nombre y verbo. Desde luego no era Shakespeare, pero sí muy pertinente.

Después de una breve negociación, Leo quedó en ir al piso de Cameron a por la llave maestra. Cameron vio alejarse los faros del coche hasta que desaparecieron, luego abrió la verja y se marchó, tras reactivar con sumo cuidado el código de acceso.

Cameron se dirigió hacia el norte, a casa de Pauline en Belsize Park. Había luz en el piso de abajo y cuando Pauline le abrió llevaba un batín de Marks and Spencer. A ella le gustaba Marks and Spencer.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Pauline—. He tenido que prepararme un *whisky*, y eso que yo no bebo.

El teléfono de Cameron sonó. «Leo» le indicó por gestos a Pauline.

Se oyó una larga retahíla de gritos que se interrumpió cuando Cameron le contó a Leo que había habido un malentendido. Había ido a la casa y había reintroducido los códigos. Sí, ya podía volver.

El teléfono enmudeció.

Xeno bajó con otro de los batines de felpa de Pauline. Se había duchado. Tenía las piernas amoratadas y un corte en la cara debido a la rotura del parabrisas. Abrió las maletas para sacar ropa limpia.

—Deberías ir al hospital —dijo Pauline.

—Ni al hospital, ni a la policía —respondió Xeno—, pero, Cameron, tienes que sacar del aparcamiento lo que queda del Fiat de MiMi. Ella no tiene por qué verlo.

—¿Por qué te perseguía Leo en el aparcamiento? —preguntó Cameron apesadumbrado, pues conocía la respuesta.

—Para matarme.

Pauline negó con la cabeza.

—Estás siendo un poco melodramático.

—¿Quieres ir a ver lo que queda del coche melodramático?

—Podemos remolcarlo con el Range Rover —sugirió Cameron.

Leo había vuelto a la casa. Le encantaba su casa. Una mansión de estuco blanco de la década de 1840 rodeada de jardines. Discreta y segura. La compró cuando se casó con MiMi, en 2003. Acababa de pagarla cuando perdió su empleo. El primer año tuvo dificultades financieras; aunque en realidad, no las tuvo porque MiMi corrió con todos los gastos. Leo no lo soportaba. Se sentía peor que si se hubiese endeudado. Estaba orgulloso de su mujer. Orgulloso de que ganase tanto dinero. Pero en el fondo quería ser él quien se encargara de todo. Si se paraba a pensarlo sabía que era poco razonable, así que hacía como siempre y no se paraba a pensarlo.

Sin embargo, ahora Leo estaba pensando en algo en lo que no quería pensar pero no podía dejar de hacerlo.

Su mujer y su hijo no eran su mujer y su hijo. Lo sabía con cada fibra de su ser. Vaya tópico.

Leo avanzó por el camino de entrada y aparcó el Jeep en el garaje. Ahora estaba tranquilo. Parecía normal. Fue directo a las dependencias de los invitados. Quería el maletín y el portátil de Xeno. Encendió la luz. ¿Por qué estaba vacía la habitación? Había hablado con Xeno allí mismo, justo antes de ir al acto benéfico. Leo entró en el dormitorio, abrió los armarios, luego la puerta del baño. Xeno se había ido como si aquello fuera un hotel.

Pauline barrió los cristales en torno al Fiat destrozado mientras Cameron y Xeno lo enganchaban al Range Rover.

—Normalmente no consume drogas —dijo Xeno—. Debe de haber tomado algo en la fiesta y se le habrá subido a la cabeza.

—Pero ¿por qué? —dijo Pauline—. Lleva años limpio.

Cameron miró a Xeno.

—Cree que está usted liado con MiMi. —Xeno y Pauline se quedaron quietos como animales que perciben la presencia del cazador—. Me lo dijo él.

Xeno se puso en pie. Con las luces de neón parecía demacrado.

—No estoy liado con MiMi.

—¡MiMi! —dijo Pauline—. *Gevalt*, ¿dónde está?

—En casa, claro —dijo Cameron—. La llevé yo. ¿Por qué? ¡Eh! ¿Adónde va?

Leo lanzó la lámpara de la mesilla al otro lado de la habitación. Se rompió contra la pared. Xeno sabía que él lo sabía. Sabía que sabía lo que sabía. Y se había ido. Alguien le había ayudado. Por eso MiMi había tenido tanta prisa por marcharse.

Leo se encaminó a la casa.

MiMi dormía.

Leo abrió la puerta del dormitorio. Se había quitado los zapatos. Se quitó la chaqueta.

MiMi dormía siempre con una luz encendida, un infantil rectángulo de luz lunar suave y tenue. Y le gustaba dejar las cortinas descorridas. Leo la vio con claridad, con un brazo sobre la almohada y el cuerpo encogido de lado con un caftán blanco.

Se quedó de pie al lado de la cama. Cuánto la amaba. Sentía ternura mezclada con el placer y la sorpresa de que ella lo quisiera. Haría cualquier cosa por ella. Conservaba todos los recortes de prensa que hablaban de ella. Era él y no ella quien guardaba sus premios alineados en su despacho de casa.

Y era tan menuda, un pajarillo; no, un pajarillo no, porque tenía músculo...; una flor, aunque tampoco, porque no estaba hecha para exhibirse...; una joya, pero eso tampoco porque no estaba en venta.

Se sentó al borde de la cama, contemplándola mientras dormía, su imaginación viajó al pasado, o tal vez fue el pasado el que viajó a su imaginación.

¿Recuerdas cuando Milo era pequeño y tú tenías que actuar en Sidney y pasamos el fin de semana en Byron Bay y fuimos a nadar cerca del faro y se formó un remolino? Te perdí de vista. Pensé que te habías ahogado. Lo único que pensé fue que no te volvería a ver. Necesité todas mis fuerzas para volver a la playa. Nadé entre la espuma, con los pulmones medio llenos de agua y, cuando levanté la vista, ahí estabas: prodigiosa como una sirena. Habría dado mi vida por salvarte, y te habías salvado.

Sentado en el borde de la cama, Leo se quitó los calcetines. Se arrodilló al lado del cuerpo de MiMi. Despierta, despierta, despierta, MiMi, despierta.

MiMi abrió los ojos.

—¿Leo?

Leo estaba se estaba quitando la camisa por la cabeza. MiMi levantó la mano y le tocó el pecho. Él la sujetó como para no caerse.

—Me haces daño —dijo MiMi, pero Leo la sujetó aún con más fuerza. Se inclinó hacia ella, se tumbó y le puso la otra mano en el cuello.

Por un segundo, ella pensó que era una broma, pero enseguida comprendió que no.

—¡LEO!

—¿Te has acostado con él antes del espectáculo o habéis echado uno

rápido al volver y luego le has ayudado a hacer las maletas?

—Leo, *lâche-moi!*

Leo se había desabrochado los pantalones. Necesitó las dos manos para quitárselos. MiMi intentó levantarse de la cama. Él volvió a tumbarla.

—¿Cuánto tiempo llevas liada con Xenó? —Vio su rostro. Incredulidad. No imaginaban que pudiera enterarse—. Puta barata.

Leo puso a MiMi de lado y le tapó la boca con una mano. Ella le mordía como un perro. Era una perra. Intentó metérsela por detrás, pero se resistía. No quería pegarle.

Leo se levantó, le abrió las piernas con la rodilla.

—Te conozco —dijo.

MiMi, de pronto, dejó de resistirse. Se puso de espaldas, jadeante, con una mano en el vientre.

—No me conoces lo más mínimo.

Leo estaba encima de ella, con el peso sobre los brazos a los costados de ella. Su rostro casi rozaba el de ella. Quería besarla. Quería llorar.

—Eres mía. Di que eres mía.

MiMi no dijo nada.

—¿Cómo te acaricia? ¿Se tumba a tu lado? ¿Encima? ¿Te hace masajes orientales? ¿Te masajea las sienes? ¿Te lo come como yo? ¿Te gusta? ¿Te gusta?

Leo la zarandéo. MiMi estaba inerte, como un muerto. No se movía, como a él le gustaba, no le susurraba en francés, eso le encantaba. Estaba quieta como un animal apaleado. No podía correrse. Siguió embistiendo contra ella, pero no podía correrse.

Se agachó para besarla. Ella le mordió el labio superior. Leo notó la sangre que le corría por la boca. PUTA. La golpeó en la cara.

Entonces vio los faros de un coche proyectándose sobre la pared por encima de la cama.

Se levantó de un salto y se asomó a la ventana. El Audi de Pauline, tenía que ser Pauline. Sí. El timbre empezó a sonar como una alarma antiincendios.

Leo cogió los pantalones y salió del dormitorio, corrió escaleras abajo subiéndose la cremallera. Una puerta se abrió en el rellano. Era Milo, con su pijama de Superman.

—¿Papá? ¿Dónde está mamá?

—En la habitación. Vuelve a la cama. Es Pauline.

Milo subió las escaleras mientras Leo abría la puerta. Leo intentó aparentar calma...

—¡Pauline! ¿Estás bien?

Pauline pasó de largo hacia el vestíbulo. Leo reparó en que llevaba la chaqueta de punto mal abotonada.

—¿Dónde está MiMi?

—Durmiendo. Todos estábamos durmiendo.

Pauline miró hacia lo alto de las escaleras y vio a Milo. Le sonrió y lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo. Pauline dudó.

—¿Va todo bien?

—Claro, claro —dijo Leo—. Déjanos dormir un poco, ¿de acuerdo?

Pauline lo miró. Supo que mentía.

Arriba se oyó un estrépito. Milo corrió por el rellano.

—¡MAMÁ!

Leo subió a grandes zancadas y Pauline fue tras él. MiMi estaba en el suelo, jadeando, con la marca del bofetón en la cara. Milo se había arrodillado a su lado.

—*Bébé!* —exclamó MiMi, intentando tranquilizar a su hijo.

—Ha roto aguas —dijo Pauline—. ¡Leo! Ayúdame a subirla a la cama y pide una ambulancia. No pasa nada, Milo... Mamá va a tener un bebé, y ya está.

Leo levantó en brazos a MiMi y la llevó al dormitorio. La dejó sobre la cama. Ella respiraba por la boca con dificultad. Pauline le tomó el pulso.

—Ve a buscar toallas y agua caliente.

Leo entró en el cuarto de baño. Milo estaba plantado como una estatua en el umbral. Pauline fue a abrazarle. Era pequeño para su edad.

—¡Milo! No te asustes. Así naciste tú..., así nacemos todos. Vuelve a la cama y haz un *slufki*. Papá irá enseguida.

MiMi le tendió la mano a Milo. El niño corrió a darle la mano y apretó el cuerpo contra la cama, mientras Leo salía del baño con un cubo de acero inoxidable lleno de agua y un montón de toallas.

—Llévate a Milo —dijo Pauline—. Y llama al médico.

Leo asintió. MiMi no le miró. Cuando salió, su mujer tendió los brazos hacia Pauline.

—Ya viene —dijo, bajando de la cama, poniéndose a cuatro patas y moviéndose despacio.

—Espera al médico —dijo Pauline.

El bebé nació tan deprisa que Pauline no tuvo tiempo de sentir pánico. Estaba arrodillada al lado de MiMi y vio aparecer la cabeza del bebé, luego el cuerpecillo enrojecido, las piernas y los pies diminutos. Cogió al niño y lo dejó sobre las toallas. Tijeras; necesitaba tijeras.

—En el tocador —dijo MiMi.

Pauline cortó el cordón umbilical y sostuvo al bebé en brazos.

—Es una niña —anunció Pauline, y se oyó un grito como la vida, era la vida, cruda, nueva y sanguinolenta. Pauline le pasó el bebé a MiMi y las dos se sentaron sonriéndose, sin decir nada, maravilladas ante algo tan imposible y tan normal como un bebé.

Pauline le limpió la cabeza y la cara con agua caliente.

La puerta se abrió. Era Milo.

—Ven a conocer a tu hermanita —dijo MiMi—. No tengas miedo.

—Pero ¿los niños no nacen en el hospital? —preguntó Milo.

—Ha venido antes de tiempo —dijo Pauline—. Mira, aquí la tienes.

—¿Dónde está Leo?

—Papá está sentado en la escalera —respondió Milo—. ¿Yo también era así?

Pauline fue a buscar a Leo. Lo encontró al pie de las escaleras al salir al rellano. Tenía la cabeza entre las manos.

—*Mazeltov* —dijo Pauline, pasándole el brazo por los hombros al llegar a su lado—. ¿Qué ha dicho el médico?

Leo se apartó.

—No lo he llamado.

—¿Qué?

—Que lo llame Xenó. Es su hijo.

Pauline no respondió. Se levantó, fue a por el bolso que había dejado en

la mesita del vestíbulo. Empezó a buscar su teléfono. Leo la observó un instante, luego dio media vuelta y corrió escaleras arriba.

—¡LEO!

Pauline se paró a pensar. Tenía que llamar a alguien. Su móvil no estaba en el bolso..., ¿se lo habría dejado en casa? Era de noche. Tal vez se lo había olvidado en el coche. Fue al despacho de Leo en la parte delantera de la casa; la puerta estaba cerrada. Notaba el corazón acelerado. Fue al otro lado del vestíbulo, hasta el amplio y enorme cuarto de estar: ahí había un teléfono. Encendió la luz, vio el teléfono, apretó la tecla de llamada. Nada. Otra vez. Nada. ¿Qué estaba pasando?

La cocina..., había un teléfono en la pared. Pauline corrió —correr no era lo suyo— a la cocina del sótano; las luces de la encimera seguían encendidas. Al lado de la panera vio los restos de un bocadillo. Ahí estaba el teléfono. Marcó el 112. No había señal.

La casa tenía una centralita de cuatro líneas para Leo, MiMi y sus ayudantes. Leo debía de haberla desconectado.

Leo estaba sentado con las piernas cruzadas enfrente de MiMi. Iba descalzo. No se había puesto la camisa. Parecía un marido que ha estado al lado de su mujer mientras su hijo venía al mundo.

MiMi lo observaba como quien observa a un perro a punto de atacar. Abrazaba a su bebé contra ella, envuelto en una toalla. De debajo de la toalla salían ruiditos, pero Leo no veía al bebé.

—¿Cuánto tiempo hace? Nueve meses, sí..., pero ¿y antes? ¿Años? ¿De verdad eras sincera cuando te casaste conmigo? —MiMi no respondió—. La forma en que lo miras, en que le das la mano, en que te ríes con él. ¿Acaso crees que soy idiota? De acuerdo, lo soy...; no soy un artista como vosotros, no me gusta leer, no voy a la ópera, no sé tocar el piano; no estoy a vuestra altura, ¿verdad?

—Creo que estoy sangrando, Leo. ¿Puedes llamar a un médico?

—Dime la verdad.

MiMi estaba intentando expulsar la placenta. Yacía de espaldas, con las piernas abiertas, empujando. Leo se sentía ridículo; le dolía la cabeza. Su

mujer estaba ahí. Había un bebé. ¿Qué le pasaba? MiMi seguía sufriendo. ¿Y si se moría?

En el piso de abajo, Pauline había descubierto que no podía salir de la casa. Las puertas y las ventanas estaban cerradas. Había probado todas las salidas posibles. Cuando volvió a la cocina, apareció Milo en pijama con su oso Superman.

—Mamá está llorando.

En el dormitorio, la placenta roja como un hígado estaba sobre la toalla. MiMi, encogida en la alfombra, inmóvil, abrazaba al bebé. La niña dormía. MiMi notaba los latidos de su corazón. Parecía bastante firme y estaba caliente. Es fuerte, pensó MiMi.

—Debería llamar a Xenó —dijo Leo—. Decirle que venga a cuidar de su hijo. Pero no sé dónde demonios está... ¿Le llamaré? Llamémosle. ¿Quieres llamarle? Sí, sí, sí, sí.

Leo apoyó el pie en la espalda de MiMi, sin fuerza pero también sin delicadeza. Encontró el teléfono en su chaqueta. Utilizó la marcación directa para llamar a Xenó. Saltó directamente el contestador... «Hola, has llamado a Xenó...».

Leo apagó el teléfono e imitó su voz:

—«Hola, has llamado a Xenó...». Sabes que es gay, ¿no? Se odia tanto a sí mismo que tiene que follarse a la mujer de su mejor amigo para sentirse un hombre.

—A mí no se me ha follado nadie —dijo MiMi.

—¿Cómo? —exclamó Leo, levantando la voz—. ¿Cómo? —La zarandé por el hombro. La apartó. Se agachó sobre ella—. El padre no quiere ver a su bebé. El padre ha dejado a su bastardo para que lo cuide su amigo.

—Estás enfermo —dijo MiMi—. Ningún niño es un bastardo.

—¿Es que te ofende mi lenguaje? Bueno, pues a mí me ofende tu comportamiento.

—Llama al médico, Leo.

En la cocina Pauline envolvió a Milo en una manta y lo sentó en el sofá con un iPad. Le calentó un poco de leche y le dijo que no se preocupase. Después se le ocurrió una cosa.

—¿Tienes teléfono, Milo?

—Sí, pero solo para enviar mensajes..., está en mi habitación, en la mochila del colegio. ¿Por qué?

Pauline subió con sigilo las escaleras. Milo había dejado abierta la puerta de su cuarto. Encontró el teléfono. Buscó el número de Cameron. VEN A CASA DE LEO. LLAMA A UNA AMBULANCIA. DATE PRISA.

MiMi se había sentado. Leo estaba inmóvil y en silencio.

—Sabía que no querías al bebé.

—No quiero una hija de Xenó.

—Es tuya. ¿Quieres verla?

MiMi desenvolvió al bebé y se inclinó hacia su marido. Leo temblaba. No podía levantar la cabeza. No podía mirarla. Su cuerpo no le obedecía.

Cuando llegó la ambulancia, Leo desbloqueó la puerta y los dejó entrar sin decir palabra. Cameron iba detrás.

—Me he llevado el Fiat.

—Supongo que también te habrás llevado a Xenó.

—Se ha ido.

—Cobarde.

—¿Qué le pasa, Leo?

—¿Quieres pruebas? Ven aquí.

Leo llevó a Cameron a su despacho y puso las imágenes de la webcam en la pantalla. Los hombres observaron en silencio. Ninguno de los dos oyó a Pauline que entró tras ellos.

—¿Nada más? —dijo Cameron.

—Pues claro..., ¿qué más quieres?

—Si MiMi tiene sentido común, se divorciará de ti —dijo Pauline.

Leo se volvió, temblaba un poco, como si estuviese enganchado a una

valla electrificada.

—¿Divorciarse de mí? Mañana mismo lo pondré todo en manos de mi abogado.

—¿Por qué? ¿Quieres que se ría en tu cara?

—Tú lo has sabido desde el principio, ¿no?

—¿Qué? ¿Que eres incapaz de conservar nada bueno? ¿Que lo único que sabes es autodestruirte? Has perdido a tu mujer y a tu mejor amigo en una sola noche. ¡Muy bien!

—Fuera de aquí, puta entrometida.

—Me voy al hospital con MiMi —dijo Pauline—. ¿Quién va a cuidar de Milo?

—Es mi hijo. Yo lo cuidaré.

—Es tu hijo —dijo Pauline—. Y también tienes una hija, Leo.

La casa estaba en silencio. Leo no sabía qué hora era, ni cuánto tiempo había pasado desde que anocheció. Tuvo la impresión de que siempre había sido de noche. Se preguntó si sería posible que una noche sucediera a otra sin el intervalo del día, sin sol.

Seguía llevando solo los pantalones, sin camisa. Tenía frío, pero no lo notaba, más bien lo sabía, porque tenía la piel pálida y carne de gallina. No sentía nada. ¿Por qué no había amanecido aún?

Bajó a la cocina. Alguien había calentado leche: había leche en un cazo. Leo lo cogió y se bebió lo que quedaba, sin importarle que le cayese sobre la barbilla y el pecho. Luego vio a Milo, acurrucado en el sofá, profundamente dormido. Se preguntó si sería Milo, o una copia de Milo..., o tal vez fuese Leo quien fuese una copia de sí mismo. Las cosas parecían igual que siempre, pero nada era igual que siempre..., ya no.

El iPad de Milo estaba encendido. Leo se agachó para apagarlo. *Superman*. 1978. Era su favorita. Leo avanzó hasta la escena que más le gustaba: cuando Superman hace retroceder el tiempo. Y Lois Lane no muere.

Su coche está atascado en el cañón. Intenta una y otra vez ponerlo en marcha. Detrás de ella la presa está a punto de reventar. Las rocas caen por la ladera del acantilado. Es demasiado tarde.

La luz gira en torno al globo terrestre tres veces por segundo. ¿No podría yo hacer lo mismo?

Devolvernos a un tiempo en el que nada de esto haya pasado.

El mundo suspendido en el espacio. Superman sobrepasa la velocidad de la luz: transforma su amor en luz y velocidad y obliga al tiempo a derrotarse a sí mismo. Hace girar el mundo de manera que el agua vuelve a entrar en la presa y las rocas anclan su materia rocosa en la pared del acantilado. Despacio, el coche rojo sale del barranco, la carrocería se desabolla, el parabrisas vuelve a estar intacto. No es demasiado tarde.

Pero no se puede hacer retroceder el tiempo, ¿verdad?

Leo se acercó y cogió en brazos a su hijo, que se apretó soñoliento contra él. Notó su aliento en el cuello. Lo había llevado así cuando era un bebé. Lo quería sin complicaciones. No dudaba ni se preocupaba por eso. Era un amor tan natural como respirar.

Leo cargó con los dos a través de las sombras de la casa. Cargaba con Milo y consigo mismo. Tenía que dominarse. Tenía que recordar lo que ocurría. La fiesta. El aparcamiento. Xenó. MiMi. ¿Cuándo había sucedido? Era como si hubiese transcurrido mucho tiempo. Allí no había nadie. Debía haber sido hacía mucho tiempo.

La puerta de la habitación de Milo estaba abierta. Leo entró y la cerró empujándola con el cuerpo. La lamparilla seguía encendida y proyectaba su rayo lunar en la pared.

Leo dejó a Milo en la cama deshecha. De pronto, se sintió muy cansado. Cansadísimo. Deslizó a Milo con cuidado junto a la pared, se tumbó a su lado y tiró de las sábanas para tapar a los dos. El niño puso el brazo sobre el pecho de su padre. El leve y constante calor que despedía era como el sueño. Era el sueño. Leo empezó a adormecerse, cerró los ojos y su respiración se ralentizó.

Cuando despertara no sería de noche. Cuando despertara sería distinto.

No tengas miedo.

Mi vida está a tiro de tus fantasías

MiMi yacía en la cama del hospital, mirando al techo.

Sabía que tenía que estarse quieta. Si movía las alas, derribaría las casas de la calle. Pero las casas se habían derrumbado, ¿no?

¿Cómo había caído el ángel en el patio? Eso no lo había explicado nadie: la caída repentina, el súbito plegado de las alas para que dejaran de romper cosas.

¿Y estaba solo el ángel en el patio?

Le habían puesto una inyección para adormecerla. Algún opiáceo. MiMi era en parte sueño y en parte alguien que sueña.

En una habitación de hospital nunca está del todo a oscuras. Ni en silencio. Oyó el timbre de la habitación contigua y a la enfermera que acudía por el pasillo. La niña respiraba tranquila.

Quería colocarse la almohada.

¿Qué había sido de la almohada rellena de plumas de ángel?

La puerta se abrió. La enfermera ajustó con destreza la ancha cinta en torno al brazo de MiMi y le tomó la presión. El aparato emitió un pitido.

—¿Cree usted en los ángeles? —preguntó MiMi.

La enfermera era africana. Pertenecía a una iglesia evangélica.

—Deje que le enseñe una cosa —dijo. Descorrió las cortinas. MiMi vio la vieja iglesia al otro lado de la ventana—. Mire hacia arriba —dijo la enfermera. En lo alto de la iglesia se alzaba un campanario. En la torre, había cuatro ángeles de piedra, uno en cada punto cardinal—. ¿Lo ve? ¿Ve cómo lo observan todo? —preguntó la enfermera—. Los coches que pasan, los

hombres y las mujeres en la calle. La esperanza y el sufrimiento. Sí, eso es lo que ven. Y, aunque la tierra se pierda, será encontrada.

«Lo que se pierda será encontrado».

Plumas para cualquier viento

Leo estaba hablando con su jardinero, Tony Gonzales.

—Cincuenta mil, Tony; con eso puedes retirarte. Solo tienes que llevarle el bebé a Xeno.

Cincuenta mil libras es mucho dinero.

Leo era convincente. Lo tenía todo planeado. Volvería a empezar. No podía criar al hijo de otro hombre, sobre todo cuando quien le había traicionado era su mejor amigo, el padrino de su boda. MiMi no estaba bien, estaba enferma, trastornada. No sabía qué hacer con su vida. Tony tenía que entenderlo, ¿verdad? Sí, Leo dijo que había hablado con Xeno. Sí, Leo afirmó que Xeno había aceptado quedarse con el bebé.

Aun así, Tony parecía perplejo. Todo iba demasiado deprisa. Era jardinero. La naturaleza tiene su propio ritmo.

—¿Y por qué no viene él a buscarlo?

—Tony, Tony, ¿cómo te sentirías tú en mi situación? No quiero volver a ver a Xeno. Y tampoco quiero que MiMi vuelva a verlo. ¿Comprendes?

Tony lo comprendía. Tenía sesenta y dos años. Sus padres habían llegado a Inglaterra desde México en los años cincuenta. Se habían fugado juntos de Xalapa: ella, de un colegio de monjas; su padre, del ejército. Su padre había encontrado trabajo demoliendo edificios en los suburbios para construir viviendas nuevas en el East End londinense. Había muerto en la obra cuando Tony tenía dos años. Poco después, demasiado pronto, su madre se casó con el capataz y Tony siempre creyó que aquel hombre había matado a su padre; hay muchas maneras de matar a alguien: un bloque de cemento que cae de

una grúa es solo una de ellas.

Llegaron más niños. Tony quedó relegado. Luego empezaron las palizas. Su padrastro no le quería. Su madre no podía protegerlo. Los azules y amarillos de su alma de Xalapa se habían ensuciado hasta volverse de un gris inglés. Al principio, su madre sintió indiferencia, luego se deprimió. Tony se fue de casa a los dieciséis, durmió en un albergue y consiguió un trabajo mal pagado barriendo hojas en los parques. Pero le encantaban las plantas y no tardó en aprender. Estudió horticultura en la Universidad Abierta. No se casó. No confiaba en la naturaleza humana. Las plantas eran mejores. Cuando se jubiló a los sesenta, como jardinero jefe, aceptó un empleo a tiempo parcial con Leo y Sicilia.

Cuidaba del jardín de Little Venice y de las plantas y los jardines de las oficinas. En los últimos tiempos había trabajado también para Pauline. Le gustaba Pauline. Siempre que trabajaba en su jardín, preparaba un ramo de tallos, hojas y flores de temporada, y lo dejaba dentro de la regadera al lado de la puerta trasera. Pensaba —casi— que... tal vez.

Y a Pauline le gustaba Tony. Tenía la constitución de un oso pequeño. Brazos fuertes. Manos no muy limpias. Siempre con corbata: camisas a cuadros arremangadas por encima del codo y una corbata de lana pulcramente anudada y remetida por el tercer botón. Era un hombre de otra época.

Pauline era una mujer de su tiempo. No había tenido tiempo para dedicarlo a una relación. Había consagrado su vida a su profesión. Reparó en que los hombres no hacían lo mismo. Había tomado sus decisiones. No se arrepentía. Pero se había perdido algo. Siempre se pierde algo.

—Lo entiendes, Tony, ¿no? Un nuevo comienzo para todos.

—Pero Xenos tiene un hijo. Una mujer, ¿qué dirá ella?

—No es su mujer. Tienen un acuerdo. ¿Quieres darme una charla sobre los valores familiares o aceptar el dinero y hacer el trabajo?

—¿Cuándo tengo que marcharme?

—¡Eso ya me gusta más! Viajarás en business. Alquila un buen coche en el aeropuerto. Cómprate un traje nuevo. La apariencia es la mitad de la batalla. Di que eres su abuelo. Ten confianza en ti mismo.

—Pero ¿cuándo me voy?

—Pronto. Pronto. Y Tony, si le dices algo..., una sola palabra, a Pauline, no hay trato, ¿de acuerdo?

Tony se sentía inquieto. Confiaba en Pauline. No confiaba en Leo. Así que ¿por qué...? Pero descartó la idea.

Conseguir un pasaporte para Perdita fue fácil. Leo aparecía como padre de la niña en el certificado. MiMi había registrado el nacimiento. Incluso lo de la fotografía se resolvió, porque Pauline no paraba de enviárselas por correo electrónico.

Hacía tres meses que Leo no veía a MiMi. Milo pasaba la mitad del tiempo en casa de Pauline, con su madre, y la otra mitad en casa con Leo. Leo le explicaba que MiMi necesitaba tiempo para recuperarse.

—¿Por qué no puede recuperarse con nosotros?

—Lo hará... pronto.

—Bueno, Leo —dijo Pauline, irrumpiendo en su despacho sin permiso, como hacía siempre, la muy puta—, ¿cuánto tiempo va a durar esto?

—¿Lo preguntas en serio? —respondió Leo sin alzar la vista.

—¿Por qué no dejas de portarte como un *shmendrick*, pides una prueba de ADN y acabamos de una vez?

—Yo no lo empecé y no puedo acabarlo.

—Tienes que saber la verdad.

—No me hace falta saber lo que ya sé.

—¿Ahora te las das de vidente?

—¿Es que no puedes cerrar el pico?

—¿Por qué no me preguntas cómo está tu mujer? ¿O también lo sabes por tus poderes paranormales?

Leo se puso en pie. Al menos era mucho más alto que Pauline.

—¿Qué tal está MiMi?

—¿Y tú qué crees?

—No tengo ni idea, me has dicho que te lo pregunte, dímelo.

—Está frágil, dolida, humillada. En su lugar, yo no volvería a dirigirte la palabra.

—No me habla.

—Sigue allí esperándote, Leo, pese a que intentaste asesinarla. ¿Por qué no te haces la prueba de ADN?

—¿Para que MiMi tenga una prueba por escrito de su humillación?

—¿Quieres que se la cuelgue al cuello con una enorme letra A de adúltera?

—El bebé es de Xenó.

—No sé cómo enfrentarme a esta locura, Leo. Mira, pasa luego por casa, ¿de acuerdo? Siéntate. Habla. Por favor...

—¿MiMi quiere hablar conmigo?

—Tú pasa por casa.

Leo salió pronto del trabajo. Recogió a Milo del colegio.

—¿Va a venir mamá hoy a casa con nosotros?

—Hoy no. Iremos nosotros a ver a mamá.

Milo se alegró. En el coche, hablaron de fútbol y Leo prometió llevarlo a ver un partido el fin de semana. Cuando llegaron a casa de Pauline casi había olvidado, o una parte de él había olvidado, que MiMi lo había dejado, ¿o había sido él quien la había dejado a ella? No lo recordaba.

Mientras aparcaba el Range Rover y Milo subía corriendo las escaleras, Leo vio a MiMi en la ventana. La melena corta, poblada y oscura. El lápiz de labios rojo. Llevaba una camisa de cuadros varias tallas grande. Él se quedó inmóvil mirándola. Reparó en que tenía la cara húmeda. ¿Estaba lloviendo?

—¡Papá, ven!

Leo siguió a Milo. MiMi se agachó, besó a su hijo y lo despeinó.

—Corre, ve a cambiarte, te espero en la cocina. ¡Vamos! *Dépêche-toi!*

Milo dudó, su padre seguía en la puerta y su madre estaba al pie de las escaleras.

Ninguno de los dos habló. Milo se plantó entre ellos como un faro entre las rocas y el barco naufragado.

MiMi abrió la puerta del salón. Leo la siguió. Él levantó la mano y la bajó. Levantó la mano y le rozó el hombro. Ella se apartó. *No me quiere.*

Cogió algo del aparador, se volvió y se lo dio a Leo. Parecía una carta.

—No puedo hablar contigo, Leo. Aún no. Pauline... solo quiere lo mejor para los dos. Insistió en que te viese, pero he comprendido que no puedo. Te he escrito esto.

Milo bajó corriendo las escaleras con su chándal. Vio a sus padres. Lo intuyó todo. Su rostro franco expresó su desazón. Bajó en silencio a la cocina.

—Está confundido —dijo MiMi.

—Quiero que viva conmigo —dijo Leo.

—*Pardon?*

—Quiero la custodia de Milo.

Incluso en el momento mismo de pronunciarlas, no creyó que unas palabras tan idiotas pudieran estar saliendo de su boca de idiota en su cara de idiota cuando lo único que quería era abrazar a su mujer y llorar hasta que sus lágrimas formaran un río que los arrastrara flotando lejos de aquel sitio sin acceso al mar.

MiMi salió de la habitación.

Leo abrió la carta.

Querido Leo:

¿Es que el tiempo se burla de nosotros? No te resultó fácil casarte conmigo. Lo sé. Me resistí porque ni tú ni yo tenemos escrita una historia con final feliz. Los dos venimos de familias rotas. Somos desconfiados como animales salvajes.

Te has abierto camino como hacen los hombres en el mundo exterior. Mi suerte ha sido la música. La música es mi mundo interior. Soy cantante, pero tanto si canto como si no, la música está ahí.

Sé que te cuesta entenderme. Antes bromeábamos con que nunca aprendiste a leer partituras. Justo al principio de nuestra relación me dijiste que a los hombres les resulta imposible conocer a las mujeres. ¿Lo recuerdas?

¿Te conozco? Pensaba que sí. Sé que eres vulnerable y valiente a la vez. Que nada te parece demasiado difícil. La forma en que te aferras a la vida. Que hablas demasiado.

Me he sentido segura contigo, aunque no me lo esperaba. Ya no me siento segura y eso me hace estar mal.

¿No querías a este bebé? ¿Por qué? ¿Por qué no hablamos nunca sobre eso? Pensé que en cuanto la vieras la querrías.

Estos últimos meses me había convencido de que estabas con otra. Parecías muy distante. Y todo ese tiempo tú pensabas que era yo quien tenía una

aventura. Y ninguno de los dos dijo nada. Creo que había decidido esperar a que se te pasara. O a que vinieras un día para anunciarme que me dejabas.

Estoy casada contigo, Leo. Yo nunca utilizaría a Xeno para poner fin a nuestro matrimonio. Si no te quisiera, te dejaría. ¿No me conoces lo bastante para saberlo? ¿Ni siquiera eso?

¿Y tampoco conoces bastante a Xeno?

¿Crees que yo lo haría porque tú lo harías? ¿Qué te ha hecho él?

¿Cuándo perdí tu amor?

Leo dejó la carta. En el sobre, había una vieja nota doblada, con una mancha de vino en la parte de atrás. La desplegó. Reconoció su propia letra.

- 1) ¿Puedo vivir sin ti? Sí.
- 2) ¿Quiero hacerlo? No.
- 3) ¿Pienso en ti a menudo? Sí.
- 4) ¿Te echo de menos? Sí.
- 5) ¿Pienso en ti cuando estoy con otra mujer? Sí.
- 6) ¿Creo que eres diferente de las demás mujeres? Sí.
- 7) ¿Creo ser diferente de los demás hombres? No.
- 8) ¿Es una cuestión de sexo? Sí.
- 9) ¿Es solo una cuestión de sexo? No.
- 10) ¿Me he sentido así antes? Sí y no.
- 11) ¿Me he sentido así después de ti? No.
- 12) ¿Por qué quiero casarme contigo? Detesto la idea de que puedas casarte con otro.
- 13) Eres preciosa.

Leo se quedó en el salón de amplias ventanas de Pauline. Había un piano. Pauline tocaba desde niña. En el atril había unas partituras que debía de estar ensayando Milo. Luego vio el manuscrito. MiMi estaba escribiendo una canción. ¿Qué decía la letra? «Abandona el barco, cariño. Antes de que sea demasiado tarde. Salta, cariño, no esperes más. El peligro no es tuyo, sino mío. Estamos atrapados en el hueco del tiempo».

Garabateado encima se leía: *PERDITA*.

Leo se la llevó.

Una semana después Tony estaba trabajando en el jardín de Pauline, cuando ella se le acercó con el bebé en brazos.

—¿Está Leo en casa? No responde al teléfono.

—Sí está —dijo Tony—. Pero últimamente apenas sale.

—Me acuerdo de un viejo dicho: «Quede sin lamento lo que no tiene remedio».

—Eso es de Shakespeare —dijo Tony.

—Del *Cuento de invierno* —respondió Pauline.

Fue hacia el Audi que estaba aparcado en el camino de acceso. Tony dejó el rastrillo, la siguió y, con demasiada brusquedad, porque llevaba días pensándolo, dijo:

—¿Querría ir conmigo al cine esta noche?

—¿Quién, yo? —preguntó Pauline.

—Sí —dijo Tony.

—Lo digo porque estabas mirando ese arbusto de ahí.

Tony miró hacia la grava.

—Hay un ciclo de Lauren Bacall en el Everyman. Esta noche ponen *Tener y no tener*.

—Me gustaría —dijo Pauline—. Sí.

Tony observó alejarse a Pauline en el coche. Notó cómo le latía el corazón.

Leo abrió la puerta principal. Pauline llevaba al bebé en brazos.

—Te dije que te dejases de trucos sentimentales —dijo Leo.

Pauline le dio a Leo el bebé dormido. Leo la alejó de sí como si quemara.

—Confié en ellos y me traicionaron.

—Confiaste en ellos porque te quieren.

—Una gran familia feliz. Sigue soñando, Pauline...

—¿Por qué estás tan obsesionado con esta locura?

—¿Locura? Lo llamas locura. ¿Dices que no se quieren? ¿Has visto cómo se tocan, hablan, susurran, bailan? Cuando él viene está siempre con ella. Y

me gustaba.

—¿Y qué más te da si están un poco enamoriscados?

—Entonces, ¿lo admites?

—¿Preferirías que se odiasen? ¿Que sintiesen indiferencia el uno por el otro? ¿Es porque te has acostado con ambos?

—¿Quién te lo ha contado?

—Xeno lo cuenta con mucha naturalidad.

—Pues yo no. Éramos colegiales.

—¿Estás celoso de él o de ella?

—Ahórrame el psicoanálisis barato.

—Leo, eres el padre de esta niña. MiMi te es fiel. Xeno es tu amigo. Hazte la prueba de ADN. Y arregla este asunto. Todavía hay una oportunidad de solucionarlo.

Leo la escuchó. Una oportunidad de solucionarlo. Una oportunidad de solucionarlo. Una oportunidad de solucionarlo. La niña se despertó y se debatió en sus brazos. Se la devolvió a Pauline.

—¿Por qué se llama Perdita?

—Porque es pequeña y se ha perdido.

—Iré mañana a casa. Haremos la prueba de paternidad. ¿De acuerdo?

Extraña en algún sitio

Esa noche Pauline y Tony fueron al cine Everyman.

Pauline llevaba un vestido bonito y Tony había cepillado su chaqueta deportiva. Pagó él las entradas, a pesar de que Pauline podría haber comprado el cine entero.

Se sentaron muy erguidos y formales en los cómodos asientos para dos, Pauline reparó en que nunca iba al cine porque le hacía sentir lástima por sí misma. Pensó en sus abuelos maternos, que huyeron de la Alemania nazi y pusieron un bar de bocadillos en el East End. Tuvieron una vida difícil, pero fue un matrimonio feliz. Su madre estudió para enfermera y se casó con un dentista. Pauline había ido a un colegio femenino, luego a la universidad y después entró en la banca de inversiones. De refugiados a ricos en tres generaciones. Pero no había conocido a nadie que le gustase lo bastante para vivir con él. Sabía que a sus padres les preocupaba que pudiera acabar sola, vieja, sin nadie que la cuidara.

Ahora, sentada al lado de Tony, que observaba con atención a Lauren Bacall y se aseguraba de que su cuerpo estuviese al menos a tres pulgadas del suyo, se acercó de pronto a él. Tony le cogió la mano muy despacio.

Después, mientras volvían a pie desde el cine de Hampstead hacia la casa de Pauline en Belsize Park, ella le preguntó qué le gustaba hacer los fines de semana.

—Salir a andar —respondió él—. Me siento mejor al aire libre. Mañana voy a ir a Kew Gardens.

En realidad a Pauline no le gustaba andar; al principio estaban las piernas,

luego las bicicletas y ahora había coches. Pero pensó que siempre podía probar.

Al llegar, Tony le dio las gracias por la velada. Quedaron en verse al día siguiente. Se sonrieron a la luz de la farola. Ninguno de los dos sabía qué hacer. Ella le tocó el brazo, asintió con la cabeza y se alejó por el sendero que conducía a la puerta principal. Tony la observó hasta que estuvo a salvo, dentro de su casa.

Pauline se miró en el espejo del vestíbulo. Decidió que iría a la perfumería por la mañana para comprar un nuevo lápiz de labios.

Cuando Tony llegó a casa, extraña o no tan extrañamente alegre, había un mensaje en el contestador.

Mañana. Heathrow. A las doce en punto.

A la mañana siguiente, Leo se levantó temprano. Tenía la mente clara y despejada. Por primera vez en semanas, en meses, podía dejar de pensar porque al menos sabía qué hacer.

La casa vacía, que antes le había parecido tan insoportable, le pareció ahora un espacio donde crear algo nuevo. Lo que había ocurrido podía desocurrir.

Leo llegó a casa de Pauline una hora antes de lo acordado. Iba afeitado, bien vestido; parecía una persona distinta, mejor.

Pauline quería saber si hacían falta botas de montaña para ir a Kew Gardens. ¿Y cómo se llamaban esas cosas que la gente llevaba en el campo? ¿Chaquetas Barbour?

—Kew Gardens es un parque —dijo Leo.

—Bueno, de acuerdo —dijo Pauline—, pero a los judíos no nos sienta bien la lluvia. Nos pone nerviosos. Mira lo que le pasó a Noé.

—¿Con quién vas a ir? —preguntó Leo.

—Tengo una cita. ¿A ti qué más te da?

—¿Vas a pasar el día fuera?

Pauline asintió con la cabeza.

—MiMi se ha llevado a Milo a natación. No volverá hasta las once.

—Lo sé. Me lo dijo.

—Leo..., querría ir a la perfumería antes de lo de la prueba. ¿Te importaría cuidar media hora de Perdita?

—Claro que no, Pauline. Déjamela.

Era el Leo encantador, sonriente, persuasivo.

Pauline cogió el bolso y salió a hacer su recado.

En cuanto se cercioró de que Pauline se había ido, Leo salió de la casa y subió al coche. Dentro había una caja de botellas de vino vacía con una manta. Metió en ella al bebé. La niña empezó a llorar. Él encendió la radio.

Tony esperaba en la puerta de la terminal 5. Leo le dio el pasaporte y una bolsa.

—Pañales. Leche en polvo. Ropa limpia. Crema para las irritaciones. El equipo completo. Sabes cambiar a un bebé, ¿no? Si no, cualquiera te ayudará. Te he enviado un mensaje con la dirección de Xenó y su número de teléfono. Tienes reservado el vuelo de regreso el lunes. Llámame si surge alguna dificultad. Es mejor que te vayas..., el avión sale dentro de una hora.

Y luego todo ocurrió a cámara lenta y demasiado deprisa.

MiMi y Pauline fueron en coche a la casa de Little Venice.

MiMi corrió de habitación en habitación gritando ¡LEO! ¡LEO!

Milo estaba solo en casa de Pauline cuando sonó el teléfono: era Tony.

Milo escuchó el mensaje en el contestador automático: «Pauline, soy Tony. No puedo ir a Kew hoy. Voy de camino al aeropuerto. Lo siento». Milo llamó a Pauline para decírselo. Oyó a su madre de fondo: «¿Qué está haciendo Tony en el aeropuerto?».

Milo colgó. *Érase un hombre que vivía en un aeropuerto.*

Poco después sonó el timbre. Era Leo.

—Mamá te está buscando —dijo Milo.

—Nos vamos unos días fuera. A Munich. A ver al abuelo.

—¿Va a venir mamá?

—No.

—Prefiero quedarme —dijo Milo.

Leo se enfadó.

—Nos vamos los dos. He hecho las maletas. Ve a buscar lo que necesites, no demasiado, y vámonos.

En el coche, Milo guardaba silencio.

—¿Dónde está Perdita? —preguntó luego.

—Está bien.

Leo había reservado un vuelo a Berlín. No tenía intención de ir a ver a su padre. Solo quería marcharse. Y, cuando volviesen, MiMi habría comprendido que aquello era lo mejor.

Pero MiMi había llamado a la policía para advertirles de que su marido pretendía salir del país con el bebé.

—No entiendo qué pinta Tony en todo esto —dijo Pauline—. Cuando le llamo, salta el contestador.

Leo hacía cola en el control de pasaportes. El hombre que comprobaba los documentos le pidió que se hiciese a un lado un momento. Cuando quiso darse cuenta, tres policías estaban pidiéndole detalles y preguntándole qué había hecho con el bebé.

Entonces sucedió.

Leo discutía con la policía. La policía discutía con Leo. Todos eran corpulentos. Todos de la misma talla. El indio menudo que controlaba los pasaportes intentaba fingir que no ocurría nada mientras revisaba los documentos de los demás, todos miraban a Leo.

Los policías estaban confundidos porque Leo no llevaba ningún bebé. Leo explicó que su mujer sufría depresión posparto. Se iba con su hijo de vacaciones para dejarla descansar. La policía examinó el pasaporte de Milo. ¿Este señor es tu padre? Sí.

Aquellos hombretones siguieron discutiendo..., nadie se fijó en Milo.

Érase un hombre que vivía en un aeropuerto.

Milo retrocedió sin hacer ruido, alejándose de ellos, le daban la espalda formando un círculo airado. Nadie se percató.

Milo dobló la esquina y se dirigió hacia el control de seguridad. En el puesto número 4 había una familia. Corrió hacia ellos...; si alguien lo vio, pensó que se había quedado rezagado. Dejó la mochila en la cinta transportadora. Pasó por el detector de metales. Miró a su alrededor. Estaba en el aeropuerto. A lo mejor podía encontrar a Tony.

Halcones, cuervos, lobos, osos

Tony estaba en Nueva Bohemia.

Le gustaban las palmeras en mitad de las carreteras. Se preguntó si habría un jardín botánico. Al día siguiente tendría un día libre antes de tomar el vuelo.

El cielo estaba cubierto y gris. El calor era tan sofocante e intenso como en una sauna. Se quitó la chaqueta del traje, pero no se aflojó la corbata. No quería parecer desaliñado.

Esa noche habría una superluna, le dijo el hombre de la oficina de alquiler de coches. Está más cerca de la Tierra de lo normal: hará mal tiempo. Qué bebé tan guapo.

Tony subió al BMW. Nada que ver con su Nissan. Pensó en gastar parte de las cincuenta mil libras en un coche nuevo. Pauline tenía un Audi. No querría que la llevaran por ahí en un Nissan. Tenía la sensación de que debería haberle contado a Pauline lo que iba a hacer.

Autopistas anchas. Edificios altos. Carteles que anunciaban programas televisivos de máxima audiencia. Casas míseras de protección oficial al lado de las carreteras rápidas y hostiles. Pensiones de mala muerte en las afueras. Cuarenta dólares la habitación doble. Desayuno de bufet. Esperó en el puente en mitad del tráfico. Las obras cubrían el parabrisas de polvo de cemento como si fuera talco. Olía a cebolla frita y a diésel.

Mientras conducía hacia el centro oyó la música, que llegaba de todas partes: de los coches, los edificios, las esquinas, los bares. Dos críos limpiaban parabrisas en el semáforo. Uno estaba sentado en un cubo metálico

vuelto del revés y lo golpeaba con el limpiacristales. Tony estaba nervioso y entusiasmado; nunca había salido del Reino Unido. Las únicas vacaciones que se tomaba eran para hacer senderismo por Escocia.

Tony entró en el aparcamiento del banco. Estaban esperándolo. Lo llevaron a una sala privada, comprobaron su pasaporte y los documentos de Leo y le entregaron un maletín con el dinero. Firmó el recibo. Preguntó si podían indicarle cómo llegar a una dirección. Uno de los hombres más jóvenes parecía observarlo nervioso. Tomó nota de las señas. Dijo que la buscaría. A Tony no le gustó.

Cuando Tony volvió al coche, Perdita sollozaba levemente. La había dejado en el asiento trasero porque no se le había ocurrido nada mejor. Había puesto el abrigo enrollado en el suelo por si rodaba y se caía.

El bebé había llorado mucho en el avión. Las azafatas de British Airways la habían cambiado y le habían dado el biberón, pero su llanto era más insistente que el de una niña que tiene hambre, sueño o está mojada. Tony se preguntó si estaría bien separar tan pronto a un bebé de su madre.

Al menos pronto estaría con su padre.

Tony se sentó en el asiento trasero del coche y marcó el número de Xeno que le había dado Leo. Estaba desconectado. Tony llamó a Leo. No respondió.

Perdita lloraba ahora a lágrima viva, así que Tony empezó a cantarle en español. Pareció que le gustaba. Tony metió la bolsa de terciopelo que le había dado Leo en el maletín del dinero. También había una partitura. Lo metió todo junto, cantó un poco más hasta que el bebé se quedó dormido y condujo hacia la dirección que tenía apuntada en la cartera.

No estaba lejos. Era un barrio residencial muy bonito. La casa, de estilo colonial antiguo, tenía un balcón de hierro forjado en el primer piso. Había un todoterreno aparcado en el camino de entrada. Tony se apeó. Ya no llovía. Oyó tronar en alguna parte, pero a lo lejos.

Llamó al timbre. Xeno debía de estar esperándole.

Pasó un largo rato y nadie respondió. Tony fue a la parte de atrás con Perdita, y admiró las plantas subtropicales. Luego apareció una mujer en la

puerta trasera. Hispana, a juzgar por su aspecto. No hablaba bien inglés, así que Tony le habló en español. No, el señor Xenó no está en casa. Los Ángeles. No volverá hasta dentro de diez días.

Tony volvió a telefonar a Leo. No respondió. Regresó al coche y se sentó en el asiento delantero con la puerta abierta. Solo le quedaba leche para otro biberón. El hospital. Llevaría al bebé a un hospital para que le dieran de comer, la cambiaran y comprobasen que estaba bien. Allí lo harían. Luego volvería al hotel y esperaría hasta hablar con Leo.

Al salir de casa de Xenó reparó en el coche que había al otro lado de la calle.

En el hotel fueron muy amables. Sí, la habitación ya estaba pagada. Sí, el hospital se encontraba a un par de millas de allí.

De pronto, Tony se sintió agotado. Subió a la habitación con Perdita. Le quitó el pelele, la camiseta, el pañal. La piel entre las piernas estaba roja e irritada. Pensó en bañarla. Si fuese una planta la regaría. Bañar es parecido a regar, ¿no?

Llenó la bañera y comprobó con cuidado la temperatura. Se arremangó la camisa y, arrodillado en el suelo, metió con cuidado a la niña en el agua. La sostuvo con ambas manos y la movió adelante y atrás. Su madre debía de hacer eso mismo con él, ¿no? Antes de que el agua se secase y dejara de haber amor.

Al bebé parecía que le gustaba el baño. A lo mejor podría haber sido un buen padre, pensó. Pero para eso habría hecho falta una madre...

Después de secarla, cambiarla y darle el biberón, Tony se tumbó en la cama con ella. Los dos se quedaron profundamente dormidos.

Le despertó la puerta de la habitación al abrirse. Estaba a oscuras. Vio la luz del pasillo. La silueta de un hombre. ¿Sería un empleado del hotel? Estaba entrando, pero sin encender la luz.

—¿Hola? —dijo—. ¿Hola?

Alargó el brazo y pulsó el interruptor sobre su cabeza. Vio a un hombre

con anorak en la habitación. La puerta se cerró de golpe cuando salió. ¿Qué hora era?

Ya medianoche.

Miró el teléfono: no había mensajes de Leo. Tampoco habían dejado ningún recado en la recepción del hotel. Envió un mensaje de texto: LLAME A TONY. URGENTE.

Perdita se movió. Tenía que conseguir comida. Tony se duchó y se afeitó como si fuese por la mañana, a pesar de que era tarde por la noche. Planchó los pantalones. Se puso una camisa limpia. Estaba a punto de marcharse con el bebé quejoso y soñoliento cuando decidió llevarse el maletín.

En el piso de abajo solo estaba el recepcionista de guardia. Pidió que le trajesen el coche. Fuera, mientras esperaba con la niña en brazos, vio la luna. Nunca había visto una luna tan grande. Era como si estuviese a punto de posarse sobre la tierra. La luna iluminaba al bebé que llevaba en brazos como si fuera una perla.

Se encaminó al hospital de Santa María.

Al alejarse del hotel vio otra vez el coche. Supo que era el mismo.

En el siguiente semáforo, intentó verlos por el retrovisor. Dos hombres.

Hizo un par de virajes, pero lo seguían; sí, era una complicación.

Una vez en el hospital, estacionó en el aparcamiento para minusválidos junto a la puerta, cogió a Perdita y el maletín y entró. Las luces brillantes lo desorientaron, pero había un hombre muy amable en el mostrador y cuando le explicó lo que quería y dijo que estaba dispuesto a pagar, no pareció que tan extraña petición nocturna fuese ningún problema.

Enseguida bajó una enfermera, que acunó a Perdita con experta feminidad. La enfermera pareció creerse la historia de que era su abuelo y llevaba al bebé de vuelta con su hijo, el vuelo del hijo se había retrasado, la madre no estaba bien. Sí, no estaba bien.

—Tenemos un turno para bebés —dijo la enfermera—, la cosa más triste que haya visto, aunque supongo que siempre es mejor que dejarlos abandonados en una esquina o en un vagón del tranvía.

—Los niños tienen que ser deseados —dijo Tony.

—Sí, señor —respondió la enfermera, mientras sus hábiles dedos

cambiaban y vestían a Perdita. La enfermera le dio a Tony leche en polvo y un paquete de pañales. Bastaría hasta que tomaran el avión de vuelta. Al final podrían ir al jardín botánico.

Estaba bajando los escalones hacia el coche cuando los vio. Dos. En la oscuridad, cerca del BMW. Ellos no lo habían visto aún; fumaban apoyados en un camión. Supo que estaban esperándolo.

Volvió a entrar. Un cartel indicaba la salida lateral del hospital. Iría por ahí. Dejaría el coche. Cogería un taxi.

Al salir del hospital, el cielo se desgarró y empezó a llover. La niña lloraba. Se quitó la chaqueta del traje y la envolvió con ella. Era una locura. Caía tanta agua que le salpicaba hasta las rodillas. Debería entrar. Volvió sobre sus pasos, pero la puerta era solo de salida. Empujó la barra, ya empapada, con los dedos. Dio la vuelta al edificio, no podía arriesgarse a ir a la puerta principal. Entonces lo vio claro.

El torno para bebés.

En menos de cinco segundos tomó una decisión crucial. Abrió el torno. Notó su calor. Le quitó a Perdita la chaqueta y metió a la niña en él. Luego metió también el maletín. Apenas veía lo que hacía porque la lluvia lo convertía en una catarata, pero cerró el torno lo justo para poder volver a abrirlo, metiendo el bolígrafo en el extremo superior por donde se habría cerrado. Lo único que tenía que hacer era ir al coche y volver a por ella. Querían el dinero. Les diría que estaba en el hotel. Les daría la llave. Luego iría directo al aeropuerto. Tenía el pasaporte en la chaqueta. Lo demás no importaba.

El aparcamiento del hospital estaba desierto. Tony subió al coche. No había un alma. Cuando dobló la esquina, unos faros lo iluminaron de frente. Dio marcha atrás. El otro coche le siguió. Volvió a girar, pisó el acelerador para alejarse y oyó el disparo. Entonces perdió el control del volante, la rueda delantera reventó, y chocó contra la tapia.

Los hombres se acercaron.

Uno de ellos lo arrastró fuera. Le pegó. Volvió a pegarle. El otro registró el vehículo. Tony devolvió el golpe, resbaló en el agua que le cubría los

zapatos; cayó, se golpeó la cabeza. Antes de perder la conciencia oyó otro coche. Otro disparo. Alguien lo cogió de la mano. «Pauline», dijo o creyó decir.

—Deberíamos esperar a la poli.

—Está muerto.

Intermedio

Hay tantos relatos de cosas perdidas y encontradas...

Como si toda la historia fuese una enorme oficina de objetos perdidos.

Tal vez empezase cuando la Luna se escindió de la Tierra; pálida, solitaria, vigilante, presente, antisocial, inspirada. La gemela autista de la Tierra.

Y empiezan todas las historias de gemelos. Parejas que no pueden separarse, pero tampoco pueden estar juntas. Expulsiones y exclusiones, y disputas, y corazones rotos y enamorados que creen que son inmortales hasta que uno de ellos muere.

Historias del paraíso, en parte luna, en parte matriz. Dos planetas que se alejan girando en el espacio. La nave nodriza. Atlantis. Edén. El Cielo. El Valhala. Un mundo feliz. Debe de haber otro mundo.

Zarpamos en barcos. Las estrellas eran luces en lo alto de los mástiles. No sabíamos que las estrellas son como fósiles, rastros del pasado que envían luz como un mensaje, como un deseo agonizante.

Zarpamos en barcos, creíamos que navegaríamos hasta los confines del mundo y nos deslizaríamos por el borde como una balsa en una catarata, girando hasta el lugar que sabíamos que existía, si osábamos encontrarlo.

Debe de estar aquí, en alguna parte.

La desaparición de lo desaparecido. Sabemos lo que se siente. Cada tentativa, cada beso, cada puñalada en el corazón, cada carta a casa, cada despedida, es un saqueo de lo que tenemos delante para encontrar lo que se ha perdido.

Desde su posición en el cielo, la Luna está a doscientas treinta y nueve mil millas.

No es lejos si se tiene en cuenta que el Sol está a noventa y tres millones de millas de la Tierra.

Pero, si estuvieses en el rojizo Marte, sería como si la Tierra azul y la pálida Luna fuesen gemelas, sentadas una al lado de la otra, con las cabezas juntas, leyendo un libro. Nunca separadas en el tiempo.

La Luna controla las mareas. El flujo diario y el fluir de nuestra existencia. Y gracias a la Luna el clima de la Tierra es estable, la fuerza gravitacional de la Luna ayuda a que la Tierra no tiemble demasiado. Los científicos lo llaman oblicuidad. La Luna nos sujeta.

La escisión de la Tierra y la Luna, ocurrida cientos de millones de años antes de que hubiese vida sobre la Tierra, no tiene por qué ser el tema central de nuestra imaginación. Pero lo es.

Hay trece lunas al año.

En la Luna, el tiempo se mide de forma diferente.

*La Luna orbita en torno a la Tierra una vez cada
veintiocho días*

como si buscara algo que perdió.

Hace mucho tiempo.

DOS

Tráfico

Sábado por la mañana. Un día de primavera.

El Vellocino se alzaba sobre un terreno con vistas a una carretera que serpenteaba hasta la autopista. Más allá estaba el río, como las posibilidades, como los planes, ancho como la vida cuando se es joven y no se sabe que los planes, los ríos y las posibilidades tarde o temprano acaban vaciándose en el océano que hay más allá.

Pero hoy no hay más allá.

Las largas mesas del jardín estaban cubiertas con manteles blancos. Encima había soportes con farolillos chinos para encenderlos al atardecer.

Clo había pintado los bancos quemados y descascarillados por el sol y colocado cuerdas nuevas en los balancines, donde las parejas se columpiaban ociosas en el crepúsculo.

Perdita había sacado a Clo de la cama por la mañana temprano y lo había enviado de compras.

—¿Y qué le compro?

—¡Usa la imaginación!

—Eres cruel, porque no tengo imaginación.

Clo medía más de seis pies y tenía la constitución de un luchador de lucha libre. Llevaba una gorra de béisbol con la visera hacia atrás, unas gafas de sol

enganchadas a la camiseta por la patilla, los tejanos remetidos en las botas de patinador y estaba revolviendo los cojines en busca de su teléfono cuando Perdita se lo dio.

—Te he apuntado la lista en el teléfono —dijo—. Compra lo que necesitemos y luego... ya veremos qué pasa.

—Reza por mí para que pase algo. —Perdita le sirvió un café. Clo se lo bebió—. ¿Por qué diriges esta casa?

—¿Acaso quieres hacerlo tú?

Clo le miró la coronilla: era al menos un pie más alto que Perdita. La abrazó. Ella le devolvió el abrazo. Se dio la vuelta para marcharse.

—¡Oye...! ¿Qué le has comprado tú a papá por su cumpleaños?

—Una armónica —respondió Perdita.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?

Clo se metió en su Chevy Silverado, se puso las gafas de sol, subió la música, bajó la ventanilla y se alejó por la carretera polvorienta en dirección a la autopista. El perfil de la ciudad interrumpía la línea del horizonte en la distancia. El sol se reflejaba en el cristal y el acero, y convertía los edificios en lingotes de oro. El aire era fresco y empezaba a caldearse.

Sábado por la mañana. Un día de primavera.

PRÓXIMA SALIDA. LO NUESTRO SON LOS COCHES.

Era la primera salida de la autopista después de Bear County. Había un cartel:

¡ESCOJA UN COCHE CUALQUIERA!

Autólico era vendedor. Un mercachifle. Un vendedor de coches usados. Un cantamañanas con pico de oro.

Autólico. En parte de Budapest y en parte de Nueva Jersey. *Chutzpah* de la vieja Europa conoce a *chutzpahdick* del Nuevo Mundo.

Autólico: coleta, perilla, botas camperas, corbata tejana. En parte timador, en parte sabio.

Clo vio las puertas abiertas del DeLorean al pasar por la autopista en su Chevy. Paró delante del DeLorean y se apeó. Autólico estaba inclinado sobre el motor. El vapor que salía del radiador y de la junta de la culata ocultaba lo poco de su cuerpo que no tapaban las puertas ala de gaviota abiertas del vehículo.

—¿Es el coche de la peli *Regreso al futuro*?

Autólico se irguió, sus ojos observaron el rostro franco y amable de Clo, que esperaba de pie con las gafas de sol en la mano, y se alzaba cuan alto era sobre el coche y su propietario.

—¿Tiene un martillo?

—¿Va a reparar un coche como este con un martillo?

—Lo quiero para darme con él en la cabeza. El tipo que me lo vendió me timó. Soy demasiado honrado.

—Si quiere, puedo acercarle a algún sitio.

—Bonito coche. Me gustan los Chevy. Nuevecito.

—Sí..., el año pasado no nos fue mal en el Vellochino. ¿Ha estado alguna vez?

—¿El Vellochino? ¿Es suyo?

—Claro, bueno, de mi padre, pero yo soy su hijo.

Autólico se limpió las manos con una toallita, cerró el DeLorean y subió al Chevy.

—Asientos de piel..., y qué limpio. Me gusta.

—Mi padre siempre dice que, por muy viejo y destartado que esté tu coche, hay que llevarlo bien limpio. Aprendí esa lección cuando éramos pobres y ahora somos ricos.

—Y yo que pensaba que el sueño americano había terminado y que solo se enriquecían los ricos... o los políticos.

—No me malinterprete..., somos una empresa familiar, pero sí, es un buen negocio.

—¿Y adónde se dirigía, amigo?

—Al centro. Mi padre cumple hoy setenta años. Vamos a celebrar una fiesta. Mi hermana pequeña me ha enviado a comprar unas cosas y tal vez un regalo, como haría un buen hijo. Pero, por el Sagrado León de Judea, que no sé qué comprarle.

—¿Es usted religioso? ¿Y él?

—Me educaron según las enseñanzas de la Biblia. Últimamente no vamos mucho a la iglesia, pero sigo pensando que los caminos del Señor son inescrutables.

—¿Cree que Dios nos provee de lo que necesitamos?

—Claro..., mi padre siempre dice que Dios nos envió a mi hermana pequeña, aunque sea un coñazo.

Autólico asintió.

—Creo que este es uno de esos días que envía Dios. Dios me ha enviado para ayudarle.

—Pero ¡si quien está ayudándole soy yo!

Autólico volvió a asentir: ladeó la cabeza y sacó una petaca de un bolsillo. Dio un sorbo.

—¿Le apetece un trago de *bourbon*?

—No quiero que me quiten el carnet.

—El médico me ha dicho que beba un poco cada día por el hígado.

—Pues adelante.

—¿Y cómo se llama?

—Clo.

—Encantado de conocerle, Clo. Está claro que hoy es un buen día.

Sábado por la mañana. Un día de primavera.

Perdita vio a su padre subido a una escalera, martillo en mano y con clavos en la boca. Creía que aún estaría durmiendo. Preparó más café y salió al jardín a desearle feliz cumpleaños.

A lo largo de los años Shep había trabajado de firme para sacar adelante el bar. El Vellochino servía comida: la mejor sopa de pescado, cangrejos con la cáscara, arroz y guisantes y alubias pintas. Aunque estuviese un poco lejos

y hubiese que recorrer todo el dique donde los cormoranes profetizaban el tiempo, bueno, el viaje valía la pena.

Al principio Shep había hecho casi todo el trabajo solo, había restaurado las largas persianas de madera y había buscado unas balaustradas de hierro para reconstruir el balcón que daba la vuelta al edificio.

Había trabajado con Perdita atada a la espalda. La niña había sido abandonada una vez y no permitiría que volviese a ocurrir. Por la noche dormía con ella y le contaba viejas historias de amor y de pérdida. Era demasiado pequeña para entenderlas. Lo que sí entendía era el sonido de su voz.

Cuando creció, Shep enseñó a Perdita armonía y a tocar el piano y escucharon la música con la que había crecido el propio Shep: grupos femeninos como las Marvelettes, canción protesta, Dylan y Báez, y el preferido de Shep: Marvin Gaye.

Perdita salió al jardín. Su padre observaba las águilas ratoneras que desplegaban las alas al viento.

—Feliz cumpleaños, papá.

Él le pasó el brazo por los hombros.

—Tengo una cosa para ti.

—¿Para mí? Es tu cumpleaños..., no el mío.

Shep se sacó del bolsillo una bolsa de cuero suave y gastado.

—Esto es de tu madre. Estaba esperando a que cumplieses los dieciocho, en cambio he cumplido yo los setenta. No quería caer muerto sin dártelo.

—No vas a caer muerto.

—Toma. —Shep vació el contenido de la bolsa en sus manos.

Perdita se quedó atónita, observó la belleza brillante, un fuego frío que evocaba la creación del mundo. Una capa de tiempo. Eso son los diamantes.

—¿Son auténticos?

—Claro. Son diamantes.

—Entonces, no era pobre.

—No creo que lo fuese, no.

Perdita sujetaba los diamantes que su madre había sostenido, como debió

de sostenerla a ella una vez, con las dos manos.

Se echó a llorar.

—No llores —dijo Shep—. Fuiste querida entonces y lo eres ahora. ¿Acaso no es suficiente?

Perdita asintió y se secó los ojos con el dorso de la mano. Tenía esa edad en la que a veces era una adulta y a veces seguía siendo una niña.

—Me los pondré esta tarde —dijo—, para tu fiesta.

—No sé por qué tenemos que dar una fiesta. Es demasiado lío.

—¿De qué sirve envejecer si no se puede dar una fiesta?

—¿Acaso soy viejo?

—Sí, eres viejo. —Lo besó—. Pero no te vas a morir.

—Tal vez sea viejo, pero sigo siendo mejor bailarín que tú.

Ella alargó el brazo y le dio una palmada. Shep era tan alto como Clo y un pie más que Perdita. La cogió de la mano y estuvieron cantando y bailando un minuto: Shep llevaba la melodía y chasqueaba los dedos, Perdita cantaba la letra. «Fly me to the moon, let me play among the stars...».

—¿Mi madre era buena bailarina?

—Cantaba muy bien. Te escribió esa canción. La primera que te enseñé.

—¿De verdad la escribió ella?

—Ahí tienes la partitura de su puño y letra. Y ahí la parte del piano. Era buen músico. La canción era como una carta dedicada a ti. ¿Querrás cantarla después?

Perdita dejó de bailar y asintió con la cabeza.

—Cantaré todas tus favoritas.

—Entremos y ensayemos unas cuantas al piano. ¿Han llegado ya las chicas?

—Aún no, papá. Es pronto.

Shep asintió.

—Supongo que sí. Anoche no dormí. Me visitó la mortalidad.

—¡Pero si estás bien!

—Tengo la tensión alta.

—¿Y por qué no dejas que Clo y yo nos ocupemos del trabajo?

—La forma más segura de morir es dejar de trabajar.

—¿De qué murió mi madre?

Shep abrazó a Perdita.

—Sabes que no lo sé.

—Has guardado esos diamantes todos estos años sin decírmelo. A lo mejor hay otras cosas que no me has contado.

Shep se rio.

—Cariño, si supiese el quién, el dónde, el porqué y el cómo, ¿por qué no iba a decírtelo?

—¿Lo harías?

Perdita no sabía lo del torno de bebés. Lo único que sabía era que su madre había muerto y que Shep la había adoptado. En una iglesia que estaba muy lejos. El pasado estaba muy lejos. A dieciocho años en coche.

Cada vez que le preguntaba por su madre, Shep decía: «Era una mujer estupenda».

Cuando le preguntaba por su padre, decía: «No sé nada de él».

Cuando le preguntaba a su hermano, Clo, respondía: «Pregunta a papá».

Así que había dejado de preguntar porque no había respuestas.

Sobre sus cabezas, las águilas describían círculos en torno a su grito frío y agudo y daban vueltas como si buscaran algo que hubiesen perdido. Hacía mucho tiempo.

Sábado por la mañana. Un día de primavera.

Clo iba por la autopista con la radio a todo volumen como si intentara hacer estallar el coche desde dentro con un insistente bajo eléctrico. Al llegar al semáforo, con el Chevy retumbante y los costados metálicos latiendo, Autólico se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡Muy bien, amigo! ¡Sal aquí hacia la rotonda!

Clo tomó la salida.

—¡Detesto las rotondas! Empezaron a ponerse de moda cuando era niño. Me gusta tener la carretera despejada. Una señal de *stop* de vez en cuando, así uno puede tomar un trago. Velocidad de crucero. Nada de estrés, nada de cambios de marcha.

Clo no parecía un hombre muy aficionado a cambiar de marcha, conducía

con los antebrazos apoyados en el volante y llevaba el ritmo con las manazas.

Autólico echó otro trago de la petaca y se puso las gafas oscuras para protegerse del reflejo del sol.

—Deja que te diga algo que no te contará ni sabrá ningún salteador de caminos. ¿Me oyes? —Clo bajó el volumen y el coche dejó de retumbar—. Aquí tienes la verdad: si las rotondas se hubiesen inventado antes, toda la civilización occidental sería diferente.

—¿Toda?

—Toda.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas la historia de Edipo?

—Eddy... ¿qué?

—El tipo que mató a su padre y se casó con su madre.

—¿Salió en las noticias de la Fox?

—Ocurrió hace tiempo. Edipo iba por un camino estrecho y se cruzó con un viejo en un carro.

—¿Un Chevy?

—No, un carro de verdad. Resulta que el viejo, Layo, es un rey que no quiere cederle el paso a un muchacho, y Edipo es un tipo temperamental, un protodemócrata a quien no impresionan la edad ni los carros, y tampoco quiere cederle el paso. Los dos se pelean y Eddy acaba matando al viejo.

—¿Tenía licencia de armas?

—Se limitó a golpearle en la cabeza.

—¡Qué poco respeto!

—¡Tú, escucha! Todo ocurrió en un cruce, ¿entiendes? Tres caminos que confluían en uno. Si hubiésemos inventado las rotondas a tiempo, esa calamidad no habría ocurrido. Primero pasas tú y luego yo, ¿entiendes?

—Sí, bueno, ¿y qué?

—¿Y qué? ¿Y qué Freud? La mayor teoría del psicoanálisis y del mundo occidental y tú dices ¿y qué?

—Yo nunca he oído hablar de ella.

—¡El complejo de Edipo! Los hombres siempre matan a sus padres y se casan con sus madres.

—¡No, eso no es verdad! No conozco a nadie que lo haya hecho ni una

sola vez.

—No se puede hacer más de una vez. ¿O es que tienes más de un padre?

—Digo que nunca he oído nada semejante...; sí, puede que haya quien se acueste con su hermana, pero...

—¡Escucha! Es una metáfora: la rivalidad, el deseo prohibido y la imposibilidad de dejar atrás el amor familiar.

—No has dicho que el rey fuese su padre ¿y dónde estaba su madre, allí mismo en el Chevy?

—¡No era un Chevy! La madre estaba en casa, era la reina. Edipo no sabía que el viejo era su padre. Él era adoptado. Le habían echado una maldición y le habían augurado que mataría a sus padres, y él quería a sus padres porque jugaban con él de pequeño y le habían comprado un perro, ¿entiendes?

—Claro, claro..., mi padre es igual.

—El caso es que Eddy huyó de casa. No sabía que era adoptado.

—¿Nunca se lo dijeron? Mi hermana es adoptada. A los niños hay que decirles la verdad.

—¡Cierto! El caso es que el pobre Eddy huyó para escapar de la maldición y se topó con ella de bruces: ¡mató a su propio padre!

—Menuda putada.

—Sí..., y después de matar a Layo siguió hasta la ciudad, un sitio muy fino llamado Tebas: bares, clubes, nada de sitios de mala muerte, y descubrió que a Tebas la estaba aterrorIZando, ATerrorizando, aterrORizando, como si se hubiese instalado allí la mafia, una criatura llamada la Esfinge.

—¿La esfinge? ¿Eso no es ropa interior?

—La ropa interior se llama Spandex. La esfinge era una mujer, ya sabes cómo son: mitad monstruo, mitad Marilyn Monroe. La esfinge tenía su propia lógica femenina: a ella le parecía de lo más normal, pero a los demás nos parece absurda. He aquí el pacto que proponía: te sentabas con ella, tomabas una copa, te planteaba un acertijo y, si averiguabas la respuesta, te entregaba el control de Tebas; tenía intereses comerciales en otra parte. Pero como era astuta y despiadada, si la respuesta era incorrecta te arrancaba la cabeza.

—¡Conozco a alguna así! ¡Claro que conozco a alguna así!

—Edipo resolvió el acertijo y parte de su recompensa fue casarse con la

reina, que se había quedado viuda. ¡Pero la reina era su propia madre!

—Lo siento por el tipo. ¿Y qué pasó después?

—Edipo y Yocasta, la madre, tuvieron cuatro hijos, dos niños y dos niñas. Una familia normal. Con un poco de inestabilidad mental, pero eso es lo malo del incesto. En general, no estaban mal. Luego una plaga asoló la ciudad y un oráculo entrometido anunció que la plaga no acabaría a menos que alguien encontrase al asesino del viejo rey. En aquel tiempo no sabían nada de virus. Las plagas las enviaban los dioses.

—Eso dijeron del sida. Hasta yo, que no soy médico, me di cuenta de que era una estupidez.

—Si una característica tiene el progreso, chico, es que no afecta a todo el mundo.

—En eso tienes razón, colega: mira ese cacharro que tenemos delante.

—Probablemente lo construyeran en Tebas, chico. El caso es que Edipo empieza a buscar al asesino, que terminó siendo... ¡él mismo! Imagina cómo debió de sentirse.

—Como una mierda.

—Como una mierda. Su mujer, o su madre, o su mujer/madre, Yocasta, entró en el dormitorio..., ¡en el dormitorio! Aquí hay muchas resonancias. Y se ahorcó. Edipo la descuelga, le quita el broche y se saca los ojos.

—¿De verdad?

—De verdad. Y toda esta historia, tan crucial para el pensamiento occidental, mil millones de neuróticos, un millón de psiquiatras y gilipollas, la teoría literaria, toda esa ansiedad de la influencia...

—Ahora hay una vacuna.

—La influencia no es lo mismo que la influenza.

—Ya te he dicho que no soy médico.

—Por no hablar del porno especializado.

—¿Te refieres a las MGF?

—Dilo, chico: madres a las que te gustaría follarte.

—Ejem, ejem... —Los dos rieron—. ¡EJEM, EJEM!

—Nada de eso habría ocurrido si el mundo hubiese inventado la rotonda.

—Manda narices.

—Pero las rotondas no tienen nada de profundo ni de poético, ¿verdad?

Quiero decir que nadie se pone solemne y dice: «He llegado a una rotonda en mi vida». No, todo el mundo habla de cruces.

—¿De qué estás hablando?

—La siguiente salida, chico, la siguiente salida. Ya hemos llegado.

Y Clo vio el cartel: LO NUESTRO SON LOS COCHES.

—¡Eh! ¡Dios santo! ¡He oído hablar de ti! ¡Eres Autólico! ¡Eres famoso! Eres el dueño del Museo del Automóvil. Llegaste justo cuando nos fuimos nosotros, de Detroit, ¿no?

—¡Exacto! ¿Quieres ver el museo?

—No tengo tiempo.

—¿Y para qué sirve el tiempo si no se tiene nunca bastante?

Clo aparcó el Silverado. Un jovencito, más guapo que apuesto, salió petardeando del garaje en un Jeep sin capota.

—¡Demasiado acelerado! —chilló Autólico.

—¡Porque el motor es una mierda! —gritó el chico. Llevaba un mono sucio de aceite y unas gruesas gafas al cuello. Paró el motor y se apeó.

—Necesito que vayas con la grúa a por el DeLorean.

—¿Otra vez?

—Clo..., este es Zel. Mi ayudante —dijo Autólico—. En estos tiempos los chicos o bien tienen la constitución de un *bulldozer* y el cerebro de alquitrán o bien un título universitario y quieren pulimentar guardabarros. Él es de los segundos. Se pasa el día leyendo.

—Mi hermana también está todo el día leyendo —dijo Clo—. ¡Eh!, ¿no te he visto por el Vellocino?

Zel miraba al suelo, como si tuviese algo que contarle.

—Bueno, me gusta que los jóvenes lean —dijo Autólico—, así es más fácil contar historias. Este Jeep perteneció a Ernest Hemingway.

—Como mucho la lata de la gasolina que lleva a un lado —dijo Zel.

Autólico no le hizo caso.

—Una belleza caqui de 1940. Ernest Hemingway. Escritor. Hemingway fue comandante del ejército norteamericano en la Segunda Guerra Mundial.

Participó en la Liberación de París. Fue por la rue de l'Odéon en busca de esa librería, Shakespeare and Company.

—He oído hablar de Shakespeare, pero no sabía que tuviese una librería.

—Tú no lees mucho, ¿verdad? Toma..., un recuerdo. —Autólico sacó un libro manoseado editado en rústica de la chaqueta, que más bien parecía una serie de bolsillos adheridos a su cuerpo—. *Fiesta*, de Ernest Hemingway.

—Gracias. Se lo daré a mi hermana.

—No. Tengo el don de la videncia..., un día me agradecerás que te haya regalado este libro. Ahora vamos, echa un vistazo: ese de ahí es el Pontiac de Marilyn Monroe; acerca la nariz y comprobarás que todavía huele a Chanel N.º 5.

Mientras Clo se alejaba a paso lento, Autólico agarró a Zel por el mono grasiento.

—¿Es que quieres ser mi ruina? Va a comprar el DeLorean.

—¿Él?

—Puedo vendérselo a cualquiera... con tal de que tenga dinero. Tenemos que deshacernos del DeLorean.

—Eres un timador.

—Siempre he querido serlo. Es algo vocacional.

—No puedo ir a recoger el DeLorean. Tengo que marcharme pronto..., ya te lo dije.

—¿Porque viene tu padre? ¿A recoger el Mercury?

—Es un coche montado por piezas con documentación falsa.

—Cuando sepas decirme qué es real en un mundo de clones y avatares, de producción masiva, reproducciones e impresiones en 3D, ya me dirás lo que es falso, listillo.

—Me da igual. Se merece que lo desplumen. No es esa la razón por la que tengo que irme.

Zel era veinteañero, de veintipocos. De constitución delgada, hombros fuertes, una mata de pelo recogida en una cola de caballo, como la de una niña. Volvía las palmas hacia arriba cuando se enfadaba y fruncía el ceño como si supiera leer las líneas y encontrar una salida. Había pasado más de un año viviendo en un garaje. Un día apareció en una motocicleta británica Royal Enfield que había reparado él mismo.

Autólico, que no era ningún santo, le había dado al chico un empleo y luego, cuando lo encontró durmiendo sobre la goma espuma sobrante de los coches que arreglaban, le había dado también una especie de techo. Zel trabajaba de firme, leía y no salía demasiado.

—Deberías hacer las paces con él. No hace más que preguntar por ti.

—El padre es él. Él es quien tiene que hacer las paces conmigo.

—Yo tengo cinco hijos y nunca los veo.

—No me habías dicho que tenías hijos.

—¿Qué pasa, que ahora de repente somos íntimos? ¿Tengo que hablarte de mis hijos? Te diré otra cosa más importante: la vida ya tiene penas suficientes. No salgas a buscar más.

—En el caso de mi padre, desde luego. Dijiste que hoy podía llevarme el MGB deportivo.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

Zel se ruborizó.

—Tengo una cita.

—¿Quién es ella?

—Alguien que nunca conocerás.

—¿Me porto como un amigo y así me tratas?

Zel calló.

—Lo siento —dijo luego—. Creo... que estoy nervioso.

Autólico sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—¡No tienes por qué! Te querrá. Pero el deportivo no tiene asientos traseros. ¿Cómo te las arreglarás?

Zel bajó la cabeza.

—No es de esas.

—No mientas. Bastante mienten los políticos.

—Necesito un coche que no contamine demasiado. Es ecologista.

—Pues llévala a dar un paseo.

—Me he pasado la noche reparándolo.

Clo salió del museo.

—¿Todos estos coches son para alquilar?

—Sí, señor. Y la música está incluida. ¡Zel! Enciende la radio de ese

coche de carreras con alerones y los neumáticos blancos.

Zel se inclinó y giró el botón. *Rock Around the Clock* empezó a sonar a toda potencia. Autólico le pasó a Zel un brazo por el hombro antes de que el joven pudiera apartarse.

—Clo, Clo..., escoge uno. El alquiler solo cuesta un dólar.

—¿Un dólar?

—Los otros quinientos o mil o dos mil, según el caso, constan como donativo al Museo del Automóvil. Aceptamos metálico si lo tienes. Me gusta estar al margen de la ley.

Clo le tendió la mano.

—¿Sabes?, me alegro de haberos conocido, traería a mi padre, pero tengo que irme; mi hermana pequeña acaba de enviarme un mensaje, y...

Autólico alargó el brazo y les dio una palmadita en la frente a cada uno como si fuesen dos bombillas defectuosas.

—¡Tengo una idea! ¡Para el regalo! ¡Para tu padre!

—¿Qué?

—Te venderé el DeLorean.

—¡Has dicho que era un timo!

—¡Sí, sí, cierto, cierto! Te lo venderé a mitad de precio. Pagué cien de los grandes. Debería haber pagado cincuenta. Te lo dejaré por veinticinco.

—¡Está estropeado en mitad de la autopista!

—Lo arreglaré a tiempo para la fiesta. Tu padre cumple setenta, ¿no?

—Sí.

—¿No le gustaría volver a sentirse como en los viejos tiempos? Tu hermana te ha dicho que uses la imaginación. Seguro que no pensó en un DeLorean. ¡No, señor! Así le demostrarás quién manda. Ese coche es más que un coche... es una máquina del tiempo. Estarás comprando tiempo, ¿y quién no querría que le regalaran tiempo al cumplir los setenta?

—¿Tú crees?

—Lo sé, estoy seguro, segurísimo. ¡Bingo! ¡Choca esos cinco! Bailemos...

Autólico cogió a Clo de la mano y empezó a bailar al ritmo de *Rock Around the Clock*. Era como bailar con un mechero encendido al viento.

—¡Eh! ¡Yo no bailo con tíos! ¿Eres gay o qué?

—¿Parezco gay?

—Mueves mucho las manos.

—Aprendí en un teatro de marionetas. ¡ENHORABUENA, CLO!

El día de la celebración

¡Uno, dos, tres y cuatro!

Si quieres saber si te quiere, fíjate en sus besos, es donde más se nota.

Las Separaciones eran buenísimas. Tenían un sonido Hillybilly Soul Banjo con batería, armonías de grupo femenino, guitarra de cuerdas metálicas con pedal y púa. Contrabajo tocado con pulgar y dedos, y piano al estilo Pentecostal, cuyos acordes eran como un recordatorio del Juicio Final. El pianista era Shep.

Se llamaban Las Separaciones porque a Holly, a Polly y a Molly las habían dejado en un torno para bebés. Al principio se habían hecho llamar Las Huérfanas, pero era demasiado triste.

De todos modos, Perdita se lo tomaba todo muy al pie de la letra y HollyPollyMolly no podían ser huérfanas, porque los huérfanos son niños cuyos padres han muerto. Las chicas eran expósitas, pero ¿quién iría a ver a un grupo llamado Las Expósitas?

Luego Holly leyó no sé qué en el colegio sobre los seis grados de separación y, como a todas les gustaba el *soul* retro en vinilo, como el de The Three Degrees..., y a las tres las habían separado de sus padres, el nombre llegó por sí solo.

Las tres chicas, HollyMollyPolly, eran trillizas chinas. Nadie había averiguado quién las había dejado en el torno para bebés de Cantón. Las habían adoptado misioneros ingleses. Su padre era un pastor de High Wycombe que había recalado en una iglesia Bautista de Nueva Bohemia después de ser misionero en China. Tenía sus propias ideas sobre el Fin del

Mundo, y Shep no las compartía, pero —Apocalipsis o Armagedón— los dos eran amigos.

HollyPollyMolly eran un año mayores que Perdita. Habían jugado juntas desde el principio, y desde el principio Shep había llevado a Perdita con él a la iglesia.

Holly tenía un defecto en el habla. Fue Shep quien reparó en que cuando cantaba no tartamudeaba; y, para que no se sintiera rara, puso a todas las niñas a cantar las viejas canciones *soul* mientras él las acompañaba al piano.

En aquellos días tenía más fe; en los últimos diez años había perdido la fe en su fe. El mundo se estaba volviendo más oscuro, no más luminoso. Los pobres eran más pobres, los ricos eran más ricos. La gente se mataba en nombre de Dios. ¿Qué clase de Dios querría que sus acólitos actuaran como avatares con el fusil al hombro para llevar la guerra santa al universo de *Warcraft*?

Si eso era el fin de los tiempos, más valía responder con la eternidad y acabar de una vez.

Pensaba que la clave del tiempo era que se acabase..., si siguiera eternamente, no sería tiempo ¿no?

¿Qué creer? ¿En qué creer?

Pero Perdita era una especie de fe por derecho propio. Creía en ella.

HollyPollyMolly estaban subiéndose unas a otras las cremalleras de los vestidos sin mangas y con cuello de pico. Perdita se limpiaba los zapatos de gamuza rosa con un cepillo de dientes.

—Entonces, ¿crees que debería salir con tu hermano? —dijo Holly—. Me lo ha pedido.

—¿Clo? ¡Te dobla en edad!

—Me gustan los hombres mayores.

—No creo que te convenga salir con un hombre que a los treinta aún no se ha ido de casa —dijo Polly.

—No es que no se haya ido de casa..., dirige un negocio.

—¿Eso te ha dicho? —Ante el espejo Perdita hizo una mueca dirigida a Holly, que se estaba pintando los labios.

—Bueno, me parece mono.

—No lo es.

—Es tu hermano. ¿Cómo vas a saberlo?

—Vota a los republicanos y es incapaz de aprobar los exámenes de contabilidad.

—Yo sé sumar por los dos. Estás siendo mala.

—Está nerviosa. Va a venir su novio.

—¡NO es mi novio!

Las chicas se juntaron y cantaron:

—«Y si quieres saber si te quiere, fíjate en sus besos, es donde más se nota».

Perdita se ruborizó y se agachó para mirarse los zapatos.

—No os burléis de él, ¿vale? Es tímido.

—Quién es el tímido, ¿él o tú?

Perdita se sentó.

—Es una locura. No es más que un chico. Yo soy solo una chica. Es tan normal, que es muy raro. Como comer un huevo pasado por agua: ¿nunca habéis comido un huevo pasado por agua, habéis mirado al plato y habéis pensado: huevera, huevo, cuchara, tostada, sal y al fondo, donde no se la ve, una gallina que lo ha puesto, y habéis pensado, esto es muy raro?

HollyPollyMolly la miraron fijamente. Perdita intuyó que nunca se habían parado a pensar en lo del huevo.

Volvió a intentarlo.

—No me explico bien..., es solo que, mires donde mires, en las películas, en los libros, en los programas de televisión, en las canciones, ¿entendéis?, siempre se sabe lo que va a pasar. Chico conoce a chica: *Romeo y Julieta*. Chica conoce a chico: *El gran Gatsby*. Chica conoce a gorila: *King Kong*. Chica conoce a lobo: *Caperucita*. Chica conoce a pedófilo: *Lolita*, y no es muy bueno. Chico conoce a madre: *Edipo rey*, y no es muy bueno. Chico conoce a chica con problemas: *La bella durmiente*, *Rapónchigo*. Chica conoce a chico con problemas físicos: *El príncipe rana* —Se interrumpió. HollyPollyMolly seguían mirándola. Con huevo o sin huevo, lo que decía no tenía sentido—. Centrémonos en las canciones —dijo.

Zel dio marcha atrás para sacar el deportivo MGB Roadster de color rojo escocés del aparcamiento. Le encantaban las ruedas con los radios y los tapacubos cromados y el enorme volante de madera.

Un detalle bonito de los coches clásicos era que las radios tenían un botón retro. Canciones preseleccionadas de la década que quisieras: de los cincuenta, sesenta, setenta, ochenta. Lo apretabas y lo que salía de la rejilla de los altavoces era el pasado.

«I'm not in love so don't forget it...».

Zel fue por carreteras anchas, por carreteras estrechas, por carreteras polvorientas, por carreteras secundarias, por carreteras solitarias. Por carreteras imaginarias. Por carreteras que esperaba que fuesen reales. Había conducido así otras veces, dejaba la moto a la puerta del bar y se quedaba de pie en la entrada. Ella cantaba los viernes.

Todo el mundo se agolpaba para entrar. Él no. Solo podía mirarla entre las siluetas calidoscópicas de la muchedumbre.

La semana anterior ella había querido sacarlo a bailar y él la había rechazado con la cabeza, con tanta vehemencia que sacudió el cuerpo entero, como un perro sorprendido por la lluvia.

Perdita no sabía dónde vivía él. No tenía su teléfono ni su Facebook. A veces pasaban semanas sin que se dejara caer por el bar. Luego lo veía allí, al fondo, tan limpio, tan erguido, tan quieto como si fuese de metal bruñido.

Y Zel nunca sabía qué decir. Ella quería besar las dudas que se le atragantaban en la garganta.

Pero lo había invitado a la fiesta y él había dicho «Sí». Y ahora estaba plantado en el puerta, peinado y perfumado, con unos Levi's limpios y una camisa blanca con tan pocas arrugas que parecía que la hubiesen planchado obsesivamente con bótox.

Perdita había oído el coche. Lo había visto al otro lado de la valla.

Retrocedió. El corazón se le aceleró. ¿Por qué me siento así? ¿Y cómo me siento? ¿Cómo puede algo tan personal y tan privado, como un secreto entre mi alma y yo, ser el mismo secreto privado y personal del alma de otro?

La forma en que me siento no tiene nada de nuevo, ni de extraño ni de

maravilloso.

Me siento nueva y extraña y maravillosa.

Y ahora estaban de pie a ambos lados del cartel de bienvenida mirándose a los ojos.

Y ella deseó que lo que tuviese que pasar hubiese pasado ya. Que el tiempo interviniera para liberarlos. Que pudieran empezar.

Y él deseó poder tocarla y que todo pasara a través de él y que ella lo conociese y empezaran.

—Hola —dijo ella.

—Te he traído estas flores —respondió él.

Clo había terminado de colocar los adornos y las banderitas. Estaba sentado con las mangas subidas, tomándose una Coca-Cola *light* con HollyMollyPolly. Eran tan guapas... Y solo tenían la mitad de años que él. ¿Cómo dice el refrán? ¿Por qué tener una de treinta y seis cuando puedes tener dos de dieciocho? Y ellas eran tres. Me encanta.

Perdita y Zel llegaron con un plato de cangrejos y sardinas.

—¡Anda! Eres tú, ¡sabía que te había visto! —exclamó Clo.

—¿Lo conoces? —le preguntó Perdita a Zel.

Zel habría deseado que no sucediera, pero estaba sucediendo.

—Conoce a mi jefe.

Holly había sacado su iPad.

—¿No podéis dejar de hablar del trabajo? He encontrado este test. Inventado por un viejo psicólogo blanco que tal vez esté muerto llamado Arthur Aron. Se llama «La Generación Experimental de la Intimidad Interpersonal».

—¿Qué?

—Cómo enamorarse sin pretenderlo siquiera. Os hacéis una serie de preguntas y luego os casáis.

—Somos hermanas..., no podemos casarnos.

—Me parto...

—Y además, ¿de quién se supone que tenemos que enamorarnos?

—Puedes enamorarte de mí —dijo Clo—. A mí no me importa.

—Ya, pero ¿y a nosotras?

Polly iba de rosa. Molly de jade. Inclinas hacia delante, guapas y luminosas. Holly, la líder, iba de púrpura, la poblada mata de pelo le llegaba a la cintura. Dio unos golpes en la mesa.

—¡Vamos, chicas! Treinta y seis preguntas. Empecemos..., si alguna nota que se está enamorando de Clo, que levante la mano y paramos. Perdita, ¿participas?

Zel miró a Perdita de soslayo. Ella no lo miró.

—Muy bien, pregunta número uno: «¿A qué personaje de todas las épocas preferirías tener como invitado a cenar?».

POLLY: A Martin Luther King.

MOLLY: A Janis Joplin.

HOLLY: A Dios.

MOLLY: ¡DIOS no vale!

HOLLY: ¿Por qué no puedo invitar a Dios?

POLLY: Él no come, así que ¿para qué vas a invitarlo a comer?

HOLLY: ¿Dónde en la Biblia se dice que Dios no come?

MOLLY: ¿Para qué iba a comer? Es Dios.

HOLLY: ¿Y por qué no va a comer? Si yo fuese Dios me pasaría el día comiendo, porque no engordaría.

POLLY: ¿Os importa DEJAR DE HABLAR de Dios?

HOLLY: ¡VALE, VALE! Perdita, ¿a quién invitarías tú?

PERDITA: A Miranda.

MOLLY: Miranda ¿qué?

PERDITA: Es un personaje de ficción. Vive en Shakespeare.

HOLLY: No pueden elegirse personajes de ficción.

PERDITA: ¿Por qué no? Los famosos son personajes de ficción. Que estén vivos no significa que sean reales.

CLO: Eso es demasiado profundo para mí.

PERDITA: En todo caso, ella ha elegido a DIOS, por el amor de Dios.

CLO: Que no te oiga papá pronunciando su nombre en vano.

PERDITA: Papá ya no cree en Dios. ¿No te lo ha dicho?

CLO: ¡¿QUÉ?!

HOLLY: ¡Es un JUEGO! Otra pregunta. «¿Cuándo fue la última vez que cantaste?». Esa es fácil. «¿Cuándo fue la última vez que lloraste?». ¡Oh, oh...! «¿Por qué lloraste la última vez?». Es demasiado personal.

CLO: ¡Pues claro! ¿Cómo vas a enamorarte si no es personal?

HOLLY: ¿Es que no lo sabes? ¡No puedo creerlo! Nadie se ENAMORA: el amor es una mezcla caliente de sexo y desesperación: el sexo porque es necesario y la desesperación porque estás solo. De QUIÉN te enamores no tiene importancia.

CLO: Se pueden tener relaciones sexuales con cualquiera...

HOLLY: ¿Lo habéis oído?

CLO: Pero el amor es diferente... Papá quería a mamá como la luna quiere a la tierra.

PERDITA: Siempre lo dice.

HOLLY: Solo te informo de los últimos descubrimientos sobre el amor.

ZEL: Pero nadie lo sabe con certeza, ¿no? ¿Quién sabe algo sobre el amor?

Clo cogió el iPad.

—Completad esta frase: «Ojalá tuviese alguien con el que pudiera compartir un...».

HOLLY: Perro. Aunque debería decir CON QUIEN pudiera compartir un perro. Ojalá tuviese un perro: ¿un labradoodle?

CLO: ¿Un perro? ¿Y por qué no un porro? Una cita interesante, la luz tenue...

MOLLY: Ya compartimos la ropa, así que me gustaría conocer a alguien CON QUIEN no tuviera que compartir las bragas.

CLO: *Apocalypse Now!* No quiero pensar en tus bragas... Bueno, sí, pero no delante de mi hermana.

PERDITA: ¡Qué vulgar eres!

CLO: Zel me entiende, ¿verdad, Zel? No ha venido exactamente aquí por la comiiiiida y el viiiino.

PERDITA: ¿Eres mi hermano? Que alguien me diga que es un error. Zel ha venido porque lo he invitado.

CLO: ¿Cómo? ¿Lo has invitado por la comida y el vino? ¡Oh, PERDÓN! ¡Zel, Zel! ¿Te importa completar la frase? «Ojalá tuviese alguien con el que pudiera compartir un...». Cuidadito..., hay damas presentes.

ZEL: Libro. Yo diría un libro.

PERDITA: Yo también. Un libro.

HollyPollyMolly se rrrrieron con seis erres y se marcharon con cuanta discreción era posible en unas trillizas vestidas de rosapurpurajade para dejar tranquila a Perdita.

ZEL: ¿Qué libro?

PERDITA: Estoy leyendo uno que me dio mi padre, escrito por un tipo del siglo XIX llamado Thoreau.

—¿*Walden*? ¿Estás leyendo *Walden*?

—¡Sí! ¿Lo conoces?

—Mi padre siempre insistía en que lo leyera..., lo cual era bastante estúpido, teniendo en cuenta que apenas nos hablábamos.

—Trata de trabajar lo justo para ganar lo suficiente, vivir con sencillez y tener una vida más plena.

—Sí. Mi padre lo intentó: hace mucho, cuando tenía más o menos nuestra edad. Vivía en una furgoneta, iba de festival en festival y no poseía nada.

—¿Y todavía lo hace?

—No. Es rico.

Los dos se rieron un tanto cohibidos, y Zel dijo:

—Yo no soy rico. Trabajo en un taller mecánico. Pero sé arreglarte el coche.

—¿Qué libro me darías... si quisieras regalarme un libro? —preguntó

Perdita.

Zel abrió la palma de las manos y las observó.

—Leo cosas difíciles..., bueno, *Walden* es bastante difícil, nunca lo leí por mi padre, lo siento. El caso es que ahora mismo estoy leyendo la autobiografía de Benjamin Franklin. ¿Sabes el tipo que sale en los billetes de cien dólares? No sé, gastamos dinero y no sabemos nada de los que salen en los billetes. Benjamin Franklin decía que si tienes que escoger entre la libertad y la seguridad, escojas la libertad.

—Supongo que en aquel tiempo no había terrorismo a escala mundial.

—Eso es solo una forma de meternos miedo.

—No estoy de acuerdo, la gente muere de verdad.

—Sí, lo sé, pero un tipo con una bomba en una mochila: ¿cuántas veces ocurre y a cuánta gente? En cambio no tener trabajo, ni hogar, ni sanidad, ni esperanza... es la vida cotidiana para millones, miles de millones de personas. Para mí, esta es la verdadera amenaza. Y también el cambio climático. Y la guerra y la sequía y las hambrunas...

—De acuerdo..., por eso mismo necesitamos seguridad. Un futuro seguro.

—¡No! Lo que necesitamos es librarnos del control corporativo que dirige el mundo para unos pocos y lo arruina para todos los demás.

Perdita observaba su boca mientras hablaba. Le gustaba lo que decía. Aunque lo mismo podría haber estado diciendo que el oso Yogui come bocadillos de mantequilla de cacahuete. Levantó la mano, porque su mano, por su cuenta, decidió rozarle los labios. A mitad de camino su cerebro se dio cuenta y acabó apartándose el cabello de los ojos.

—Entonces —dijo ella procurando parecer provocativa y desenvuelta—, si te da igual la seguridad..., ¿de qué tienes miedo?

—¿Yo? —Zel suspiró y se miró las palmas de las manos—. Supongo que de no ser como los demás. No, no es cierto. No me asusta no ser como los demás. Me asusta no encontrar a nadie a quien no le importe que no sea como los demás. No ambiciono el dinero ni el poder. Quiero encontrar una forma auténtica de vivir.

Ella le miró las pestañas, largas y oscuras. Él miró su cutis, pálido y pecoso. Los ojos de él eran grises como los de un gato. Los de ella eran

castaños, como el cabello que le caía sobre la frente. La joven era como una ampliación que estuviese demasiado lejos para tocarla, con aquellos ojos tan serios y hermosos que lo observaban. Los dos se inclinaban hacia delante mirándose el uno en el espejo del otro.

De la mesa, llegó un estallido de carcajadas.

CLO: Última pregunta. ÚLTIMA PREGUNTA. ¡Todos! ¡Hermanita! ¡Tú primero! «Si pudiera adelantar el tiempo. Me gustaría estar...».

Contigo. Contigo. Contigo.

El grupo estaba afinando los instrumentos. La gente había empezado a llegar y a servirse copas; se oían risas, felicidad, viejos amigos.

Shep se había duchado, se había puesto el traje de los domingos y estaba paseando por el bar. «Esta es mi vida», pensó. «Aquí, a mi alrededor, y es una vida buena».

El banjo empezó una melodía.

Shep se acercó a la mesa.

—¿Qué te han regalado por tu cumpleaños, Shep? —dijeron HollyPollyMolly.

Shep se inclinó hacia delante y apoyó las manos en la mesa.

—Tengo un hijo y una hija maravillosos. No necesito más..., bueno, tal vez también una canción... Perdita: ¿vas a subir ahí a cantarme mi canción favorita? Los chicos están deseando escuchar un poco de música.

Perdita se levantó, se puso de puntillas y besó a su padre. Luego zigzagueó entre la gente en dirección al escenario. Los chicos asintieron y le sonrieron. Tom tocaba el banjo. Bill el bajo. Steve el saxo. Ron la guitarra, Joey la batería y la armónica.

Iban a hacer una versión de una vieja versión de Bette Midler de una vieja canción de Tom Waits. El banjo entró con la voz de Perdita como una historia llegada de lejos.

«Well, I'm leavin' my family, leavin' all my friends. My body's at home, but my heart's in the wind...».

Shep estaba sentado a la mesa junto a Clo, bebiendo un *bourbon*, escuchándola, observándola.

¿Y si aquella noche hubiese tomado una decisión diferente? ¿Y si se hubiese ido, y se hubiese olvidado de ella?

¿Cómo sería su vida ahora? ¿Y la de ella?

Aquella noche, la tormenta, la lluvia y la luna como un mandala cuando se separaron las nubes, fue la luna la que lo había guiado. El bebé yacía en el rincón visible de un mapa plegado. En su interior, borrados ya, había unos padres a quienes no conocería y una vida que se había desvanecido. Rutas alternativas que no seguiría. Gente a quien no conocería. Todo lo que podría haber sido y no sería.

Porque su madre, o su padre, o ambos, habían dejado el mapa plegado sobre la mesa y se habían marchado.

Era un mapa de descubrimiento. No había polos nortes ni océanos Atlánticos ni Américas. La luna había sido visitada y el fondo del mar también.

Pero Perdita partía con la página en blanco y la brújula de sí misma.

Aguas nunca surcadas. Orillas no soñadas.

La canción terminó. Luego Perdita cogió el micrófono y pidió silencio.

—Mi padre, Shep..., todos lo conocéis —VÍTORES Y APLAUSOS—, estamos aquí para celebrar su cumpleaños —MÁS VÍTORES— y enseguida le cantaremos *Cumpleaños feliz*. Pero antes quiero darle las gracias... por ser el mejor padre del mundo.

Shep se puso en pie. El grupo empezó a tocar. CUMPLEAÑOS FELIZ.

Entonces lo oyeron.

¿Eran truenos?

¿Era un rugido?

¿Era una invasión?

¿Era el Apocalipsis?

Todo el mundo se puso en pie y observó cómo alguien o algo abría desde fuera las grandes puertas del jardín.

Faros a toda potencia. Un rugido sordo. La velocidad de la luz controlada

lenta y presidencialmente por el embrague.

Era el DeLorean.

ZEL: ¡Oh, no!

CLO: ¡Por todos los diablos!

SHEP: ¿Pero qué...?

Las puertas de alas de gaviota del DeLorean se abrieron. Autólico apareció al lado del coche, como si siempre hubiese estado allí. Llevaba unos pantalones negros, un polo fino negro y un chaleco rojo.

Es como si el Diabolo hubiese venido a cobrar la deuda, pensó Zel.

¿Dije que le pagaría?, pensó Clo.

Autólico se subió a una silla y levantó las manos.

—No soy más que el repartidor. ¡Clo, Clo! ¿Dónde estás?

Clo se levantó de la mesa. ¿Dónde estaba el dibujo animado del serrucho para cortar el suelo alrededor del dibujo animado de su silla y hacer caer en el olvido el dibujo animado de sí mismo?

—Aquí tenemos al hijo —proclamó Autólico—. ¿Dónde está el padre?

Shep se abrió paso entre la multitud. Autólico le estrechó la mano varias veces como un muñeco al que le hubieran dado cuerda.

—¿Qué es esto? —preguntó Shep—. ¿Es usted una especie de actor de *cabaret*?

—Soy una especie de ángel. Portador de buenas noticias. ¡Clo, Clo!

Clo hizo un aparte con Autólico.

—¿Firmé algo..., estás diciendo que firmé algo?

Autólico desplegó un trozo de papel que sacó del bolsillo: Clo tuvo la sensación de que el papel echaba humo.

—Sí, sí, firmaste: ¿ves estas llamas y estas huellas de pezuña de aquí? Es broma. Yo me quedo el Silverado y tú el DeLorean: ¡una ganga, chico!

Clo se irguió, se volvió hacia su padre y carraspeó.

—Papá, sí..., papá: feliz cumpleaños; este es tu coche.

—¿Mi coche?

Autólico saltó como un perro amaestrado a su silla.

—¡Damas y caballeros! ¡Presten atención, por favor! Les presento... ¡EL DELOREAN!

Varios hombres estaban ya asintiendo y vitoreando. Autólico sonrió con modestia como si acabara de ganar el concurso de Miss America. Tenía lágrimas en los ojos.

—Gracias. Gracias. Me parece oír a algunos que lo recuerdan. *Regreso al futuro...*, la película, 1985. ¡Sí, señor! El DeLorean NO es solo un coche: es una máquina del tiempo. ¿Qué dijo el gran escritor William Faulkner? «El pasado no ha muerto. Ni siquiera es pasado».

(APLAUSOS)

Autólico saltó de la silla.

—¡Shep! ¡Shep..., suba al coche! El tipo que lo diseñó, John DeLorean, medía seis pies con cuatro. Es un coche para gente alta: por eso tenía que venderlo, apenas llegaba a los pedales. Tiene usted un hijo maravilloso.

(UNA VOZ EN LA MULTITUD) ¡VAMOS, VAMOS, SHEP!
¡REGRESA A 1984 Y SALVA A MARVIN GAYE!

Shep se subió al coche e hizo girar la llave.

No pasó nada. Volvió a intentarlo. Nada. Autólico parecía un poco menos desenvuelto, empujó a Clo a un lado:

—¿Tienes el martillo?

Zel dejó de pasarse las manos por el pelo, fue a la parte trasera del DeLorean y lo abrió.

—¡Zel! ¿Qué haces aquí?

—Te DIJE que tenía una cita. Ahora que has desplumado al hijo y has estropeado el cumpleaños del padre, ya no la tendré.

—No te enfades conmigo.

—¡Quita de en medio!

—¿Necesitas un martillo?

Zel sacó su herramienta multiusos del bolsillo.

—Este chico sabe arreglar cualquier cosa..., ¡cualquiera! Dejen que les explique: estos coches son como caballos de carreras. ¿Quieren un coche que funcione? Cualquiera puede comprar un coche que FUNCIONE..., es casi una vulgaridad. El DeLorean no siempre es un coche que FUNCIONA, pero

siempre es un COCHE. Permítanme que les diga que cuando un coche como este no FUNCIONA, en realidad les está ofreciendo un momento Zen en un mundo obsesionado por el movimiento. ¿Se han hecho análisis para medirse el cortisol hace poco? Norteamérica funciona por el cortisol. Es malo para su corazón, malo para su colesterol, malo para su matrimonio, siempre de uñas y a punto de saltar. En cambio, cuando suben a su coche, a este coche, y ven que no pueden IR a ninguna parte, es el momento de preguntarse: ¿adónde VOY? Filosofía al alcance de todos. Este es un coche importante. Una vez lo han conducido, y también no lo han conducido, este coche es un poco como el gato de Schrödinger, ¿no? Vivo y muerto al mismo tiempo: una vez tienen la experiencia DeLorean, lo demás son minucias.

Shep se había cruzado de brazos y miraba a Autólico: le sacaba un pie y medio al persuasivo vendedor de minucias.

—¿Cuánto ha pagado mi hijo por este coche filosófico?

—Casi se lo he dejado gratis. En honor de la ocasión.

—¿Cuánto? ¿Clo? ¡Clo!

En ese preciso instante el DeLorean rugió. Zel se apartó del motor, con la camisa blanca manchada de aceite y las manos grasientas. La multitud gritó. Autólico hizo una reverencia.

—Por eso hablamos de los coches como si fuesen mujeres. Nunca se sabe. ¿Recuerdan la canción de Billy Joel? «She is frequently kind and she's suddenly cruel. She can do as she pleases, she is nobody's fool».

—¿Va el mecánico incluido en el precio? —preguntó Shep.

El rostro aguzado de Autólico se iluminó.

—Está saliendo con su hija. Así que...

—Que está haciendo ¿qué?

—«She is always a woman to me».

Shep paseó la mirada de Zel a Autólico y de Autólico a Zel.

—¿Puede usted dejar de cantar y puede alguien explicarme qué pasa?

—No estoy saliendo con su hija.

—¡Tomemos una copa! —dijo Autólico—. Un *bourbon* está a mitad de camino de la verdad cualquier noche de la semana. Menudo local tiene usted, Shep. ¿Juega al póquer?

Fue Perdita quien encontró a Zel de pie al lado de la cerca, mohíno y solo. Le tocó la espalda y él se estremeció como si le hubiese echado agua por la nuca. No se volvió.

—Lo siento —dijo.

—Es gracioso —respondió Perdita.

Zel se volvió. Ella reía. Era tan guapa... A sus espaldas, la fiesta continuaba. Los invitados se entretenían con el DeLorean. El murmullo era alegre, desenfadado.

A menudo Zel se alejaba de donde quería estar y luego miraba mudo por la ventana de su anhelo, dolido y maltrecho, sabiendo que había sido él quien se había golpeado y herido, pero aun así lo hacía una y otra vez.

¿Por qué estaba consolándolo ella? Debería ser él quien la consolara. Ella había remado para ir a buscarlo a su isla solitaria. Quería remar con él y devolverlo a la luz y el calor.

—¿Te apetece bailar?

Zel quiso decir «No sé bailar», pero ella lo había cogido ya de la mano y lo llevaba hacia las cálidas luces.

HollyPollyMolly, que cantaban sus armonías ante el micrófono, vieron a Perdita llevando a Zel por la sala abarrotada en dirección al escenario, donde había un poco de sitio. Justo en ese instante estaban cantando una canción de Buddy Holly que le gustaba a Shep, pero Zel no sabría bailarla; y además las trillizas sabían que Perdita necesitaba otra cosa.

Holly desconectó el sonido un segundo y le dijo algo a Bill, el bajista. Él se lo comentó a los demás.

La música cesó y, antes de que nadie pudiera aplaudir o descansar, las chicas volvieron a cantar, esta vez su propia versión de *How Sweet It Is (To Be Loved By You)*, de James Taylor.

Perdita abrazó a Zel y lo ayudó a bailar más o menos con ella. Él reparó en que le gustaba.

—¿Alguna vez andas bajo la lluvia solo por el placer de mojarte?

Zel esbozó su sonrisa tímida, vaga y plena, como el sol que asoma entre las nubes. No respondió. En cambio, le hizo otra pregunta:

—¿Alguna vez te levantas o no te acuestas para poder dar un paseo sin encontrarte con nadie?

Ella dijo: ¿Hablas solo?

Él dijo: ¿Preferirías morir antes que vivir mal?

Ella dijo: ¿Te gustan las estrellas?

Él dijo: ¿Te gusta el océano?

Ella dijo: ¿Es esta nuestra colección de treinta y seis preguntas?

Él dijo: ¿Para enamorarnos?

«No —pensó ella—, eso ya ha ocurrido, ¿no?».

Ella dijo: ¿Para conocernos?

Él dijo: Mi padre pasó mucho tiempo hablando con psicólogos sobre el comportamiento humano: necesitaba la instalación previa.

¿Existe una instalación previa?

Oh, sí, la mayor parte de la gente se comporta exactamente de manera previsible en una situación determinada.

¿A qué se dedica tu padre?

Diseña juegos de ordenador. Nada de trols y tiroteos: cosas más sofisticadas.

¿Vives con tu madre y tu padre?

No. Mi madre y él nunca han vivido juntos. Es una larga historia, es básicamente gay: mi madre y él llegaron a un acuerdo. Él quería un hijo. Yo fui un instrumento de su vanidad.

Zel lo dijo con tanta rabia que Perdita deseó no habérselo preguntado. Ella le acarició el hombro. Él no pareció reparar en su preocupación ni en que lo había tocado. Había abandonado el presente.

Papá cuidó de mí hasta que cumplí los ocho años. Luego sufrió una especie de crisis y después ya no lo vi mucho. Pagó todas las facturas. Y la universidad.

¿Los estudios de mecánico?

No. Soy graduado en filosofía. ¿Te sorprende?

Tal vez..., no te conozco.

«Sí —pensó él volviendo al presente—. Claro que me conoces».

¿Estás en contacto con tu padre?

Zel negó con la cabeza.

—Viaja mucho. Además es un recluso..., si se puede ser un recluso y viajar mucho. Y también es alcohólico. Así que cuando lo veo no sé si estará

sobrio o borracho. Normalmente está tan borracho que parece sobrio. Eso es lo peor.

—¿Por eso no bebes? Siempre pides agua.

Zel se quedó tan impávido como si fuese de metal.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Perdita acercó su cuerpo al de Zel y lo guio con el suyo. Él notó que esa blanda calidez lo atravesaba.

—Creo que te estoy manchando el vestido de grasa.

Los dos bajaron la mirada. ¡DIOS! ¡SUS PECHOS! El cuerpo de Zel estaba pensando por él. Intentó concentrarse en catástrofes naturales y ahogamientos. En gatitos enfermos. Monos de laboratorio. ¿Por qué se habría puesto tejanos ajustados?

—¿Me disculpas? Tengo que ir al baño.

HollyPollyMolly vieron a Zel alejarse al acabar su número. Holly se sentó al borde del escenario y agarró a Perdita.

—¿Y? ¿¿¿Y YYYY???

—¿Y qué?

—Te gusta, ¿no?

—Es tan serio y tan dulce...

—¡Y MIRA lo que ha hecho con el coche! Sabe usar las manos.

—¿Por qué no me dejas en paz? Te quiero, pero ¿por qué no me dejas en paz? Voy a buscar algo para comer.

Perdita fue a la mesa colocada sobre unos caballetes. El cocinero estaba salteando gambas con cebolla en un *wok*.

Se sirvió dos raciones y encontró una mesa libre. A un lado vio a su padre jugando a las cartas con Autólico y un desconocido.

Zel fue a la mesa con ella. El bulto había desaparecido. Perdita le pasó un plato de comida y sonrió. A él le gustó; una chica que come y que sonrío. No era nada tímida.

—¿Crees que tienes algún control sobre tu vida? —preguntó ella.

Zel pensó que era una pregunta difícil, a juzgar por su excursión al baño. Estaba a punto de decirle que le gustaba su vestido. Perdita comía con gracia

y descuido: él no sabía cómo se las arreglaba para combinar ambas cosas, pero incluso tenía elegancia cuando se le resbalaban los fideos.

«Sigue así —pensó—, sigue siempre así. Y deja que me quede».

—Depende de si crees en el libre albedrío o en el destino. Déjame ver tus manos: las dos; me sentaré a tu lado.

Era una buena excusa para notar la fuerte longitud del muslo de ella contra la fuerte longitud del suyo.

—¿Sabes leer las líneas de la mano?

—Mi madre sí..., sus antepasados eran esclavos en las plantaciones; el conocimiento pasaba de madres a hijas de generación en generación. Mi madre sabe un poco de vudú.

Perdita le dio la mano izquierda. Zel pasó el dedo por la palma.

—Esto es un mapa hecho de piel. ¿Ves esta línea que corre hasta tu muñeca? Es tu línea de la vida. Y es rara.

—¿Qué? ¿Por qué es rara?

—Al principio de la línea, aquí, hay un corte, ¿lo ves? Un corte completo: como si estuvieses muerta, aunque obviamente no lo estás. Y aquí hay otra línea, como otra vida que oscureciese la verdadera y se junta con la línea principal aquí, como una vía de ferrocarril en desuso.

—Es mi otra vida —dijo Perdita—. Soy adoptada.

—Oh..., lo siento, disculpa, no quería...

—No tienes por qué disculparte. Soy adoptada. ¿Y qué?

—¿Te gustaría encontrar a tus verdaderos padres?

—¿En qué sentido serían mis padres? Quiero decir, ¿quién es tu padre, el que te proporciona la materia básica de la vida o la persona que te cría? Quiero a Shep. Él es mi padre.

Zel asintió.

—Mi padre es mi padre, pero no lo conozco. Podría ser el padre de cualquiera. Yo podría ser hijo de cualquiera.

—¿Y tu madre?

—Es buena. Hizo lo que pudo.

—Mi madre murió. Por eso tuvieron que adoptarme.

—Lo siento mucho.

—¿No puedes dejar de decir que lo sientes?

Le puso el dedo en los labios. Luego se inclinó y besó a Zel. No era al primer chico al que besaba, pero se lo pareció. Sabía a gambas y a lima. Él le tocó el pelo con delicadeza, como si estuviese dormida y no quisiera despertarla. No quería que aquel sueño acabara.

A veces da igual que haya habido un tiempo antes de este tiempo. A veces da igual que sea de noche o de día, o ahora o entonces. A veces basta con estar dónde estás. No es que el tiempo se detenga o que no haya empezado. Este es el tiempo. Estás aquí. Este momento capturado se abre a una vida entera.

—Me alegra ver que los jóvenes estáis pasándolo bien —dijo Autólico al acercarse a su mesa y tomar asiento.

Perdita miró a Shep, que seguía jugando a las cartas. Autólico movió tristemente la cabeza.

—Su padre es muy buen jugador. He dejado la partida.

—¿Qué has perdido esta vez? —preguntó Zel.

—Pareces mi madre. No te preocupes. La vida es un juego de azar. ¿Vas a presentarme?

—Soy Perdita.

—Es un placer conocerte, Perdita. Yo soy Autólico, Zel me ha hablado mucho de ti.

—¡No es cierto! Nunca te he hablado de ella.

—Por eso sabía que ibas en serio.

—Estábamos hablando del libre albedrío —dijo Perdita—. ¿Usted cree en el libre albedrío?

—En teoría sí, pero la idea se inventó antes de que se inventase la idea que hace que el libre albedrío sea una imposibilidad..., como el sexo.

—¿Qué tiene de imposible el sexo?

—Eres demasiado joven para saberlo..., ciñámonos al asunto.

—Quien ha empezado a hablar del sexo es usted.

—Es lo que pasa cuando un viejo se sienta al lado de una jovencita tan guapa..., pero no te preocupes.

—No se preocupa —dijo Zel.

—Gracias, sé defenderme sola —dijo Perdita.

Autólico seguía asintiendo con la cabeza como un gato chino de la suerte.

—¡Muy bien! ¡Me encantan las mujeres capaces de defenderse solas! Y por volver a lo que hablábamos... Te diré que, en mi opinión, el libre mercado hace imposible el libre albedrío. Si tengo que comerciar contigo, Perdita, con un descuento desventajoso para mí, ¿dónde queda mi libre albedrío? Y si tengo que comprarle a ti, Zel, porque es un monopolio disfrazado de empresa privada, ¿dónde queda entonces mi libre albedrío?

—Mi padre me regaló *Walden*, ¿conoce el libro de Thoreau? —respondió Perdita—. Puedes salirte del sistema. Vivir a tu manera.

Autólico se encogió de hombros.

—¿Qué fue lo que no dijo Jesús? Que los ricos siempre estarán contigo. Apártate del mundo y encuentra una isla donde puedas vivir a base de lechuga, y algún capitalista experto en riesgos financiará un servicio de aerotaxi y construirá un balneario que ofrecerá una cura a base de la lechuga más exclusiva del mundo.

—¿No es usted un hombre de negocios? —preguntó Perdita.

Autólico negó con la cabeza.

—Soy demasiado honrado para ser un hombre de negocios. Me considero solo un timador.

Shep se acercó a la mesa con un hombre alto a quien Perdita no conocía.

—¿Quiere unirse a la última partida? —le preguntó Shep a Autólico.

—¿Cuánto más puede arriesgar un hombre pobre?

—Lo que uno arriesga revela lo que vale —dijo el desconocido que estaba detrás de Zel.

Zel se volvió y se puso en pie al mismo tiempo. La dulzura de su rostro se congeló como si estuviese mirando a la Medusa.

—¡Papá!

—Hola, Zel. Autólico me dijo que estarías aquí. He pasado a recoger un coche y se me ha ocurrido acompañarle. No quiero interrumpir. Hacía mucho que no te veía.

—Catorce meses —dijo Zel. Estaba temblando de rabia y confusión, y confió en que nadie lo notase. Cada vez que veía a su padre le pasaba lo mismo. Su cuerpo se tensaba, la mente se le quedaba en blanco y, aunque su

padre era educado y sencillo, Zel no sabía qué decir. *Vete. Vete. Vete.*

Xeno miró a Zel como si estuviese contratando a un modelo.

—Tienes buen aspecto..., aunque llevas la camisa manchada de aceite.

Zel se ruborizó, quería borrar a su padre de la existencia.

Xeno sonrió a Perdita. Era más alto que su hijo. De rasgos agradables y ojos grises. Llevaba la mata de cabello entrecano peinada hacia atrás como una estrella de cine. Era atractivo y lo sabía. Llevaba un traje azul oscuro hecho a medida, zapatos Oxford de gamuza azul y una camiseta rosa de cuello de pico. Le tendió la mano a Perdita.

—Soy Xeno, el padre de Zel.

—Parece usted británico —dijo Perdita.

—Lo soy. Zel es norteamericano por parte de madre. Y se crio aquí.

—Soy Perdita —dijo Perdita. Le estrechó la mano. Xeno la retuvo. Zel habría dado cualquier cosa por tener un cuchillo.

El grupo de música empezó un tema de Jackson Browne.

«People stay just a little bit longer...».

—*STAY* —dijo Xeno—. Es una de mis canciones favoritas desde hace mucho tiempo. En una vida anterior. Antes de que nacieras. ¿Te apetece bailar?

Perdita dudó, luego sonrió y asintió y fue con Xeno a la pista de baile.

Zel se quedó como si lo hubiesen rociado con agua helada y metido en el refrigerador. No podía moverse y no habló.

—Bueno, bueno —dijo Autólico—. La vida familiar siempre está llena de sorpresas.

Xeno era buen bailarín.

Se mueve como si estuviese hecho de agua, pensó Perdita.

No intentó darle conversación. Se limitaron a bailar como bailan los que saben bailar.

Tenía la misma sonrisa vaga y tímida de Zel, pero su cara traslucía una interioridad que Zel no tenía. Él parecía estar en otro sitio, aunque no por falta de atención, sino por una especie de desapego.

Los demás bailarines les hicieron sitio porque daba gusto verlos. Perdita se divertía. Xeno se quedaba atrás, dejando que se contonease mientras la

sujetaba. Se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Estás totalmente a salvo conmigo: soy gay.

Fuera, al borde de la pista de baile, donde siempre tenía la sensación de estar, Zel los observaba. Estaba allí, era una columna inmóvil de desdicha que no podía apartar y una vara de ira que no podía expresar. No quería que Xenó bailara con Perdita. Al mismo tiempo quería que su padre bailara con él en otra pista de baile, donde tenía un padre y donde su padre tenía un hijo.

Perdita intuía cierta duplicidad en Xenó. La parte superior de su cuerpo era educada y complaciente. La hacía girar, le tendía la mano, tiraba de ella, bailaba hacia atrás, no hacia delante; en cambio, sus caderas eran de agua que avanzaba.

Era sí y no al mismo tiempo.

La música cesó. Xenó apoyó la mano en la parte baja de la espalda de Perdita y la llevó hacia el bar. Pidió un Woodford Reserve doble. El camarero no preguntó a Perdita lo que quería: se limitó a servirle un zumo de lima fresca y un vaso de agua.

Xenó se echó el *bourbon* al gáznate como si se tragara una ostra.

—¿Desde cuándo conoces a mi hijo?

—No mucho. Viene a veces por el bar.

—Yo también venía, hace años, antes de que tu familia se quedara con el traspaso. En aquellos tiempos tenía cierta fama.

—¿Fama de qué?

—Da igual. Los tiempos cambian. O eso creemos. Pero, si los tiempos cambian, ¿cambia la gente?

—No sé a qué se refiere...

—No importa. Es una larga historia. Me paso el tiempo pensando en el tiempo..., y en parte es porque me hago viejo. No me malinterpretes..., no echo de menos la juventud perdida. No quiero recuperar nada de eso. Ni la furgoneta, ni el perro, ni los libros, ni las chicas, ni los chicos, ni a Leo.

—¿Quién es Leo?

—Un león al que conocí.

Perdita tuvo la sensación de que los ojos grises como imanes de Xenó eran imanes. La sujetaba sin tocarla.

—Pienso en el tiempo porque no lo entiendo: en eso somos iguales, tú y

yo, solo que tú no tienes por qué entenderlo porque no crees que se terminará. ¿No te parece raro que creamos que somos inmortales hasta que dejamos de serlo?

El camarero volvió y llenó el vaso de Xeno. Él lo levantó para brindar por Perdita y apuró el *whisky* como si él fuese Tristán y ella Isolda.

—La vejez llega de pronto. Es como nadar en el mar y comprender que la orilla hacia la que nadas no es la misma de la que saliste.

—¿De dónde salió usted?

—De un gélido internado para chicos, en Inglaterra. Me gustaba nadar porque el agua estaba tan fría que no sentía nada más.

—Yo tengo la sensación de estar hecha de sensaciones.

Xeno le sonrió. Le parecía reconocer algo en ella. Pero eso era imposible.

Levantó la mano con una autoridad natural. El camarero le volvió a llenar el vaso.

—¿Te gusta Zel?

—Sí.

Xeno movió la cabeza.

Luego ella preguntó:

—¿Y a usted?

Xeno apuró la copa. Le puso la mano en el hombro y volvieron a la mesa.

Zel no estaba allí. Clo parecía el gato que se ha comido la nata, los arenques, la mantequilla de cacahuete, los filetes de pollo y las raciones para toda una vida de lentos ratones genéticamente modificados.

—¡Hola, hola, hola! —dijo—. ¡Hola! ¿Quién quiere jugar una partida? — Barajaba las cartas como un mago, pasándoselas de una mano a otra, de atrás adelante, igual que si fuesen los pliegues de cuero de un acordeón.

—He recuperado el Chevy —dijo Clo.

—¿Cómo? —exclamó Shep, que había sido quien de verdad había recuperado el Chevy.

Sobre la mesa había una botella de *Maker's Mark* de tamaño familiar, una jarra de hielo y varios vasos. Xeno se sirvió un *bourbon* solo; llenó tanto el vaso que parecía una tía soltera sentada con un té helado.

—Sírvase —le animó Shep.

—Ya he perdido mucho —se explicó Xeno—. Necesito un trago.

—Es mi cumpleaños —dijo Shep—. Esta noche tengo suerte.

—¿No será que la banca siempre gana? —respondió Xeno, apurando el *whisky* de un trago y sirviéndose otro.

—Aquí no hay banca —dijo Shep—. Esto no es una timba en una lavandería.

—Está muy apartado para venir a tomar una copa.

Shep cortó la baraja.

—¿Juega usted o no?

—Sí —repuso Xeno—. Y subo la apuesta. —Puso mil dólares sobre la mesa.

—¡Por Dios y todos los santos! —exclamó Clo.

—Vaya, vaya —dijo Autólico—, yo voy. ¿Modalidad Lowball o Texas Hold'em?

—Yo no voy —dijo Clo.

—¿Puedo jugar? —preguntó Perdita.

—¿Desde cuándo sabes jugar al póquer? —preguntó Clo.

—Desde esta noche. Enséñame. ¿Puedo empezar con diez dólares?

Los hombres rieron. La tensión se relajó.

—Podemos jugar una partida infantil —dijo Shep—. Empezamos con diez, caballeros.

Xeno miró a Perdita.

—El póquer es cuestión de probabilidades. Podría decirse que los jugadores buscan un orden en un universo desordenado.

—¡Oh! Estoy de acuerdo —exclamó Autólico—. Orden/desorden. Desorden/orden. ¿Alguien me echa un poco de *whisky* en estos cubitos de hielo?

—Nadie puede predecir la mano que va a recibir —continuó Xeno—, pero como hay cincuenta y dos cartas en la baraja, puede deducirse la mano de los otros. Si se presta atención. Así que presta atención.

—Deja que te explique cómo jugar en la vida real —dijo Shep—, olvídate de filosofías..., ya he tenido bastante con el DeLorean.

—No hay por qué ofender —dijo Autólico.

Shep no le hizo caso.

—El póquer es un juego de cinco cartas. En esta modalidad tienes dos

cartas personales y cinco comunes, así, y aquí tienes las manos que necesitas para ganar. Una mano son siempre cinco cartas. Tienes la escalera de color, la escalera, las parejas...

Zel volvió a la mesa. Llevaba la camisa empapada, pero el aceite había desaparecido.

—Mi hijo parece haberse metido en la lavadora —dijo Xeno—. ¿Aquí se lavan los trapos sucios?

—¿Está insinuando algo? —preguntó Shep.

—Está borracho —dijo Zel—. Se pasa el día borracho.

Xeno volvió a llenarse el vaso y miró fijamente a su hijo.

—Lo único que digo es que este sitio era de la mafia.

—Ya no —replicó Shep.

Perdita cogió a Zel de la mano.

—Estoy aprendiendo a jugar al póquer. ¿Te animas?

Zel sacó diez dólares de la cartera.

—No sabía que supieras jugar al póquer —observó Xeno.

—¿Qué sabrás tú de mí? —repuso Zel.

—Caballeros... —terció Autólico—. Somos los invitados de una fiesta.

—En realidad, se han invitado ustedes mismos —dijo Shep—, pero como dice la Biblia: «Sé hospitalario con los desconocidos, no vaya a ser que sean ángeles disfrazados».

—Pensaba que eso era de W. B. Yeats —dijo Xeno.

—Si lo fuera, ya sabemos de dónde lo sacó —replicó Shep.

—Vaya partida tan rara —se quejó Autólico—. Tendría que haberme quedado en casa. ¡Clo! Pon los billetes sobre la mesa. Tienes dinero de sobra a costa de la desgracia de un anciano.

Shep repartió las cartas. Fue una partida lenta, era algo más que un simple juego de cartas. Xeno estaba bebiendo; Zel, odiando; Shep, pensando; Autólico, observando; Clo estaba siendo Clo, que era como ser una mesa o una silla, y Perdita, aprendiendo.

Perdita ganó la primera mano. Los hombres aplaudieron.

—¡Muy bien! —exclamó—. Aquí están los cincuenta que he ganado. Doble o nada.

Zel fue el primero en poner cincuenta dólares sobre la mesa.

—Le pago demasiado a este chico —observó Autólico.

—No te preocupes por él. Le envió dinero todos los meses —dijo Xeno.

—No necesito tu dinero. ¿Por qué siempre acabas hablando de dinero?

—Antes negociaba con otras monedas —respondió Xeno—: amor, amistad, confianza, lealtad. Y me sentía bien conmigo mismo. Luego descubrí que no eran más que sentimientos. No significan nada. No amamos a los demás y los demás no nos aman.

—No es verdad —dijo Perdita.

—Eres joven —replicó Xeno—, aún crees en el amor.

—Eso es porque tiene quien la quiera —dijo Shep.

—¿Y cuando no lo tenga? Lee a Oscar Wilde, guapa. Los hombres matan lo que más aman.

—¿Por qué has venido? —preguntó Zel.

—Quería verte.

—¿Y por qué no lo has hecho antes? Has tenido años para verme.

Xeno no respondió.

—Bueno, bueno —dijo Shep—. Vamos a empezar la partida.

Xeno puso el dinero en la mesa. No miró a Zel.

Esta vez los hombres jugaban de verdad.

Perdita ganó la segunda mano. Recogió los doscientos cincuenta dólares y añadió su propia apuesta. Trescientos.

—No voy —dijo Zel.

—Yo cubro tu apuesta —propuso Xeno.

—He dicho que no voy.

—Y yo que cubro tu apuesta.

—Yo no voy —dijo Clo.

—Claro que sí —le amonestó Shep—. Deja el dinero en la mesa y haz lo que te dicen.

—Clo..., ¿recuerdas la historia que te conté esta mañana sobre Edipo? —preguntó Autólico.

—Sí, sí —respondió Clo—. ¿Qué le pasa?

—Estoy revisando mi tesis. Son los padres quienes matan a los hijos.

—¿Y quién mata a las hijas? —preguntó Perdita.

—Todos —respondió Xeno—. Si no te mata el héroe llámese Hamlet,

Otelo, Leontes, Don Giovanni o James Bond... seguirás siendo el sacrificio para su alma.

—¿Todo el mundo sabe de lo que habla menos yo? —preguntó Clo.

—Cuando está borracho se cree interesante —dijo Zel.

—Mi mejor amigo se apostó conmigo a su mujer —dijo Xeno.

—¿Y jugaron? —dijo Shep.

—No. Pero perdimos los dos.

Había cuatro mil dólares sobre la mesa. Autólico jugó su baza. Escalera de color.

—Gracias, caballeros, y gracias a la señorita.

—Bueno, bueno, bueno..., quédense conmigo —dijo Shep.

—Más me vale retirarme cuando voy ganando. —Autólico se levantó y guardó el dinero en la cartera.

—Se le ha caído esto. —Perdita le tendió una carta que había en la silla. Shep la cogió.

—No es de nuestra baraja.

Xeno se recostó en el asiento con las manos en la nuca.

—El cazador cazado. A la banca no le gusta que se hagan trampas a no ser que sea ella quien las haga.

—Esto no es una banca —dijo Shep volviéndose hacia Xeno.

—¿Ah, no? ¿Qué vendes aquí, Shep? ¿Drogas? ¿Mujeres? ¿Menores? ¿Chicos? No, chicos no o me habría enterado.

—¿Es que has perdido el juicio? —dijo Zel.

—Creo que es hora de que se vaya —dijo Shep.

Xeno no se movió. Sus largos dedos eran como patas de araña. Perdita pensó que los subía y bajaba como una araña que trepara por el vaso de *bourbon*.

—Este local era de la mafia cuando pagó usted el traspaso. En esa época yo estaba al tanto de cuanto pasaba en la ciudad. En aquel entonces vivía aquí. Sé algunas cosas.

Shep estaba haciendo un esfuerzo por contener la ira.

—Sí, era un local de la mafia. Yo lo compré.

—Nadie compra nada a la mafia.

—Eso es verdad —dijo Autólico.

—Tú, calla —dijo Clo—. Perdita..., ¿quieres dejarnos un momento?

—No.

—He dicho que nos dejes un momento.

—¿No quiere que se entere de cómo dirige su padre el negocio? No se le compra a una hija un collar como ese vendiendo platos de sopa de pescado y tocando grandes éxitos los viernes.

—Este collar era de mi madre —dijo Perdita.

—Su madre murió —añadió Zel—. Eres un maleducado, borracho, egocéntrico y estúpido.

Clo se puso en pie. Era tan alto como su padre y dos veces más corpulento.

—Ya está bien, juerguista, o comoquiera que se llame. Tiene suerte. Si este local fuese de la mafia, mañana tendría una bala en la cabeza.

—Como Tony Gonzales —repuso Xenó.

Silencio.

—Tony... Gonzales... —dijo Autólico—. Caramba. Ha llovido mucho.

—¿Quién es Tony Gonzales?

—Fue antes de que tú nacieras —respondió Autólico.

—*Antes de que ella naciera* —repitió Shep, en voz baja.

—Compré aquel cacharro, era una parte de la historia local, ya sabe.

—¿Qué cacharro? —preguntó Clo.

—Quienesquiera que disparasen a aquel tipo..., nunca los pillaron, ¿verdad?

—Nunca los pillaron —respondió Xenó.

—Se largaron en el BMW que había alquilado el mexicano y chocaron contra la parte trasera debajo del puente Bear. La inundación esa noche fue como un regalo de Dios.

—*Como un regalo de Dios* —repitió Shep, en voz baja y mecánica.

—Me llamaron para que fuese a recogerlo..., en esos días compraba mucha chatarra. Para pagar las facturas. La pistola con la que dispararon al mexicano todavía estaba en el coche cuando llegué, la policía no supo por qué faltaba una bala. De las seis del tambor había dos en el mexicano y tres

en el revólver.

—Debieron de disparar y fallar —dijo Clo.

—Sí, tal vez. Hubo un testigo..., un celador: salía del hospital, dijo que vio un coche con un neumático reventado y a dos tipos cambiando la rueda bajo la lluvia como en una película de cine negro pasada por agua. Pero tampoco los encontraron. Dios mío, sí, ya me acuerdo. Lo dieron varios días en las noticias.

Xeno se sirvió lo que quedaba de la botella.

—Tony Gonzales había venido a buscarme a mí.

Silencio.

—¿Ese tipo le llevaba el dinero y el...? —Clo había empezado a hablar y luego se calló. Shep se había puesto en pie. Se tambaleaba un poco. Su rostro se había contraído y parecía querer decir algo que no decía e intentar apartarse de la mesa que no se movía o era su cuerpo el que no se movía. Se movía y hablaba/sin moverse/sin hablar.

—¿Papá?

Shep se desplomó como un mundo que se desploma.

—¿Papá? ¡Papá! —Clo le dio palmaditas en la cara. La gente se arremolinaba a su alrededor—. ¡Llamen a una ambulancia! ¡LLAMEN A UNA AMBULANCIA!

Y la noche transcurrió como transcurren ciertos días y ciertas noches: ciertos días y ciertas noches que secuestran el tiempo. Ciertos días y ciertas noches en que asaltan al coche de camino a casa y disparan al conductor y a los pasajeros y dejan el desastre bajo la lluvia.

Estabas moviéndote a través de tus días y tus noches cuando llegó la llamada. Estabas pensando en la cena y en acostarte. No pensabas en la muerte ni en la pérdida. Y ahora hay una inundación y estás intentando llegar allí antes de que sea demasiado tarde, pero ya es demasiado tarde porque el tiempo en que había tiempo suficiente ya ha pasado. No sabes cuánto falta hasta la mañana y en el hospital las manecillas del reloj se arrastran como un insecto que recorre el mismo cristal hasta que muere.

El tubo de goma del dedo está unido al monitor del corazón. La

maskarilla de la cara le proporciona oxígeno de una bombona. Tiene los ojos cerrados. Todavía parece él, aunque tiene los ojos cerrados. Luego llegan para llevarse la cama por el pasillo de linóleo y al sótano para hacerle una resonancia magnética y para ellos es una noche de trabajo y después se irán a casa a dormir, pero tú no.

¿Qué escribieron en la cama con un rotulador borrable? El nombre del médico de guardia y la hora de admisión y nada por vía oral. Sonaba como una isla lejana.

¿Adónde te has ido?

Ella se inclinó sobre él y lo besó. En la boca. Sus labios estaban secos y salados e inertes. No era un cuento de hadas. El amor no podía despertarlo.

Dos sillas duras con tapicería de vinilo amontonadas asiento sobre asiento. Una manta azul muy fina que olía a desinfectante. El sueño al lado de la alta cama blanca y de sus barandillas metálicas de seguridad. El sueño bajo el parpadeante monitor de su vida. Más allá de la cápsula de la habitación están las luces brillantes del mostrador de las enfermeras y los neones de las noches hospitalarias. Pero aquí está la lámpara baja que ilumina su cara y el verde, rojo y azul del monitor y fuera, al otro lado de la ventana, la incesante procesión de cientos de coches, todos volviendo a casa, no como tú. Todavía parte del tiempo. No como tú.

Las largas vigiliass nocturnas.

Te quiero y no puedo hacer nada.

Clo estaba sentado con gesto ausente delante del televisor apagado cuando Perdita volvió a casa del hospital. Estaban haciéndole más pruebas. Le habían dicho que se fuese a casa a descansar.

Entró en su pequeña habitación donde el sol proyectaba rombos de luz en el suelo limpio. Todo parecía igual y nada era igual. La ilusión de los objetos.

Al principio durmió inquieta, luego profundamente. Era ya de noche cuando despertó. Se duchó y se cambió, unos tejanos y una sudadera, y fue al piso de abajo.

Clo estaba recogiendo las cosas de la noche anterior. La vio y sonrió.

—¿Quieres comer? Ayer sobraron un montón de gambas, así que he hecho una crema de marisco.

Se sentaron en silencio a la mesa. Clo no dejó de observarla mientras comía. No había probado bocado en todo el día y estaba hambrienta. Cuando terminó, lo miró a la cara. Él apartó la mirada.

—¿Clo? Hay cosas que no sé, ¿verdad?

—Pregunta a papá.

—No puedo preguntarle a papá. Sea lo que sea lo que ocurrió anoche, papá sufrió un ataque y está en el hospital. ¿Qué pasó?

—No estoy preparado para esto.

—Solo dímelo.

—Papá iba a contártelo cuando cumplieras los dieciocho.

—¡Tengo que saberlo!

Clo se puso en pie despacio, haciendo fuerza con los muslos como un levantador de pesos.

—Dame un minuto, ¿vale?

Salió del comedor mientras Perdita recogía los platos. Se le cayó un cuenco y se rompió. Al agacharse para recoger los pedazos, tiró un vaso de la mesa.

Clo volvió con un enorme maletín cuadrado y un archivador de cartón.

—Deja que recoja yo. Saldrá más barato.

Le sonrió tratando de ayudarla, pero ella tenía la mirada fija en el maletín. Clo infló las mejillas, soltó todo el aire con un hondo suspiro y dejó el maletín en la mesa.

Perdita sintió miedo. Miedo de los cierres oxidados. Miedo del cuero feo como nuevo.

Clo empezó con el archivador. Dentro había recortes de periódico, descargas de internet, fotos borrosas de oscuridad e inundación.

—Recogí todo esto entonces y a lo largo de los meses posteriores. Pensaba que me detendrían.

Perdita revolvió los recortes. Puentes, coches de policía, informes meteorológicos, noticias de primera plana, vidas rotas.

—¿Matasteis... papá y tú... a...?

—¡NO! ¿Acaso parezco un asesino? No. Intentamos ayudar al tal

Gonzales. Estábamos en el coche. Íbamos camino de casa. Vimos que habían asaltado a un coche. Corrimos a ayudarlo. Pero era demasiado tarde. Se golpeó la cabeza al caer. Tengo que decir que no sabíamos que le habían disparado. De hecho, no me consta que le disparasen. Pero estaba muerto. Papá no quiso esperar a la poli. Ya sabes que no se fía de ellos. Pensó que nos colgarían el muerto. Somos negros, Dios santo.

Perdita seguía revolviendo los recortes.

—¿Erais los hombres a los que buscaba la policía?

Clo asintió; se sujetaba a la mesa con la mano.

—Por lo más sagrado, que tuve miedo. Éramos los tipos sin identificar que iban en el coche sin identificar.

Más o menos una semana después del homicidio, en las noticias de la televisión se anunció la búsqueda de un bebé que había viajado con Tony Gonzales desde Londres. Habían desaparecido medio millón de dólares y una niña conocida solo como Bebé M.

Por lo que han contado los padres de la niña, la policía cree que Bebé M. iba a ser entregada a un amigo íntimo de la familia, que no ha sido localizado.

Una enfermera del hospital, Anna Conchitas, confirmó que el señor Gonzales había llevado el bebé al hospital de Santa María la madrugada del domingo y que el bebé gozaba de buena salud y no había nada extraño. La señora Conchitas fue la última persona que vio al señor Gonzales y al Bebé M. La policía confirmó que en el asiento trasero del coche había leche para bebés y pañales. El señor Gonzales había dejado su equipaje en el hotel, un indicio de que tenía intención de volver.

—Sí, eso decía el informe. Nunca se lo enseñé a papá. No sé cuánto sabía en realidad. No veía las noticias. No quería hablar del asunto. Una vez decidió quedarse contigo, ya no quiso saber nada. Te ocultó unos meses en casa. Luego nos mudamos a un piso de alquiler en las afueras. La gente supuso que yo era el padre, otro negro sin trabajo y con una niña, y que Shep era el abuelo, que frecuentaba la iglesia y que intentaba hacer lo que creía justo. Blancos mojigatos que se molían a palos con las cortinas echadas pero despreciaban a las familias negras..., la historia de siempre. Después compró

el local.

—¿Con el dinero?

—Sí, con el dinero del maletín y con lo que le dieron por su piso. Era un buen apartamento. Mi madre tenía un seguro y cuando murió lo usamos para cancelar la hipoteca.

—¿Qué quiso decir Xenó con lo de la mafia?

—Estaba borracho y no decía más que tonterías. ¡No somos de la mafia! ¿Alguna vez has visto por aquí a alguien con pinta de mafioso?

—¿Estaba yo en el coche?

—No, en el coche no. El tal Gonzales debió de intuir que se había metido en un lío. Te dejó en otro sitio..., dedujimos que su intención era volver a buscarte.

—¿Dónde me dejó?

Clo pareció incómodo.

—Paramos en el hospital para arreglar la rueda en un sitio apartado: con la lluvia no me veía ni las manos. Papá te encontró.

—¿DÓNDE?

—En el hospital había un torno para bebés.

—¿Como el de HollyPollyMolly en Cantón?

—Exacto. ¿Estás bien?

Perdita se había sentado.

—Sigue hablando —dijo, porque temió que si paraba no tendría valor para volver a empezar y ella tampoco tendría valor para escucharle.

—El torno siguió allí unos años. Luego, la mayoría moral, quienquiera que sea, consiguió que lo quitaran. Da igual. Papá supo desde el principio que todo aquel lío estaba relacionado: el bebé, o sea, tú, el hombre de negocios, el asalto al coche... pero no sabía cómo. Tuvo una corazonada. Yo pensaba que se había vuelto loco. Pero no. Sin embargo, hasta dos semanas después no se conocieron los detalles de la historia. El tal Xenó, por fin lo encontraron, estaba en París. Anoche no lo reconocí..., solo había visto una foto y fue hace mucho tiempo. Está ahí, en algún sitio. Tenía uno de esos nombres extranjeros tan largos: Políxenes, o Polixeno..., griego, brasileño o tal vez argentino, era moreno y llevaba barba... ¿Quieres buscar la foto?

Perdita negó con la cabeza.

—Ahora no.

—En aquel momento deberíamos haber ido al Departamento de Policía de Nueva Bohemia y haberte devuelto junto con el dinero. El dinero también estaba en el torno..., en ese maletín. —Los gruesos pulgares de Clo hicieron saltar los cierres. La tapa se abrió por las bisagras—. Vamos..., mira dentro.

Dentro había diez billetes de cien dólares.

—¡Mira! Imagino que papá debió de dejarlos para que los vieras. Eran todos así, de cien dólares. Sí. Amontonados como en una película. Y las joyas. Como en un cuento de hadas.

—¿Por qué no fuisteis a la policía...? ¿Por el dinero?

—¡No! ¡Por ti! Nunca he visto a nadie tan enamorado de una niña como papá lo estaba de ti. Su razonamiento era: si te habían abandonado, ¿por qué íbamos a devolverte? Pensaba que tal vez te enviaran a un orfanato. Creía que eras un regalo de Dios. ¿Y quién puede decir lo contrario?

Perdita recogió los billetes como si fuesen cartas dirigidas a ella.

—A mí me preocupaba que tuviéramos problemas. Así que te inscribimos legalmente en el registro: encontramos a una mujer que necesitaba dinero y que aceptó inscribirse como tu madre y declarar que Shep era el padre. No supo nada. Ni le importó. Para ella fue solo cuestión de dinero. Cambiamos tu fecha de nacimiento. Por eso tienes pasaporte, certificado de nacimiento, seguridad social y todo.

—¿Qué edad tengo?

—Unos tres meses más de lo que crees.

Perdita se sentó en el sofá. Clo se acercó, se sentó con ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Sigues siendo mi hermanita.

—¿Sí?

—Mala suerte, sí..., siempre serás mi hermana. Escucha. No soy muy listo, ya lo sabes. —Le dio un codazo—. Vamos, sé sincera..., hoy toca ser sinceros. Muy bien, me faltan unos cuantos tubos de neón para ser brillante. —Perdita reía y lloraba a la vez. Clo la abrazó con fuerza contra su hombro y su pecho. Olía a jabón y a colonia—. Pero veo lo evidente. Hay familias

desdichadas en todas partes. El padre se larga o la madre está enganchada a las pastillas o le engaña. Los niños odian a todo el mundo y se van de casa en cuanto pueden mantenerse. Somos tu familia porque queremos serlo. Si hubiesen encontrado a papá lo habrían detenido. Ya ves cuánto te quería.

Perdita se enjugó la cara en la camiseta de Clo.

—¿Me llevas al taller?

—¿A la tienda de Autólico? ¿Para qué?

—Quiero ver a Zel.

Clo pareció incómodo, pero fue a por su chaqueta y las llaves. En el coche, con la radio encendida y mientras los dos miraban hacia delante, porque a veces es más fácil decir las cosas cuando miras hacia delante, le dijo:

—Lo de papá y tú..., hablaba en serio. Fue amor a primera vista, él y tú. Lo curaste.

—¿Lo curé?

—Cuando murió mamá, se le partió el corazón. Tú curaste su corazón.

Clo alargó el brazo y le cogió la mano. Siguieron así, sin hablar, viajando por partes de su pasado, hasta que las luces de la ciudad les hicieron aminorar la velocidad e internarse en la noche que había caído ya.

Autólico estaba puliendo un coche. Fue hacia Clo, le tendió una mano y puso la otra sobre el hombro de Perdita. No dijo nada. No le hizo falta.

Zel salió de debajo de un Ford modelo T.

Extendió las manos y miró al suelo cuando dijo:

—Lo siento.

—Tengo que ver a Xenó —dijo Perdita.

Noticias del tiempo

La casa era sombría y estaba apartada de la carretera.

El claro de luna iluminaba una glicinia a la que habían obligado a crecer por la pared de ladrillo y que hacía mucho se había extendido hacia los balcones de hierro. Algunas de las ventanas estaban cerradas. La pintura de la puerta principal se había ablandado y dejado derrotar por el aire cálido y húmedo. Hacía mucho que no se barrían los anchos y empinados escalones de la puerta.

Parecía sacada de un cuento.

Zel abrió la reja maciza que protegía la entrada. Siguieron en coche por la gravilla.

¿Vive alguien aquí?

Él vive aquí.

Zel llevó a Perdita al otro lado del edificio. Los muros de ladrillo estaban húmedos. El jardín había crecido más de la cuenta. La naturaleza contra nosotros. El esfuerzo constante de ser humano. La constante preocupación de ser humano.

Zel condujo a Perdita de la mano por unos escalones resbaladizos, invadidos por los helechos, que llevaban a lo que una vez fue la antigua cocina. Ahora era un trastero. Metió la mano en una rejilla y sacó una llave muy grande, como al principio de *Barbazul*.

Zel abrió la puerta. Oyeron escurrirse a algún animalillo.

—¿Te dan miedo los ratones?

No, no le daban miedo.

—La luz está ahí.

Se oye el chasquido del interruptor. Nada.

Zel cogió a Perdita de la mano y la llevó despacio, a trompicones, por un tramo de estrechas escaleras de servicio que llevaba a un gran salón. Levantó sobre su cabeza el móvil, que emitía una luz tenue y difusa. Perdita vio sombras y puertas en profundos huecos. Una escalera ancha e imponente. Esa casa había sido una gran mansión.

—Probemos en la biblioteca —dijo Zel, abriendo un par de puertas de palo rosa taraceadas.

Olía a cerrado y a polvo. Las persianas estaban bajadas. Sobre la repisa de la chimenea había dos grandes cirios. Zel los encendió. Mejor. Al menos podían ver.

Perdita sintió un escalofrío. La casa tenía ese frío que sobreviene cuando se van las personas.

—Encenderé el fuego.

Zel se arrodilló; había todo lo necesario, como si alguna vez, en otro tiempo, alguien hubiese querido encender la chimenea y se hubiese entretenido cortando ramas y troncos.

La enorme sala tenía dos paredes forradas de libros desde el suelo hasta el techo. Libros antiguos, caros: historia natural, ciencia, arquitectura, biografía. Enfrente de la chimenea polvorienta había dos blandos sillones de cuero rozados por el uso.

—Le encantan los libros —dijo Perdita.

—Sí. Cuando acabas un libro, puedes descartarlo y no te pide volver a verte.

Perdita fue hasta la alta ventana que estaba cerrada y con rejas. Levantó el pestillo y lo hizo girar un poco para abrir la persiana y que entrara un poco de luz del cielo. En esa época del año, el cielo estaba luminoso toda la noche.

Las persianas tenían las bisagras bien engrasadas y se plegaron en el hueco original de palo rosa, que se remontaba a los días coloniales de la casa. Perdita pasó la mano por la madera suave, preguntándose cuántas manos habrían abierto y cerrado esas persianas, indiferentes o desesperadas porque

había llegado otra noche, o felices con la llegada del día.

Le gustaban las casas viejas. Como ella no tenía historia, le atraía la historia de los demás.

—¿Cuánto tiempo tiene esta casa?

—Es francesa. Así que es vieja.

El fuego había prendido y las llamas llenaron la sala de una súbita luz y de un calor incipiente.

Perdita se acurrucó junto a la chimenea.

—¿Qué te hace pensar que está aquí?

—Lo está. —Zel se arrodilló a su lado—. Si no hubiese ido al bar, nada de esto habría pasado.

—Algo habría pasado.

—Ahora hablas como él.

—Zel, haz memoria..., ¿qué sucedió realmente?

Zel negó con la cabeza.

—En realidad no me acuerdo. Estuvo por casa, yendo y viniendo, pero cercano, hasta que tuve unos ocho años. Luego dejamos de verlo. Pagaba las facturas, pero nunca estaba. Como si hubiese muerto; tenía un padre y de pronto ya no lo tuve.

—¿Significa eso que os dejó más o menos por la época del asesinato, el dinero y el bebé?

Zel asintió.

—Supongo que sí. Mamá no dijo nada..., nada. Luego ella y yo nos mudamos a Nueva York.

—¿Recuerdas el asesinato del que hablaban la otra noche? ¿Tony Gonzales?

—No, yo era un niño. Lo único que recuerdo es que nos mudamos, al principio venía aquí en vacaciones, durante un par de años, creo, y después la casa se fue volviendo más y más decadente: sin ama de llaves, sin mantenimiento. Luego, un día, llegué al aeropuerto (yo tendría unos once años) y él no vino a recibirme. Estuve todo el día esperando; no acudió. Por fin, llamé a mamá, que consiguió que me colaran en el último vuelo para Nueva York.

—¿Qué sucedió?

—Nada. No volví a verlo hasta que empecé la universidad en Saint Louis. Me compró una motocicleta y le pegó una nota al sillín que decía: «NO TE MATES. PAPÁ».

—¿Nunca te llevó con él a Inglaterra?

—Sí. De niño..., antes de que las cosas se torcieran. Y también venían a vernos.

—¿Quiénes?

—Su mejor amigo..., el tío León. MiMi, que era su mujer, y Milo: Milo era su hijo, y tenía mi edad. Todos venían aquí, a esta casa, y mamá y yo también veníamos, y dos veces fui a Londres, aunque no recuerdo gran cosa. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que quizá seas mi hermano —dijo Perdita.

Zel se puso en pie. Echó a correr. No podía respirar. Sudaba. El pecho le dolía como si alguien le hubiera lanzado un ladrillo. Ella era su nuevo mundo, no su mundo antiguo. Era tierra a la vista. Era la elasticidad y la posibilidad del tiempo. Y él la había besado. Y quería seguir besándola. Odiaba a su padre.

Perdita lo siguió al enorme y sombrío salón, débilmente iluminado por el fuego y los cirios de la biblioteca. Oyó sus botas fuera corriendo por la gravilla. No sintió nada, en ese momento, ni miedo, ni tristeza, ni sorpresa, ni la necesidad de actuar. Lo que sentía, o más bien lo que observaba —porque tenía la curiosa sensación de ser un avatar y de que aquel no era su cuerpo— era una sensación de inevitabilidad. Había llegado a eso. Estaba llegando a eso. Esta era su coordenada en el tiempo.

Y luego se encendieron las luces del salón. La enorme araña del techo se iluminó como al inicio de un baile. Música. En el piso de arriba.

«Laugh about it, shout about it, when you've got to choose. Every way you look at this you lose...».

Perdita se quedó al pie de las escaleras, delante de los anchos escalones de caoba, lo bastante anchos para que subiesen tres personas a la vez. La escalera se bifurcaba en el primer rellano y daba a un ancho pasillo a cada lado.

Perdita subió hasta el primer rellano.

«It's a little secret, just the Robinsons' affair. Most of all you've got to hide it from the kids...».

Todas las puertas estaban abiertas: dormitorios silenciosos en los que no dormía nadie. A la izquierda había otra escalera, más corta, más estrecha, que llevaba a lo que debieron de ser en otro tiempo las habitaciones de los criados.

La música sonaba muy fuerte. La puerta al final de las escaleras estaba abierta.

Perdita subió y se plantó en el umbral.

La habitación era enorme: un ático despejado que ocupaba toda la planta. El espacio estaba amueblado en tonos rosas y azules, con alfombras, lámparas, cuadros, sofás. Una enorme claraboya en el techo dejaba pasar la luz de las estrellas.

Había una larga y pálida mesa de haya con un equipo informático. Una pantalla cubría totalmente una pared.

¿Es eso París?

Es París, devastada por ángeles caídos.

Xeno dejó de mirar el ordenador. Se puso en pie. Llevaba unos tejanos perfectamente desteñidos y una camiseta blanca nueva. Iba descalzo. Sobre el escritorio, había una botella de Woodford Reserve. Se la ofreció a Perdita, que negó con la cabeza. Xeno se sirvió una copa.

—¿Cómo está tu padre?

—Estable.

Xeno asintió. Aquella joven lo fascinaba. Ella no tenía miedo y

comprendió que él sí la temía.

Xeno bebió un trago.

—¿No te gustarán los videojuegos? A las mujeres no suelen gustaros. No os resultan atractivos, porque se diseñan sin pensar en vosotras..., es como los coches, excepto esos coches pequeños y sin potencia. Nunca lo he entendido. —Xeno se volvió hacia la pantalla y pulsó *play*. Un avatar de sí mismo estaba en una calle vacía donde llovían plumas.

—¿Qué hace?

—De momento, recoger plumas. ¿Quieres ayudarme? Toma. —Xeno cogió su iPad y fotografió a Perdita. Cargó la foto. Mientras él hablaba, su imagen se convirtió en un avatar y entró en el juego—. Diseño y programo videojuegos. Lo de siempre: choques, explosiones, trols, capas, tesoros. Pero también intento hacer cosas diferentes. ¿Te has fijado en que en el noventa por ciento de los videojuegos salen hombres blancos tatuados con la cabeza rapada que se dedican a golpear a todo el mundo y a conducir coches robados? Es como vivir en un club nocturno gay en una base militar. Este juego, *El hueco del tiempo*, lo he diseñado yo. Empecé a programarlo hace mucho... Antes de que ocurriera.

—Antes de que ocurriera ¿qué?

—El fin del mundo. —Estaba concentrado en la pantalla. Perdita supo que bastaba con dejarle hablar, dejarle jugar e intentar entenderlo. Pensaba que estaba loco, pero si no le seguía la corriente nunca descubriría la verdad—. ¿Hablas francés? —preguntó.

—No.

Xeno se dio la vuelta, estiró las piernas y flexionó los dedos del pie. Eran, largos como los de sus manos, y una vez más ella pensó en una araña, esta vez en una tela que recorría la casa.

Él echó un trago.

—Hubo un poeta francés llamado Gérard de Nerval. En el siglo XIX. Justo antes de suicidarse soñó con un ángel caído atrapado en el minúsculo patio de detrás de las casas viejas donde vivía. El espacio encima del patio donde se alzaban las casas en forma de cuadrado era como un embudo, con un trozo de cielo en lo alto. El ángel se había posado en el tejado de plomo y había resbalado.

»Una vez atrapado en la chimenea, no podía salvarse porque no podía desplegar las alas para salir volando.

»Cuando el ángel quedó atrapado, su cabeza quedó a la altura de los pisos superiores y una niña pequeña iba a hablar con él. Se sentaba en el alféizar, con las rodillas encogidas para protegerse del frío, y le contaba al ángel cuentos que le había contado su madre, muchos cuentos de pérdidas y encuentros, y el ángel la quería. A veces, de noche, la niña llevaba una vela a la ventana y se sentaba con el ángel porque sabía que estaba solo. Pasaron las semanas y el ángel empezó a morir. A medida que moría iba encogiéndose y la niña pasaba de ventana en ventana, zigzagueando por la casa, acercando su cuerpecito a la cabeza caída. Acariciaba su cabeza marchita. Por fin las plumas de sus seis alas empezaron a soltarse del hueso y del cartílago. El ángel estaba disolviéndose en un montón de plumas. Llamó a la niña con una voz que sonaba como una trompeta, y la niña salió al patio por la puerta de atrás. Se hundió en el montón de plumas níveas y el ángel la levantó con sus últimas fuerzas y la posó sobre una cornisa.

»—“Coge las plumas de diamante”, dijo. “Las dos que me nacen de la clavícula”.

»La niña no quería porque sabía que le haría daño.

»—“Cógelas. Guárdatelas. Una es el Vuelo del Amor. La otra es el Vuelo del Tiempo.”.

»La niña tiró de las plumas de diamante, pero no se soltaron.

»—“Coge tu navajita y córtalas por donde se unen con el hueso”, dijo el ángel. “No te preocupes, giraré la cabeza”.

»Y la niña sacó la navajita y cortó las plumas donde se unían al hueso. Las plumas brillaron en la nieve. Y el ángel murió.

»Se formó un gran remolino que atravesó el patio y la niña tuvo que taparse la cara y acurrucarse en el hueco de la ventana, o el viento la habría arrastrado. Y las plumas se elevaron en el aire frío y azul como pájaros que sobrevolaran la ciudad. Sin embargo, las plumas de diamante no emprendieron el vuelo. Eran sólidas como una promesa cumplida. Los pájaros cantan. Los peces nadan. El tiempo pasa. La niña se hizo mujer y se marchó.

Xeno dijo:

—Nerval no pasó del ángel atrapado; ese fue su sueño. El mío fueron la niña y la promesa. Y al principio fue muy hermoso. Imaginé una ciudad donde cada una de las plumas que salieron volando se convertía en un ángel, porque sería bonito que una pluma se convirtiera en un ángel. Pero luego comprendí que esos ángeles eran ángeles caídos. Los negros ángeles de la muerte. Los ángeles quieren la ciudad para ellos. Para conseguirlo, la ciudad tiene que volverse tan necrótica como ellos. Los ángeles vuelven a los hombres contra las mujeres, a las mujeres contra sus hijos. No hay piedad ni justicia, solo miedo y el placer del dolor. Es el mundo caído. Todos los días la ciudad se oscurece.

—Los únicos que estamos en la calle somos nosotros —dijo Perdita.

—Está a punto de sonar el toque de queda.

—¿Por qué estamos recogiendo plumas?

—Las plumas que caen al suelo, en las carreteras, las calles, los patios, los puentes, no pueden transformarse. Eso es bueno. La gente las usa como combustible y para abrigarse, porque en la ciudad hace frío. Pero es mejor destruirlas. Verás, cualquier pluma que entre en contacto con el fuego, incluida la electricidad, arde. Se convierten en los Ángeles de la Guarda. Sus alas tienen ojos. Las plumas que entran en contacto con el agua se hinchan. Se convierten en Ángeles Sumergidos. Están en los subterráneos y en las alcantarillas, en los túneles, en los conductos de ventilación y en los pasadizos de París. El juego tiene nueve niveles. En el nivel 4 puedes moverte en el tiempo. En cualquier momento del juego puedes congelar un acto, un suceso, un acontecimiento, y volver a él después..., porque, tal vez, puedas lograr que no haya sucedido. Supongo que eso es lo que quería: hacer que las cosas no hubiesen sucedido.

—¿Qué quieres que haga con este saco de plumas? —preguntó Perdita.

—Tengo un amigo que las convierte en pollos. La comida escasea. La ciudad está dividida entre resistentes y colaboracionistas. Aquí, estar de parte de los ángeles tiene un significado distinto.

—¿Estamos en el nivel 1?

—El nivel 1 es el plano trágico. Desastroso. Calamitoso. Catastrófico.

Espantoso. Ruinoso. Desdichado. Miserable. Terrible. Falso. Desgraciado. Aunque eso no lo convertiría en trágico, ¿verdad? Así es la vida. Es trágica porque también hay gloria, azar, optimismo, valentía, sacrificio, lucha, esperanza, bondad. Y todo está incluido en el juego. —Perdita y Xeno continuaron andando bajo la nieve y pasaron por delante de una librería—. Shakespeare and Company. Son resistentes. Puedes pasar ahí la noche. O quedarte conmigo. Mi apartamento está justo a la vuelta de la esquina. Debajo del de MiMi.

—¿MiMi?

—MiMi era la mujer de Leo.

—Has dicho que querías hacer que algo que ha ocurrido no hubiese sucedido. ¿Qué?

—¿Has visto las películas de Superman? Me da que eres demasiado joven. —No esperó respuesta—. A mi amigo Leo le encantaba esa película de Superman en la que Lois Lane no muere en un accidente de coche porque Superman es lo bastante poderoso para dar vueltas a la Tierra a toda pastilla, igual que Puck, y hacer retroceder el tiempo.

—¿Quién es Leo?

—Ya me lo has preguntado antes.

—Ahora es una pregunta distinta.

—Estuvo a punto de matarme dos veces. No podía arriesgarme una tercera.

—¿Está aquí?

—¿En el juego? Sí. Así seguimos en contacto. Ahora mismo se está moviendo por la ciudad. Lo presiento. Tiene muchos seguidores. Le gustan las muchedumbres.

—¿Está recogiendo plumas?

Xeno rio.

—¿Leo recogiendo basura? No. Aunque de todas formas no es esa su misión. Él es un arcángel.

La ciudad fría y vacía está iluminada por llamaradas aquí y allá. Los hombres y las mujeres se calientan en la calle con fuegos que no han encendido ni

pueden apagar. Los ángeles son los guardianes del fuego.

—Cuéntame lo que ocurrió —dijo Perdita.

—Había una niña —dijo Xenó—. Leo estaba convencido de que yo era el padre. No me creyó a mí, ni a su mujer, ni la prueba de ADN. Las pruebas de ADN tienen un noventa y nueve por ciento de fiabilidad, pero a Leo le gustaba considerarse el uno por ciento.

—¿Qué le hizo a la niña?

—Me la envió, pero nunca llegó.

—¿Eras tú el padre? —preguntó Perdita.

—No. Sí. El padre era Leo. Yo los quería a los dos. A Leo y a MiMi. Estaba enamorado de los dos. Y siempre quise tener una hija.

—Zel me contó que querías un hijo.

—Él es mi hijo. Sí. Y, estrictamente hablando, soy su padre. Y, estrictamente hablando, Leo era el padre del bebé. Esos son los hechos, pero ¿son verdad? ¿Qué padre he sido para Zel? Lo cierto es que debería haberme casado con MiMi. Yo. No Leo. Yo. Hubo un momento... en que creo que me quiso, y estoy seguro de que yo la quería, lo bastante para cambiarlo todo, pero él la quería tanto..., y Leo siempre consigue lo que quiere y yo nunca he tenido una relación seria con una mujer, y no tengo claro lo que quiero, y pensé que no podría, y pensé que..., ¿qué más da? Siempre estaremos los tres juntos. Los querré a los dos y estaré con ellos. Si hubiesen querido también habría sido amante de los dos. A veces pienso que es lo que quería MiMi. Ella confiaba en mí. Estaba a gusto conmigo, tal vez porque no sentía la misma tensión sexual que con Leo. Leo es una persona poderosa y segura de sí, y también un imbécil, pero sabe lo que quiere y lo consigue; eso es atractivo. Para mí lo es. De adolescentes estuvimos liados. No sé si fue muy real para él. Pero para mí, sí. MiMi rompió con él..., bueno, durante un año. Yo no hice nada. Y entonces él me pidió que fuese a verla y la convenciera de que volviera con él. De pronto no se vio capaz. Yo sabía que cuando perdía el aplomo y la seguridad el asunto era grave. Así que fui a verla, y creo..., no, lo sé, sigo sabiéndolo después de todos estos años, que MiMi y yo nos enamoramos ese fin de semana. Fui un puñetero cobarde.

Xenó bebió un poco más. Fue a un lavabo en un rincón de la habitación y

escupió. Se volvió hacia Perdita y se limpió la boca con la mano, y de pronto no pareció tan educado ni con tanto dominio de sí mismo. Pareció un borracho cansado con los ojos enrojecidos.

—Me envió al bebé y yo no estaba. ¿Entiendes lo que eso significa? NO ESTABA.

Perdita se quedó quieta. Quieta como si fuera una presa. Como una presa mimetizándose.

—No hay necesidad de seguir mintiendo. ¿Qué más da? El pasado no puede deshacerse. Lo peor está escondido. ¿Quieres escucharlo? Parece que sí. Aquí tienes la verdad:

»Yo no estaba. Yo estaba. Yo sí. Yo estaba allí. Yo estaba aquí. En esta casa, cuando Tony Gonzales llegó con el bebé. Leo me había enviado un correo electrónico. No lo creí. Y luego, cuando ocurrió, pensé que Tony volvería a subir al avión, llevaría al bebé a casa y se lo devolvería a MiMi. No tenía ni idea de lo del dinero. Leo lo hizo para humillarme. Podría habérmelo transferido a la cuenta y yo se lo habría devuelto en el acto, el muy gilipollas. Pero lo mandó en metálico. Un maletín lleno de que te den. Alguien se enteró, seguramente alguien del banco. No era mucho para un criminal, pero sí un golpe fácil en una habitación de hotel, supongo. Era una pena desperdiciarlo. Y salió mal.

—¿Qué hizo MiMi?

—¿MiMi? Ven. Mira. —Anduvieron hasta la esquina de Saint-Julien-le-Pauvre. Los altos y silenciosos edificios estaban a oscuras. ¿Lo estaban?

En lo alto había una lucecita en una ventana pequeña.

—Ahí vive MiMi. Pero ya no canta.

—No esta MiMi..., no la del juego: la de verdad.

—Si pudiese hacer que no hubiese sucedido... Y luego recuerdo que las decisiones que tomé las tomé porque no podía tomar otras. El libre albedrío depende de que seas más fuerte que el momento que te atrapa —dijo Xeno—. No es el destino. No creo en el destino. ¿Y tú? —No esperó respuesta—. Nuestras costumbres y nuestros miedos deciden por nosotros. Somos un algoritmo de nosotros mismos: «si te gustó eso tal vez también te guste esto».

—En el juego no, Xeno —dijo Perdita—. En la vida real. ¿Está muerta

MiMi?

—Pregunta mejor si está viva —respondió Xeno—. No, no está viva en ningún sentido que haga que estar vivo sea una vida. ¿Te pongo su música? ¿Te apetece?

—¿Grababa discos?

—Aquí la tienes.

—Estaba embarazada.

—Sí. Fue la noche en que Leo estuvo a punto de matarme por segunda vez. La noche en que nació el bebé.

—¿Leo vive en Londres?

—Sí. Es otra persona. Todo un ángel. Da dinero a organizaciones benéficas infantiles en todo el mundo. Deja que lo busque en Google. *Voilà! O eccola!* Su madre es italiana. El padre, alemán. Leo parece un banquero alemán, se comporta como un mafioso italiano: mete puñetero dinero en puñeteros maletines, atropella a la gente... Aquí lo tienes: «SICILIA: PORQUE EL AMOR CUESTA DINERO». Y debajo están todos los proyectos que han apoyado, las escuelas que han construido, los pozos que han excavado, las becas que han financiado, los hospitales que han equipado. Es impresionante. Pero es que Leo es impresionante. Y hay que reconocer una cosa, que a veces me convence de que su pesar es sincero: no ha vuelto a casarse.

Detrás de la foto grande como la pared de Leo que Xeno había desplegado, MiMi seguía cantando: «¿Este hombre cae? ¿O cae enamorado?».

—Leo es adicto a las caídas —dijo Xeno—, tiró su vida por la borda, y yo fui parte de las consecuencias.

—No tienes ni idea y solo sabes compadecerte de ti mismo —dijo Zel.

Xeno se apartó de la pantalla de la pared.

—Zel..., no te había visto.

—Eso no es nuevo —respondió Zel.

—Zel, ¿podemos hablar? —preguntó Xeno.

—No, no podemos. No podemos porque no hablamos y no hablamos porque no podemos.

—¿Es eso lo que te enseñan en filosofía?

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿eh? ¿Una prueba de tu ingenio?

Xeno se apoyó en el borde del escritorio.

—Zel, si pudiera cambiarlo...

—No hables como si fuera agua pasada —terció Perdita—. No puedes cambiar lo que hiciste. Puedes cambiar lo que haces.

—Parece sacado de uno de esos imanes de nevera —replicó Xeno.

—Crees que eres un héroe derrotado, ¿verdad? —dijo Zel—. Pero no eres más que un cobarde. Controlas tu vida evitándolo todo: las relaciones, los niños, la gente. No sabes amar..., eso es todo. Crees que es noble y trágico, pero no es ni noble ni trágico, es patético.

—¿Y tú? —preguntó Xeno—. ¿Te has convertido de pronto en un experto en amor?

—No le hace falta ser ningún experto —terció Perdita—. Le basta con intentarlo.

Se acercó a Zel y le dio la mano. Xeno asintió y esbozó una sonrisa que no era una sonrisa.

—«El amor es el extraño nombre que hay detrás de las manos que tejieron la insoportable camisa de llamas».

Se quitó la camiseta. Tenía cicatrices en los hombros. Se desabrochó el cinturón, se desabotonó la bragueta y se quitó los tejanos. Se volvió y se bajó los calzoncillos.

Su cadera conservaba las desvaídas líneas rojas de la operación de reconstrucción de la pelvis. Pero no era eso, sino el tatuaje.

Desde la articulación sacroilíaca a ambos lados de su cuerpo y hasta la quinta vértebra torácica había un par de alas.

—Pensaba que podía volar —dijo Xeno—, pero solo podía caer.

Intermedio

Zel llevó a Perdita a casa.

Por las calles anchas llenas de luces y de grandes coches. Vidas que no se detienen.

Vidas que no empiezan. Operarios a pie, borrachos que se caen, taxis que aminoran la marcha y se alejan a toda prisa. Un perro que hurga en la basura, una mujer en la ventana, un negro dormido sobre un cartel doblado a la puerta de una tienda de saldos.

LIQUIDACIÓN TOTAL

El hotel, con sus putas merodeando por el vestíbulo. El recepcionista de noche le ofrece café. La lavandería abierta veinticuatro horas todos los días del año, iluminada y humeante. Un niño, despierto tan tarde, de la mano de su madre. Tropieza al dar uno de cada tres pasos y ella lo endereza, lleva una bolsa de viaje de nailon al hombro. Con la cremallera rota. No para de hablarle al crío, aunque sin dejar de mirar adelante.

Un chico que le cuenta a su novia cómo son las cosas. Ella habla por teléfono.

Una monja que espera el autobús nocturno. El autobús llega. La monja se

va.

Y tú y yo en el coche donde hemos estado siempre, donde estaremos siempre, esta noche, esta carretera, incluso cuando nos hayamos ido, y la carretera ya no esté, y la ciudad haya desaparecido, pero seguiremos aquí porque en todo queda grabado para siempre lo que una vez fue.

La casa y el bar estaban a oscuras. Eran casi las tres de la madrugada.

Zel apagó el motor y dejó que el coche siguiera avanzando hasta detenerse del todo. Tiró del freno de mano. Perdita bajó con cuidado para que Clo no oyera la puerta del coche.

—¿Zel?

Y las escaleras estaban a oscuras y él le dio la mano y ella lo llevó a su habitación y no encendió la luz. Se desvistieron de prisa porque eran tímidos. Perdita se metió en la cama. Zel se tumbó a su lado, la sangre circulaba por su cuerpo como un Niágara particular. Ella lo abrazó.

—Me alegro de que no seas mi hermano.

En esta cama empapada de noche está el valor que necesito para el día. Cuando llegue la luz me volveré hacia ella. Nada más fácil. Nada más difícil. Y por la mañana nos vestiremos juntos y nos iremos.

En el videojuego, Xeno había derrotado a un ángel y le había quitado las alas. Por un breve tiempo pudo volar. No mucho. Parte del juego consistía en no caer cuando fallaban las alas —como sucedía siempre—, como Ícaro al mirar al sol.

Pero ahora podía ascender entre la nieve plumosa y las plumas nórdicas y asomarse a la ventana de MiMi. Llegó allí con un lento picado, y miró.

Ella estaba como estaba. Tumbada como el sepulcro de un caballero en una capilla. Blanca y pétrea. La habitación con dobles ventanas que daba a Notre Dame era un mundo blanco y diminuto en el que nada cambiaba ni se movía. Era la Bella Durmiente que no despertaría. No había beso.

Siempre estaba allí, pero podría estar en cualquier sitio. Andando como una estatua por un jardín de estatuas. Viva y no viva. Dormida y sin dormir. A veces está a la orilla del río. Dicen que es ella.

Xeno revoloteó al lado de la ventana como una polilla.

No era su único visitante. Leo llegó y se estrelló contra el cristal, que no se rompía. Golpeó el edificio con las alas. Prometió. Imploró. Se enfadó. Lloró. De rodillas en el alféizar en medio de una tormenta de nieve que él mismo había creado.

No cambió nada.

TRES

Almas errantes

Pauline había organizado para Sicilia el encuentro con los vecinos del barrio londinense de Chalk Farm en la Roundhouse. Iban a tratar del proyecto de Sicilia de demoler el teatro y construir en su lugar dos torres de veinte pisos para lo que los arquitectos denominaban «una vida contemporánea plena de sentido».

El proyecto incluía un teatro pleno de sentido con doscientas butacas y financiación garantizada para los diez años siguientes. Y también un bloque de casas a precios razonables y plenas de sentido que daban a la línea férrea de la estación de Euston.

Las casas a precios razonables y plenas de sentido tenían poca altura para que no se viesan desde la parte lujosa del complejo y quedaran detrás de un muro de agua diseñado por la artista Roni Horn. El sentido pleno de sentido del muro de agua era proteger los apartamentos de lujo del estruendo del ferrocarril.

Los detractores decían que vivir en las casas asequibles sería como vivir detrás de un váter en el que siempre estuviesen tirando de la cadena.

—Si le das a la gente algo gratis, se queja —dijo Leo—. Solo aprecia lo que tiene que pagar.

—No a todo el mundo le gusta el agua —replicó Pauline—. Sobre todo si es agua de diseño diseñada para segregarlos.

—¿Y qué me dices del bosque viviente? DE ACUERDO, es un bosque viviente de diseño (zorra). Es un complejo rodeado de hayas..., tan bonito como la vieja Rusia.

—Eso sí que hará que los compradores se sientan como en casa —dijo Pauline.

—Siempre tan negativa —dijo Leo—. ¿Por qué celebrar algo cuando se puede criticar o ponerle pegas?

—Eres un *shmuck* pleno de sentido —dijo Pauline—. Los de las casas de la vía férrea no verán el bosque viviente ni la cascada. Deberías darles algo verde.

—Pues incluye un año de guisantes enlatados gratis.

—¡Leo! Si quieres que esto salga bien, ¡sé realista!

—¡Saldrá bien! He sobornado a todo el mundo. Y con eso quiero decir que he dado lo que quería a toda la gente que cuenta. He patrocinado las artes, he pagado una guardería local, he destinado terrenos para los trabajadores mal pagados de Londres y...

—Pues da a la asociación de vecinos un parque infantil. Es lo que quieren.

—Los niños no salen si no se los obliga. Los niños ni siquiera saben que exista un FUERA. Van del colegio a casa en coche, a su habitación, a la habitación de sus amigos, otra vez al coche, de compras, a Facebook, a Twitter, a Ebay, al porno en línea, a la playa. Solo saben que existe el sol porque tienen que ponerse protector en sus caritas pálidas.

—¿Es que has perdido todo contacto con el mundo real?

—¿Por qué? ¿Acaso la pobreza es real y el dinero no?

—Algo parecido..., de hecho, tratándose de ti, es una observación muy profunda.

Leo pareció complacido.

—¿Puedo utilizarla en una de mis charlas benéficas?

Pauline alzó la vista hacia donde iría si los judíos creyeran en el más allá.

—Los niños de las casas a precios razonables necesitan un parque infantil.

—¿Para qué? ¿Para que fumen maría y tengan donde echar un polvo helado en un columpio roto?

—El sesenta por ciento de los niños de las casas a precios razonables tendrán menos de diez años.

—¡A ellos me refería! Lo del parque no es más que una fantasía sobre la

infancia.

—¿Y las hayas de la vieja Rusia y el agua zen son hiperrealidad?

—¡No solo vendo a los rusos y a los chinos!

—Cierto; vendes a cualquiera que tenga un millón para pagar la entrada.

—¿Desde cuándo eres pobre?

—¿Desde cuándo el dinero no tiene conciencia?

Leo había querido matar a Pauline desde el día en que la conoció..., pero treinta años después seguía vivita y coleando (dándole coletazos a él). ¿Cómo lo había permitido?

—¿Y dónde instalamos ese parque de fantasía? ¡Ya lo tengo! —Leo dio una palmada y fingió dar un puñetazo al aire—. ¡Pongámoslo en Israel! ¿Cómo es que nunca te fuiste a vivir a Israel? ¡Vive el sueño, hermana! —Leo sacó un lápiz y dibujó flechas sobre los planos como un asesino en serie al que hubieran condenado y señalara dónde había ocultado los cadáveres—. No pienso cambiar de sitio el estudio de yoga, ni el restaurante *sushi*, ni el cobertizo para los quads y los esquís, ni las *suites* para los invitados, ni la piscina exterior climatizada, ni la casita del portero.

—No es una casita..., es un garaje con una ducha detrás de la nevera.

—Es una ganga, un trabajo con alojamiento incluido.

—No es la mitad de grande que la perrera del ático.

—Vladimir Ositavitch tiene cuatro perros y ha comprado el ático por una suma no revelada.

—¿Es que necesita traer a sus huskies para tirar del trineo hasta Harrods?

—¿No sabes interpretar un plano? Está todo ocupado. Es espacioso y elegante. Y está OCUPADO.

—Pues quita una parcela del aparcamiento.

—Los apartamentos necesitan dos plazas cada uno. Y, si excavo más abajo, lo mismo podría dedicarme al fraccionamiento hidráulico.

—¿Es que no has comprado los derechos energéticos?

—Vete a la mierda.

—¿Quieres escucharme?

—¿Acaso tengo otra opción?

—Vende ocho apartamentos como emisiones cero. Los más pequeños. *Pied-à-terre* se convierte en *eco-terre*. Haz que suene como si estuviera

beneficiando al planeta. ¿Y sabes qué? Estará beneficiando al planeta. ¿Conoces el viejo dicho?

—Ahórrame el placer —dijo Leo.

—Cuanto más das, más consigues.

Pauline sacó un rotulador grueso del bote del escritorio y escribió en el enorme plano que había clavado en la pared la palabra «parque».

Leo quiso quitarle el rotulador. Pauline se resistió. Leo tiró y ganó.

—¡MIERDA, MIERDA, MIERDA! ¡Se me ha manchado toda la CAMISA de ROTULADOR! Dime una cosa, Pauline de los cuarenta putos años en el desierto, ¿CUÁNTO bien tengo que hacer en el mundo?

—¿De verdad quieres saberlo? —respondió Pauline.

Leo no le sostuvo la mirada. Hubo otra época, antes de que ocurriese, y era como un sitio que veía y al que no podía regresar, porque no se puede retroceder en el tiempo, ¿no? No, no quería saberlo.

—Esto tiene que acabar alguna vez, Pauline.

—Yo no lo empecé. No puedo pararlo.

Leo escribió «infantil» al lado de «parque».

Era de noche y Leo volvía andando a casa. Su despacho estaba en Shepherd's Market. Le gustaba ir a pie a su casa de Westminster, no muy lejos del Támesis.

Después de que ocurriera, cuando MiMi y él estaban divorciándose, vendió la casa de Little Venice y se mudó a sus oficinas. Quedarse en la casa habría sido como darse un puñetazo en plena cara.

Todas las noches caminaba al lado del río. No sabía por qué. ¿Por qué hacemos las cosas que hacemos?

Y esa noche estaba pensando en MiMi.

No pensaba en MiMi porque no podía pensar en ella. Era radiactiva. Tenía que estar sellada.

Su recuerdo debía estar enterrado en cemento impenetrable. No negaba lo que había hecho ni sus consecuencias. Pensar en eso era pensar en sí mismo.

En su estupidez. Sus celos. Su crimen. Sabía cómo pensar en sí mismo.

Pero ¿ella? Pensar en ella lo amenazaba. No podía dejar que se colara en su cabeza.

Que se hubiese convertido en una reclusa facilitaba las cosas. Después de los periódicos y los programas de televisión, de las acusaciones y del desprecio, de las discusiones de los famosos y de la profunda superficialidad, de las exclusivas, pasó como siempre, y todo el mundo lo olvidó.

A veces la veían con unas gafas oscuras y un abrigo raído.

¿Será ella la que se toma un café en un vaso de papel por la mañana temprano, antes de que hayan terminado de fregar el suelo de la cafetería, cuando las sillas todavía siguen sobre las mesas?

¿Será ella la que baja las escaleras de Notre Dame hacia el Sena, antes de las siete de la mañana, cuando no hay nadie más que una mujer de cuerpo cuadrado con un perro de cuerpo alargado? La mujer repara en ella casi todas las mañanas: anda con la cabeza gacha hasta la desembocadura del canal Saint-Martin, donde se queda inmóvil como una estatua, con las manos en las bolsillos, observa el agua que no tiene recuerdos y desea ser como el agua.

Todos los días hace lo mismo.

Dicen que es ella.

Y los coches empiezan a circular por las calles de arriba tan regulares como el tiempo, un día igual a otro excepto por el sol o la lluvia. ¿Y alcanzamos el conocimiento andando o quedándonos quietos? ¿Y qué es el conocimiento, más que ilusiones con las que poder vivir?

Ella querría saberlo.

París está lleno de ángeles. Todos los días ella se topa con otra talla, otra estatua, e imagina cómo sería si cobraran vida. ¿Y quién los atrapó en la piedra? Se siente atrapada en la piedra.

Recuerda lo que dijo Miguel Ángel, que cuando veía un bloque de granito o mármol veía la figura atrapada dentro y que su deber era liberarla.

Miradlo, empapado de sudor y cubierto de polvo, liberando a golpe de cincel un dedo gordo, un pie, una franja apretada de músculos abdominales, la tensión de un tríceps, la línea limpia de la clavícula. La vida encerrada hecha visible.

Pero ¿qué escultor diabólico había cogido a una mujer viviente y liberado

su carne, para esculpirla y convertirla en un monumento de sí misma?

Estaba atrapada en el tiempo igual que todos ellos, las estatuas, los frisos, los relieves, que vigilaban infatigables la ciudad cambiante. Ella era uno de ellos.

El presente que desaparece como agua en el borde de la cascada. El torrente del tiempo que pasa tan lento y tan deprisa. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Anda para detenerse y quedarse inmóvil. Como si pudiera salirse del tiempo, dejarlo atrás, que es donde debería estar. Pero no puede, porque siempre está ahí, justo delante de ella, el pasado está justo enfrente de ella, y todos los días se estrella contra él como si fuese una puerta que encerrara el futuro al otro lado.

Sigue andando, pero nada se mueve y nada cambia. Y, al final de su paseo matutino, cuando se queda un largo rato inmóvil tiene la sensación de que eso, al menos, tiene algo de realidad.

A lo mejor es otra. A lo mejor no es ella. La gente con el corazón destrozado no escasea.

Leo llegó a su casa. La luz estaba encendida porque había programado el temporizador. ¿Por qué no se podrá regular el tiempo con un temporizador?

¿Encenderlo cuando se quiera? ¿Apagarlo cuando no se quiera? Apagar el tiempo de noche..., ¿por qué desperdiciarlo mientras duermes? Apágalo, Leo. Apágalo.

Se sirvió una copa. Vodka. Hielo.

Fue al piso de arriba. En una habitación guardaba la ropa de ella. MiMi nunca había vuelto a la casa antes de que él la vendiera. No se había llevado nada. Se había ido para siempre, como un muerto, dejándolo todo atrás. Así que Leo se había quedado con su ropa. Y cuando se mudó a esta casa, destinó una habitación como vestidor, aunque ella nunca se vestía en él. Ni se desvestía.

Su cuerpo. No pienses en su cuerpo.

La ropa estaba tal como la había dejado. Percheros de ella, pero no ella. Fundas protectoras de plástico, portatrajes, perchas de abrigo, bolsas. Los vestidos a un lado, las faldas y las blusas, al otro. Estantes de cedro llenos de jerséis y camisetas. Leo se quedó allí, inmóvil, como un hombre que se ha colado en la habitación de otro.

Cogió un jersey de los estantes y lo desdobló. Se lo llevó a la cara. Se sentó con la espalda contra la pared, las rodillas dobladas, la cabeza apoyada en los brazos.

Sin excusas. Sin razones. Sin perdón. Sin esperanza.

Nada me importaría sin su amor

Perdita y Zel habían ido a Londres.

Ella había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de él toda esa noche ruidosa que pasaron empaquetados junto a otras personas.

Las últimas horas las habían pasado esperando registrarse en la habitación del Travelodge de King's Cross.

—¿Cuánto dinero tenemos?

—Suficiente para tres semanas.

Perdita había cogido los mil dólares del maletín —dio por sentado que eran suyos— y Zel había pagado los billetes de avión.

Perdita había dejado un largo mensaje para Clo en el buzón de voz. Zel se había largado sin más.

Por fin, la exhausta mujer del traje ajustado les dio las llaves de la habitación. No era grande ni bonita, pero era suya. Zel empezó a guardar sus camisetas en un cajón. Perdita se metió en la ducha. Él la observó. Amaba el milagro de su cuerpo. ¿Cómo podía ser tan hermosa? Desplegó la toalla para ella, la envolvió y la abrazó.

—¿Cuál es el plan?

—Iré a su despacho mañana.

—Te acompañaré.

—Tengo que hacerlo sola.

—Pero él me conoce.

—¿Te conoció cuando tenías ocho años!

Perdita fue al dormitorio. Zel la siguió.

—No quiero que vayas sola.

Ella se encogió de hombros, como si no le hiciera caso. Zel la aferró por las muñecas. Demasiado fuerte.

—¿Suéltame! No soy tuya.

Zel la soltó.

—Lo siento. —Se sentó en la cama, sin mover ni un músculo, como hacía siempre que estaba disgustado. Como un animal agazapado—. Supongo que estoy desquitándome contigo.

—¿De qué?

—De que encuentres de pronto una nueva familia y te olvides de mí.

Perdita se sentó en la cama a su lado. Lo cogió de la mano.

—No me voy a olvidar de ti.

Sicilia Ltd. estaba encima de una galería de arte. Dos jóvenes con trajes a medida supervisaban la descarga de una elegante furgoneta negra. Sonrieron a Perdita porque era guapa.

—¿Buscas empleo? Ven a trabajar para nosotros.

Perdita negó con la cabeza y pulsó el botón del portero automático. No hubo respuesta. Uno de los jóvenes sacó un manajo de llaves y le abrió la puerta.

—No se lo digas a ella.

—¿A quién?

—Ya la verás. ¿Te apetece salir a tomar una copa esta noche? —Era bien parecido, seguro de sí mismo con el pelo largo. Perdita sonrió y negó con la cabeza. Él suspiró—. Si cambias de idea..., me llamo Adam.

Se apartó para dejar que Perdita subiera las anchas y enmoquetadas escaleras hasta el primer piso. Las paredes estaban cubiertas de litografías de Tracey Emin.

La recepcionista acababa de subir y salía del servicio de señoras cuando Perdita entró en la cómoda, silenciosa y lujosa sala de espera. Allí las paredes no estaban cubiertas de dibujos sino de litografías. Había un enorme cartel de

neón que decía: RIESGO = VALOR.

—¿Quién la ha dejado pasar? —preguntó la recepcionista.

—He venido a preguntar por los contratos de prácticas —respondió Perdita.

La recepcionista medía seis pies e iba perfectamente maquillada. Tenía las piernas largas, esbeltas y amenazantes. Perdita llevaba un vestido de verano muy sencillo, sandalias de tira y nada de maquillaje. No era alta. La recepcionista la miró sin sonreír.

—¿Ha enviado el currículum?

—Sí.

—La señora Levy no ha venido hoy.

—¿Y el señor Kaiser?

—El señor Kaiser tiene citas todo el día.

—Esperaré aquí —dijo Perdita, sentándose con tanta decisión en uno de los sofás forrados de lino que a la recepcionista no le quedó otro remedio que girar la pantalla del ordenador para no seguir viéndola.

Había un cartel con un nombre sobre el escritorio. Lorraine LaTrobe.

—¿Es usted de Nueva Orleans? Lo digo porque LaTrobe es un apellido de Luisiana. Yo soy de Nueva Bohemia.

—No —respondió la señorita LaTrobe, girando la silla para indicar que la conversación había terminado.

Perdita esperó.

Al cabo de una hora llegó Leo. Era más corpulento de lo que había pensado. Tenía menos pelo de lo que había imaginado. No era el hombre de la fotografía de Xenó, pero era él.

Leo la miró.

—Buenos días, señor Kaiser. La señora Levy no ha venido hoy.

—¿Por qué? ¿Se ha muerto por fin?

—Ha apuntado en la agenda que no vendrá ni hoy ni mañana.

—¿Me avisó usted?

—Está en la agenda —repitió la señorita LaTrobe, como si la agenda fuese un texto infalible al que recurrir en momentos de necesidad.

—Si quisiera consultar yo mismo la agenda no pagaría a una secretaria personal —dijo Leo—. ¿Dónde está mi secretaria personal? ¿O es que

tampoco ha venido Virginia?

—No.

Leo se volvió hacia Perdita:

—¿Quién es usted?

—Está esperando a la señora Levy. Le he dicho que la señora Levy dejó apuntado en la agenda que no vendría hoy.

Leo volvió a mirar a Perdita.

—¿Es usted de la asociación de vecinos? ¿Por lo del proyecto Roundhouse?

Perdita negó con la cabeza. No podía hablar.

—Me ha parecido reconocerla —dijo Leo.

—Quiere un contrato en prácticas —explicó la señorita LaTrobe como si hablara un enorme supositorio laxante.

Leo hizo una mueca y se dirigió al ascensor. Las puertas se cerraron a su espalda pero Perdita lo vio un segundo en el espejo, seguía con el ceño fruncido.

—¿Cuándo volverá la señora Levy? —preguntó Perdita.

—Según la agenda, el lunes —respondió la señorita LaTrobe, sin mover los labios ni establecer contacto visual.

Perdita pensó que sería una gran ventrilocua. Pero continuó sentada en el sofá. Y la señorita LaTrobe continuó sin hacerle caso.

A la una menos cinco de la tarde Leo bajó para ir a comer.

—Perdone... —dijo Perdita.

—Tiene que ver a Pauline —replicó Leo.

—Ya se lo he dicho —insistió la señorita LaTrobe.

A las dos y media Leo volvió. Perdita se puso en pie y se echó atrás la espesa melena. Leo le sonrió antes de reparar en que estaba sonriendo. Había algo en su forma de...

—Vuelva mañana —dijo—. Pauline estará aquí.

—Según la agenda, no —repitió la señorita LaTrobe, que de pie le sacaba varias pulgadas a Leo.

—Oh, disculpe si tengo mi propia opinión —dijo Leo. Y añadió—: ¿La

contrató a usted Pauline?

—Sí —respondió la señorita LaTrobe—. Ella en persona.

—Me superan en número y estoy rodeado —dijo Leo. Miró a Perdita—. ¿Tenía usted cita hoy?

—He pasado más tiempo en Estados Unidos del que esperaba —dijo Perdita—. Si no, habría venido antes.

—Bajaré a las siete de la tarde —dijo Leo—. Usted verá lo que hace. Y volvió a subir a su despacho.

—No se haga muchas ilusiones —dijo la señorita LaTrobe.

—¿Por qué? —preguntó Perdita.

La recepcionista se encogió de hombros. Un día más. Una idiota más.

«¿Qué hago aquí? —pensó Perdita—. Si me marcho ahora, todo se habrá acabado. Lo he visto. No me quiso. ¿Por qué lo quiero yo?».

A las seis de la tarde la señorita LaTrobe anunció su salida. Como si fuese un vuelo a Miami.

—Me temo que tendrá que marcharse, no puede quedarse sin nadie que la vigile.

—No robaré nada —dijo Perdita.

—Son las normas —objetó la señorita LaTrobe. Quedó claro que las normas ofrecían tanta certeza como la agenda, así que Perdita le sugirió que llamara al señor Kaiser.

—No puedo interrumpirle.

—Dígale que no pienso irme —insistió Perdita.

La recepcionista puso los ojos en blanco, hizo una mueca, dio golpecitos con las (impresionantes) uñas sobre el escritorio y habló con Leo.

—Gracias, señor Kaiser. Y sí, desde luego informaré a la señorita Chaikovski de que no puede cenar con ella hoy porque tiene que trabajar hasta tarde.

La señorita LaTrobe desapareció en el lavabo de señoras y reapareció diez

minutos después con un traje de ciclista de licra de una sola pieza y color naranja.

—Espere aquí —le dijo a Perdita.

—¿Va en bici a casa? —preguntó Perdita porque no se le ocurrió otra cosa.

—No. Trabajo en un club fetichista —respondió la señorita LaTrobe y, después de sacar su casco naranja del cajón del escritorio, se fue.

A eso de las siete de la tarde, Leo salió del ascensor. Se había quitado la corbata. Necesitaba un afeitado.

—¿Así que me ha esperado?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Miranda.

—Miranda ¿qué?

—Shepherd.

—Muy bien, Miranda Shepherd..., venga a tomar una copa y cuéntemelo todo. La paciencia tiene su recompensa, o alguna gilipollez parecida en la que nunca he creído. ¿Cuándo ha servido la paciencia para algo aparte de quedarse al final de la cola? Aunque, en su caso...

La tarde era calurosa. Cielo rosado. Autobuses rojos. Taxis negros. Las luces empezaban a encenderse en la ciudad. La sensación vespertina de que es hora de volver a casa. Un hombre repartía periódicos gratuitos. *STANDARD! STANDARD!* Los jóvenes se arremolinaban en la acera a la puerta de los *pubs*. Rostros cansados, mangas de camisa, mujeres con tacones y pies doloridos. La cola para pagar algo que comer frente al televisor. La muchedumbre fluyendo hacia el metro.

—Hay un bar a la orilla del río —dijo Leo—. Podemos tomar langostinos y vodka. Es jueves.

—¿Y qué más da el día? —preguntó Perdita.

—Me gusta la rutina. En los últimos tiempos.

El bar era ruidoso y estaba lleno, pero el camarero saludó con la mano a Leo y, sin decir nada, los condujeron a una mesa dentro/fuera junto al largo ventanal que daba a una estrecha terraza, y les llevaron una botella de Grey Goose en una cubitera recién sacada del congelador, y unas latas de tónica y rodajas de lima y de limón recién cortadas.

—Me conocen —dijo Leo.

—¿Puedo tomar agua mineral con la lima? —preguntó Perdita.

Perdita estaba hablando, pero Leo no la escuchaba. Sonreía y la miraba a los ojos, pero no la escuchaba. Debe de tener veintiuno o veintidós años. ¿Y qué? La juventud es tan irresistible... Irreemplazable. Y malgastada en los jóvenes.

—Capitalismo responsable —dijo Leo, sorprendido de haber oído la pregunta de ella—. Eso es Sicilia.

—¿A qué se dedica su mujer? —preguntó Perdita.

—Estoy divorciado —respondió Leo—. ¿Y tú?

—Yo no estoy divorciada —replicó Perdita—. ¿Tiene hijos?

Él bajó la mirada.

—No. No, no tengo hijos.

Ella estuvo a punto de decir..., pero se limitó a coger otro langostino. No sabía lo caros que eran. En su ciudad no lo eran.

Comía más que él. Las mujeres con las que salía no comían. Pedían comida pero no se la comían. Ella era natural. No intentaba complacerlo. A Leo le gustó. Ella le preguntó por qué no comía, él no respondió: «Mi corazón está lleno de algo que me impide pensar en banquetes».

Leo peló un langostino.

—Vengo aquí porque me gusta el río —dijo—. Me gusta que el Támesis sea más viejo que Londres, que en el pasado abrevasen mamuts en él.

—Es muy estrecho —observó Perdita—. El Mississippi es como un mundo. ¿Lo ha visto alguna vez?

—Sí —dijo Leo—. Tenía un amigo que vivía en Nueva Bohemia. Hace mucho tiempo. Es lo que ocurre a medida que vas haciéndote mayor, todo ocurrió hace mucho tiempo.

—Pero no el presente —objetó Perdita—. Eso es ahora.

—Eres joven. Tienes presente porque no tienes pasado. De joven pasé un año en París. Por trabajo. Me enamoré del río, el Sena; en realidad me enamoré de una persona. Tal vez por eso el agua me parece romántica y misteriosa. No hablo de la típica historia de chico conoce a chica, sino de algo más grande..., un anhelo, supongo. Los alemanes lo llaman *Sehnsucht*. Mi padre era alemán.

—¿Era francesa la persona de quien se enamoró?

—Sí. Menuda, como un chico, pero femenina. Como tú. —Perdita se sonrojó. Leo lo malinterpretó—. No es más que un cumplido. Acéptalo.

—Gracias —dijo Perdita.

Contemplaron el río. Las hileras de luces. Los barcos que se acercaban al embarcadero.

Leo se sentía cómodo y nervioso. ¿Qué me está pasando?, pensó, y: Esto es ridículo.

Intentó concentrarse.

—Miranda, estamos organizando un gran concierto benéfico..., será el próximo fin de semana; ¿no te gustaría colaborar, ver qué tal te va con nosotros? Es sobre todo música. Unas cuantas actuaciones.

—En mi país canto en un grupo femenino —dijo Perdita—. Nos llamamos Las Separaciones.

—¿Es un nombre estupendo! ¿Qué música hacéis?

—Clásicos retro. Mi padre es un pianista increíble. Llevo cantando desde que nací.

—¿Ah, sí? —En su mirada oscura estaba todo lo que no decía.

—Sí. ¿Se encuentra bien? ¿Hay algo que...?

Él la interrumpió.

—No es nada. Pero estas nada... son...

Estas nada no son nada. Pero el cielo no es nada, la tierra no es nada, yo no soy nada, el amor no es nada, la pérdida no es nada.

La tarde iba refrescando a medida que anochecía. Perdita le dio las gracias a Leo.

—Podemos ir a algún sitio, si quieres..., puedo enseñarte Londres.

Ella negó con la cabeza. Él se ofreció a llamar un taxi.

—Iré andando —respondió—. Me gusta andar. Usaré el mapa del móvil. No está lejos.

Pero sí lo está, pensó él, al verla marcharse. Lo mismo podría estar en la luna, la distancia que lo separaba de una vida buena.

Leo se apeó del taxi delante de su casa. Las luces estaban encendidas. Abrió la puerta y las apagó. No había nada que ver. Su consola de juegos estaba iluminada como un acuario.

Xeno había introducido a un nuevo jugador. Habían estado recogiendo plumas. Conmovedor. Como si el mundo pudiera salvarse a base de trabajo y esperanza. Leo desplegó sus seis alas y sobrevoló la ciudad en busca de plumas a las que pegarles fuego. En busca de plumas que empapar para convertirlas en Ángeles Caídos.

Voló hasta lo alto de la Sorbona. *Sicut umbra dies nostri*, dice el ángel del reloj de sol: «Nuestros días pasan como una sombra».

Prefiere a su hermana. Está allí, preparada para él: la desnuda hasta la cintura, con los pechos duros, redondos y erguidos. En parte chico y en parte chica. Las piernas abiertas con un libro que no ha leído. Él tiene una erección.

Un par de alas lo mantienen en pie mientras está encima de ella. El segundo par sujeta su cuerpo duro y dorado contra él. El tercer par lo alza como una bandera enhiesta, como el alerón plegable de su coche. Era un que os den. Al tráfico. A Xeno. A sí mismo. Que te den, Leo. Que te den.

Cae hacia atrás, rendido.

Leo se despertó en el sofá. Encendió la luz. Las tres de la mañana. La madrugada, cuando la vida se retuerce sobre sí misma como un mundo que

no quiere abrirse. La radio se había encendido sola.

Una mujer hablaba: «Mil postraciones, diez mil años desnudo, ayunando en una montaña yerma, en continuo invierno y tormenta perpetua, no conseguirían conmovier a los dioses para que viesen cómo eras».

Leo se sentó, atontado, sudoroso, con ganas de rascarse, con la boca seca. Fue al piso de arriba y se desplomó sobre los pantalones desabrochados. Se los quitó, y en calcetines y calzoncillos, con la camisa y la corbata, se metió en la ducha y fue desvistiéndose mientras el agua le caía encima.

Dejó la ropa en un montón mojado en la ducha. Se afeitó, se vistió, preparó un café y se lo bebió ardiendo de un trago.

Subió a su coche. Ni radio. Ni pensamientos. Solo el tirón hacia atrás del tiempo.

Aquel día...

Leo hacía cola en el control de pasaportes. El hombre que comprobaba los documentos le pidió que se hiciese a un lado un momento. Cuando quiso darse cuenta, tres policías estaban pidiéndole detalles y preguntándole qué había hecho con el bebé.

Entonces sucedió.

Leo discutía con la policía. La policía discutía con Leo. Todos eran corpulentos. Todos de la misma talla. El indio menudo que controlaba los pasaportes intentaba fingir que no ocurría nada mientras revisaba los documentos de los demás, todos miraban a Leo.

Los policías estaban confundidos porque Leo no llevaba ningún bebé. Leo explicó que su mujer sufría depresión posparto. Se iba con su hijo de vacaciones para dejarla descansar. La policía examinó el pasaporte de Milo. ¿Este señor es tu padre? Sí.

Aquellos hombretones siguieron discutiendo..., nadie se fijó en Milo.

Érase un hombre que vivía en un aeropuerto.

Milo retrocedió sin hacer ruido, alejándose de ellos, le daban la espalda formando un círculo airado. Nadie se percató.

Milo dobló la esquina y se dirigió hacia el control de seguridad. En el puesto número 4 había una familia. Corrió hacia ellos..., si alguien lo vio, pensó que se había quedado rezagado. Dejó la mochila en la cinta transportadora. Pasó por el detector de metales. Miró a su alrededor. Estaba en el aeropuerto. A lo mejor podía encontrar a Tony.

Milo se había unido a una familia y había pasado el control de seguridad. No vio a Tony. Había mucha gente. Oyó su nombre por los altavoces. Le pedían que acudiese al mostrador de Información.

Tardó en encontrar el mostrador de Información, luego, cuando vio que su padre no estaba y que solo había dos policías, dio media vuelta y se marchó.

Poco después, Milo estaba en el tren lanzadera; sonaba muy emocionante, pero no lo era. A continuación se dirigió a la puerta de embarque B y a la C y después volvió a la B. Entonces se puso en una cola para subir a un avión, y era pequeño y parecía que estaba en su lugar y solo cuando pasó la puerta de embarque y estaba bajando las escaleras la mujer reparó en que no iba con los otros y en que ellos no tenían su pasaporte ni su tarjeta de embarque. Lo llamó. Milo echó a correr. La mujer era policía. No corrió hacia el avión, bajó precipitadamente el segundo tramo de escaleras y atravesó una puerta abierta por la que estaban sacando los equipajes a una vagoneta. ¡EH, EH! Pero Milo siguió corriendo, dobló la esquina del edificio y se cruzó en el camino de un camión de reparaciones.

Superman, haz retroceder el tiempo.

Leo aparcó el coche cerca de las puertas del cementerio de Highgate. Si había entierro esa mañana, habría alguien. Conocía la rutina. Si estaban allí, le dejarían pasar.

Recorrió los senderos vigilados por ángeles dolientes. Milo estaba enterrado cerca de la tapia oeste. Leo había comprado la parcela en una subasta benéfica antes de que naciera Milo. Había pagado una fortuna. Hacía mucho que el cementerio estaba lleno y era famoso en el mundo entero. Un

desafío a la medida de Leo. Podría haber comprado un estudio con el dinero que le había costado. Y ahora Milo estaba allí. A estas alturas, solo sus huesos, pensó Leo. Nada hablaba de él, tan solo el pasado.

Se quedó un buen rato mientras el sol se alzaba límpido y brillante. El pasado estaba siempre delante de él como un río que no podía cruzar.

Fue a llenar el tarro de agua y arrancó dos rosas silvestres que crecían en el seto. «Por MiMi y Milo», dijo al meter en él los espinosos tallos. Se levantó, dispuesto a marcharse. El jardinero estaba cerca, trabajando en silencio con la azada. Camisa a cuadros, las mangas arremangadas hasta el codo.

—¡Hola, Tony! —gritó Leo.

El jardinero se volvió.

—Me llamo Pete.

Leo saludó con la mano. Pues claro que no era Tony. Tony está muerto.

Perdita y Zel estaban tumbados en la cama del Travelodge viendo la televisión con el sonido apagado.

—¿Y cómo es? —preguntó Zel.

—Lo único que sé es que ese hombre me entregó a otro.

—¡A mi padre! ¿Vas a decirle quién eres?

—No lo sé. Si lo hago, entrará en mi vida. Y le gusta mucho controlar a los demás.

—He estado haciendo averiguaciones —dijo Zel—. Por lo general, no funciona.

—¿El qué?

—El reencuentro de los adoptados. Todo el mundo quiere algo que no puede tener. La vida no puede deshacerse.

—No quiero deshacer mi vida. Si no, no tendría a Shep, ni a Clo, ni a HollyPollyMolly.

—Pero me tendrías a mí —dijo Zel—. ¿A que es raro?

Perdita rodó sobre sí misma para acercarse a él.

—¿Quieres decir que es el destino?

—No lo sé. Cuando estudiaba filosofía nos pasábamos el día hablando de

eso. ¿Es la vida solo una serie de accidentes que vistos desde la distancia parecen seguir patrones? Como cuando desde la ventanilla de un avión ves campos, ríos y casas, y todo te parece bonito y racional, mientras que desde el suelo son lo que son..., azarosos o incluso feos.

—Mi padre dice que las cosas son como deben ser.

—¿Has hablado con él?

—Estará enfadadísimo conmigo. Debería haberle dicho que nos íbamos.

—No podías.

—No. No podía. ¿Crees que acabaremos siendo como Leo y Xenó?

—¿Unos auténticos gilipollas?

—Tristes como ellos.

—No siempre lo fueron.

—Peor aún. Tenían una vida y la destrozaron. La suya y la de los demás.

—Nosotros lo haremos mejor —dijo Zel—. Volveremos a casa, construiremos una vida y enseñaremos a nuestros hijos a ser valientes y sinceros.

—¿Si acabamos de conocernos!

—¿Voy demasiado deprisa?

Ella lo besó.

—Sí. Muy deprisa.

—¿No se supone que las chicas queréis chicos capaces de comprometerse?

Ella le golpeó con la almohada. Notó un latido de relajación. Comprendió lo tensa que había estado todo el día.

—Zel..., gracias por venir conmigo. Ahora mismo soy una carga muy pesada. Lo sé...

Él la rodeó con el brazo.

—Estamos aquí. Lo estamos haciendo. Sigamos adelante. ¿Quieres buscar también a tu madre?

—No lo sé. Es más difícil de lo que pensaba.

—¿En qué sentido?

—Es desasosegante. Pensé que no sentiría nada..., quiero decir que no conozco a Leo. Lo he conocido hoy.

Zel la acercó a su lado.

—Pero has conocido a tu madre. Viviste dentro de ella.

Y eso era cierto y Perdita sintió que era cierto y que era la parte más difícil. ¿Cómo puedes estar conectado con alguien con quien no tienes conexión?

—¿Te pareces a Leo? —preguntó Zel.

—No creo. ¡Es viejo, calvo y un poco gordo! Tal vez tengamos la misma boca. Me parezco a mi madre..., bueno, a como ella era. Pero no sabemos cómo es ahora. No hay fotos recientes..., solo de alguien que podría ser ella, con gafas oscuras y sombrero.

—Es probable que lo sea..., solo los famosos creen que la mejor manera de pasar desapercibido es ponerse gafas oscuras y un sombrero.

—Ya no es famosa.

—¿Te resulta extraño que lo fuese?

—Todo es extraño. Es una rareza entre otras rarezas.

Zel apagó la televisión.

—¿Crees que podrás dormir?

—No.

—Pues salgamos.

—¡Es medianoche!

—¿Y qué? Estamos en Londres. Vamos.

Salen. Solo son unos críos. Encuentran un autobús nocturno. Luego van andando hasta el Soho. Helado de nata italiano. Él le pasa el brazo por los hombros. Ella se lo pasa por la cintura. Pasean por Chinatown y Covent Garden y por el Aldwych hasta el puente de Waterloo, y se plantan en medio mirando al este y al oeste, y ahí está el Big Ben dando la hora, y debajo está el Támesis, por el que fluye tiempo líquido, y en el pequeño espacio que ocupan su propio tiempo es real. No el pasado, ni el futuro, este ahora.

Él no hace fotos ni vídeos porque quiere recordar..., lo que significa que quiere recordar mal, porque el instante está hecho de lo que la cámara no puede capturar.

Y el río se lleva la noche consigo y vuelven a la cama y duermen y la ciudad sueña hasta el día siguiente.

Por la mañana temprano suena el teléfono de Perdita. Es Leo.

—Hola, Miranda. Soy Leo. Reúnete conmigo en la Roundhouse dentro de una hora.

—¿Dónde? —pregunta Perdita—. ¿De qué habla?

Leo quiere impacientarse, pero no lo hace porque quiere verla. Suaviza el tono.

—La línea Northern. La negra. Chalk Farm. O Camden Town y luego a pie. ¿De acuerdo? A eso de las once.

Esta vez Zel la acompaña. Bajan del metro en Chalk Farm. Hay mucha gente con pancartas en las que se lee: SALVAD NUESTRO EDIFICIO.

Perdita y Zel se abren paso entre la multitud. Hay un tipo con un megáfono. Policías a caballo. Perdita pregunta qué es lo que ocurre a una joven con un cartel.

—Un ricacho de mierda que va a comprar el puñetero sitio.

Luego Perdita ve a Leo gritando enfadado al teléfono.

—Ahí lo tienes —le dice a Zel.

—¿Ese? ¿Ese es Leo?

—¿No lo reconoces?

—Sin pelo, no. Y no estaba tan gordo.

—Me ha visto. Deberías irte... Te enviaré un mensaje.

Perdita cruzó corriendo la calle. Es encantadora, pensó Leo al verla, y ni siquiera sabe que lo es. Su ligue actual era una modelo de lencería rusa que fumaba cigarrillos electrónicos mientras follaban.

Leo sonrió.

—Me alegro de que hayas venido, Miranda. Pensé que, ya que vas a hacer unas prácticas con nosotros, debías ver nuestro próximo proyecto. No está mal el edificio, ¿verdad?

Justo en ese momento la multitud empezó a gritar: «FUERA, FUERA, FUERA. FUERA, FUERA, FUERA».

—Será mejor que entremos —dijo Leo—. Ya se encargarán los de seguridad. —Leo le puso la mano a Perdita en la cintura y la empujó hacia la

puerta.

—Buenos días, señor Kaiser —dijo el guardia de la puerta.

Leo se relajó. Volvía a estar en su mundo.

—Permite que te lo enseñe, Miranda. Este sitio era un depósito giratorio de tranvías. Los tranvías no pueden ir marcha atrás y aquí cambiaban de dirección: giraban en esa enorme plataforma. Impresionante, ¿eh?

Perdita miraba los carteles enmarcados que colgaban de las paredes de ladrillo visto. Circo, teatro, grupos musicales, y entonces lo vio: MiMi en la Roundhouse. No escuchaba a Leo. Él no se dio cuenta.

—En el sótano, justo debajo de donde estamos, estaba la maquinaria: los engranajes, las cadenas, los motores que hacían girar las planchas. Hace mucho que es una sala de espectáculos: ahora ha llegado el momento de darle una nueva vida. Ven, subamos a la galería.

Le puso la mano en el hombro y la guio por las escaleras. Fuera se oían las sirenas de la policía.

—¿Por qué quiere echarlo abajo?

—El solar es fantástico y ya no hay dinero público para mantener sitios como este. No puede subvencionarse todo eternamente..., por muy deseable que sea. El dinero privado tiene que llenar ese hueco. Construiré un pequeño teatro y unas viviendas baratas..., porque me gusta pensar que tengo conciencia social. En el centro habrá dos torres de apartamentos increíbles, de los mejores pisos de Londres.

—¿Y por qué se queja la gente?

—A la gente no le gustan los cambios, Miranda. Está en la naturaleza humana. Y en nuestra época el dinero tiene mala prensa. Ninguna de esas personas de ahí fuera paga impuestos, bueno, o no muchos, pero odian a la gente como yo, que somos quienes de verdad mantenemos el país. Lo que estoy haciendo es proteger este lugar..., no se dan cuenta. Pero tú eres economista..., ¿dices que estudiaste en Harvard?

—No —respondió Perdita.

—Sí, me pareció oír Harvard. Cuando empieces a ganar dinero, descubrirás por ti misma lo fácil que es que te malinterpreten. Lo único que intento es ayudar a todo el mundo y me tratan como a un tirano.

Leo y Perdita llegaron a la galería. Leo se apoyó en la barandilla y se

asomó.

—¿Ves el escenario? Daremos un último concierto. Es parte del trato..., una semana de despedida totalmente patrocinada, que culminará con un festival concierto para Save the Children. Luego llegará la bola de demolición.

—¿Por qué quiere echarlo abajo?

—Reutilizaremos los ladrillos victorianos.

—¿Por qué quiere echarlo abajo?

—Tenemos permiso del ayuntamiento.

—¿Por qué quiere echarlo abajo?

—Esto qué es, ¿uno de esos chistes con juego de palabras? ¿Contáis los norteamericanos ese tipo de chistes? ¿Naciste en Nueva Bohemia?

—MiMi cantó aquí, ¿verdad?

Leo se asomó a la barandilla.

—En aquel entonces era mi mujer —dijo. Se volvió y fue hacia las escaleras—. Solo quería que vieras el edificio.

Al pie de las escaleras un guardia de seguridad con traje y un *walkie-talkie* se acercó a Leo.

—Un tal Ronnie le está esperando.

—¿Ronnie?

—Dice que es artista. De Nueva York. Está ahí.

Leo miró a los manifestantes a través del cristal. Una figura con el pelo corto sostenía un cartel que rezaba ARTISTAS CONTRA GILIPOLLAS.

—Es Roni Horn y es una mujer. —Leo salió con desenvoltura por la puerta, extendiendo la mano y sonriendo—. ¡Roni, Roni! ¡Es un honor!

Roni Horn no parecía un honor. Parecía peligrosa.

—Me dijo que el muro de agua sería bueno para la comunidad. Lo ha convertido en un instrumento de tortura contra los pobres. ¿Quién quiere dormir al lado de un muro de agua?

—Podemos reajustar los planos —dijo Leo—. ¡No te preocupes! ¡Es un honor! ¿Puedo hacerme una fotografía contigo? ¡Jerry, Jerry! —Leo agitó el

móvil en dirección al guardia de seguridad y se acercó a Roni. Hizo ademán de pasarle el brazo por encima de los hombros. Ella lo apartó.

—¡He venido a manifestarme!

La multitud la vitoreó y volvieron a empezar los cánticos: FUERA FUERA FUERA FUERA. El humor de Leo cambió a la velocidad del rayo.

—¿Acaso no te compré el muro de agua? ¿He entendido algo mal? ¿No te he pagado?

—Me habrá pagado. Pero no me ha comprado —dijo Roni.

—Si te compro un cuadro y no te gusta donde lo cuelgo..., ¡mala suerte! ¿Sabes por qué los artistas pueden permitirse vociferar sus principios? Porque la gente como yo paga sus facturas.

Perdita estaba detrás de Leo.

—No le hable así —dijo.

Leo se volvió hacia Perdita.

—¿Quién te has creído que eres?

Perdita miró a Leo. No dijo nada. Perdita miró a Leo y se estremeció, como si la hubiese abofeteado. Él pensó..., casi pensó..., pero estaba pensando en MiMi. Alguien lanzó un ladrillo. ¿Era un ladrillo? El pasado le golpeó en la cara como un ladrillo.

Intentó hablar, pero le dolía la cara. Luego la muchedumbre se agitó cuando la policía tiró de una lona en la que se había sentado un grupo de manifestantes enfrente del edificio.

Perdita vio a Zel abriéndose paso entre los periodistas. Discutía con un guardia de seguridad. El guardia le empujó. Zel le devolvió el empujón.

—¡Zel! —gritó Perdita—. ¡ZEL!

Leo se volvió a cámara lenta. *¿Qué había dicho? ¿Qué le estaba pasando al tiempo? Tuvo la sensación de que estaban demoliendo el tiempo ladrillo a ladrillo. El muro estaba cayendo.*

Leo vio a Zel. *¿Zel? No, no podía ser él. No era a Tony a quien había visto esa mañana en el cementerio.* Se limpió la cara con el dorso de la mano. Le salía sangre de donde le había golpeado el ladrillo. Todo el mundo gritaba. No se oía nada.

«Parece que Leo haya visto a un fantasma», pensó Perdita, y se preguntó

qué querría decir la gente con eso, porque nadie ve fantasmas, pero aun así parece que los hayamos visto...

Zel corrió hacia delante. El guardia de seguridad se interpuso entre él y Leo. Leo negó con la cabeza. El guardia retrocedió.

—¿Zel...? ¿El hijo de Xenó?

—Sí —dijo Zel.

—¿Qué haces aquí?

—Ha venido conmigo —dijo Perdita.

—¿Os conocéis?

—Es mi novia.

—¿Quieres callarte? —dijo Perdita.

—¿Miranda es tu novia?

—No... P...

—¡CÁLLATE! —gritó Perdita.

Leo estaba estupefacto. El que gritaba era él.

—¿Está Xenó aquí?

Aquí, en tu ciudad

Shep se había recuperado bien.

No tenía secuelas físicas ni mentales. Perdita lo sabía cuando subió al avión, pero aun así no quiso decirle a Shep lo que iba a hacer. Lo visitó por la tarde y luego fue directa al aeropuerto para encontrarse con Zel y tomar el corto vuelo a Dallas y luego el vuelo nocturno a Londres.

Clo oyó el mensaje que le dejó en el buzón de voz, pero tampoco le dijo nada a Shep. ¿Qué iba a decirle? Pero al día siguiente Shep quiso saber por qué Perdita no había ido a verlo.

Clo guardó silencio.

Shep se incorporó en la cama y miró a su hijo.

—Le contaste lo del torno para bebés, ¿verdad? —Clo guardó silencio. Shep movió la cabeza y no dijo nada durante un rato. Luego dijo—: Ya que hemos empezado, será mejor acabar. Escucha...

Esa tarde Clo fue a ver a Autólico y consiguió la dirección que necesitaba.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Autólico—. No me gusta perderme nada.

—Pregunta a mi padre —respondió Clo.

«No lo dudes», pensó Autólico mientras Clo se alejaba en el coche.

Clo no tardó en llegar a la casa desierta. Llamó al telefonillo. No hubo respuesta. Así que aparcó el Chevy delante de la pesada reja, se subió al techo del vehículo y saltó al camino de entrada. Aporreó la puerta y volvió a

gritar y la aporreó un poco más. Después se envolvió el puño en la chaqueta y rompió la enorme y elegante ventana que Perdita había dejado con las persianas abiertas y sin atrancar. Entró.

—La espeluznante noche de los horrores —dijo Clo, contemplando la chimenea vacía y los sillones mohosos.

Entró en el vestíbulo. Oyó música en el piso de arriba. Rickie Lee Jones. Buena elección. Subió los escalones de dos en dos.

Clo abrió la puerta del piso de arriba. Xeno miraba una pantalla gigante cubierta de plumas.

—Juerguista, recoge tus cosas. Shep quiere hablar contigo.

A la puerta de la Roundhouse Leo intentaba oír a Lorraine LaTrobe. La secretaria le había llamado con el manos libres desde el despacho de Sicilia y tenía los brazos cruzados sobre el traje de cuero de Chanel.

—Tres hombres. Dos negros. Un gay.

—¡Llama a Pauline!

—Está de camino.

Leo se abrió paso entre los manifestantes hasta la calle. Lo zarandearon, lo increparon, le escupieron y lo golpearon con un cartel. No se dio cuenta. Levantó el brazo, paró un taxi, y subió con Perdita y Zel.

—¿Te importa explicarme qué está pasando? —le preguntó a Zel.

Habían tomado el vuelo nocturno. Xeno compró los billetes. Cuando se atenuaron las luces en el avión, Xeno no tenía claro si estaba volando en el espacio o en el tiempo. El tiempo no puede deshacerse, pero puede recobrase, ¿no?

Leo corrió por las anchas escaleras hasta su despacho. Jadeaba. La señorita LaTrobe montaba guardia como si hubiese nacido de pie allí.

—He hecho lo que he podido —dijo.

Perdita entró en la recepción. Corrió hacia su padre.

—¡Papá!

—¿Este hombre es tu padre? —preguntó Leo—. ¿Xeno? ¿Xeno?

Los dos hombres se miraron y Leo reparó en que estaba apretando los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. No por la rabia. No podía hablar.

—Leo —dijo Xenó.

Eran como estatuas. Ninguno de los dos era capaz de ir hacia el otro. El pasado pesaba demasiado.

Abajo, se oyó un portazo. Pauline apareció en el despacho con aire agitado y alucinado. Vio a Xenó, corrió hacia él y lo rodeó con los brazos, él también la abrazó.

—Nunca pensé que volvería a verte, Xenó. ¡Nunca!

Leo salió del trance.

—¿Podemos pasar a mi despacho?

En el despacho, Clo y Shep se quedaron de pie. Shep llevaba una bolsa de viaje barata. Abrió la cremallera y sacó el maletín. Leo nunca lo había visto, así que no tenía ni idea de lo que pasaba.

Perdita habló:

—Papá...

Shep alzó la mano.

—Así es como empezó todo y así es como vuelve a empezar.

Shep abrió el maletín y extrajo la partitura. Pauline se desplomó en el sofá blanco como si la hubiesen empujado. Intentó levantarse, pero alguna fuerza se lo impidió. Shep sacó la bolsa descolorida de terciopelo y derramó los diamantes en su manaza.

—Son tuyos, Perdita. Lo sabes.

—¿Cómo que Perdita? —dijo Leo—. Se llama Miranda.

—Me llamo Perdita —dijo ella.

Y la historia se derrumbó piedra a piedra, brillante y contenida, como queda atrapado el tiempo en un diamante, como queda la luz atrapada en cada piedra. Y las piedras hablan, y lo que era silente abre la boca para contar una historia y la historia se engasta en la piedra para romper la piedra. Lo pasado, pasado está.

Pero.

El pasado es una granada de mano que estalla al lanzarla.

—¿De quién es hija? —preguntó Leo—. ¿Esta Perdita? ¿Esta Miranda?

—Nuestra —respondió Shep—. Empezó siendo suya y luego fue mía.

Leo extendió la mano para ver el collar. Shep se lo dio.

—Lo reconozco —dijo Xenó—. ¿Por qué no lo reconocí?

Leo deslizó los dedos por el collar.

—Se lo compré a MiMi el día que nos conocimos.

—El hombre al que envió —dijo Shep—, Tony Gonzales, metió a la niña en el torno para bebés del hospital de Santa María para protegerla. Lo seguían para robarle el dinero, pero entonces yo no lo sabía. Nosotros, Clo y yo, intentamos salvarlo. Luego encontré a Perdita.

—¿Y por qué no la llevaron a la policía?

—¿Para que la metieran en un orfanato? ¿Para que la adoptaran unos desconocidos? Pensé que alguien capaz de abandonar a su propia hija no era digno de ser padre.

—No creía que Perdita fuese mi hija —dijo Leo—. Pensaba que era de Xenó.

—Yo sabía que no era mía —replicó Shep—, pero la quise igual.

—¡Claro! —dijo Clo.

—¿Qué hizo con el dinero? —preguntó Leo.

—¡Leo! —Pauline sabía adoptar un tono muy peculiar y ahora lo adoptó. Shep se enderezó.

—No me importa responder, señora. Para eso he venido. Leo, usted es de los que hacen que el mundo sea como es. Yo soy de los que habitan el mundo tal como es. Para usted, no soy más que un negro, por lo general un guardia de seguridad o un repartidor. Y, como para usted lo más importante es el dinero y el poder, cree que ocurre igual con quienes no los tienen. Puede que sea así para algunos..., porque tal y como han organizado el mundo los tipos como usted, solo un décimo de lotería premiado puede cambiar la vida de gente como yo. El trabajo y la esperanza ya no sirven. El sueño americano se ha acabado.

—Me gusta nuestra vida —objetó Perdita—. Todo lo que hiciste por nosotros.

—Perdita... —replicó Shep—. El Vellochino, le hablo del negocio que tenemos en nuestra ciudad, Leo, es un piano bar donde se escucha buena música y se come buena comida. Perdita, en el testamento el local está al cincuenta por ciento para Clo y para ti porque la mitad del dinero era de la madre de Clo, su seguro de vida cuando murió. La otra mitad es tuya. No hay nada mío. Supongo que en eso usted y yo somos diferentes, Leo, porque para mí poseer no significa nada. Me parece una de las miserias de este mundo.

Leo guardó silencio más rato del que solía.

—¿Me roba a mi hija, se gasta mi dinero y ahora viene a mi despacho a sermonearme sobre cómo hay que vivir? —dijo luego.

—Sí —respondió Shep.

Una larga pausa. Se habría oído el ruido de un alfiler al caer. Respiraciones contenidas. Dedos cruzados. Ojos cerrados. No pueden mirar.

Pauline conocía a Leo mejor que nadie, pero no habría sabido decir qué iba a hacer. ¿Haría pedazos ese momento o dejaría que se abriera en el tiempo?

Perdita se acercó a Shep y le dio la mano. Leo la miró. Miró todos los años que no había tenido. Miró su rechazo. Y vio su oportunidad.

Leo se acercó a Shep, tendiéndole la mano.

—Gracias —dijo Leo—. Ojalá nos hubiésemos conocido antes.

Shep le estrechó la mano.

Pauline intentó seguir de pie, pero las piernas no la sostenían. «¿Quién me las ha quitado?».

La tensión desapareció y Clo le dio la mano a Xenó, que parecía necesitar una copa.

De pronto Shep se sintió exhausto.

—¿Puedo sentarme? ¿Puedo sentarme a su lado...?

—Me llamo Pauline —dijo ella.

—Acabo de salir del hospital..., un ataque sin importancia. Y hemos pasado la noche viajando. —Shep aposentó su corpachón al lado del cuerpecillo de Pauline y ella le dio la mano.

—¿En qué hotel están? —preguntó Leo.

—Ni siquiera sé en qué ciudad estamos —respondió Clo.

—Los instalaré a todos en el Claridge... ¿Dónde se ha metido mi

ayudante personal? —Leo empezó a gritar—: ¡VIRGINIA!

—¡Leo! —exclamó Pauline—. ¿Para qué van a ir al Claridge? Es nuestra familia. Pueden quedarse en mi casa.

—Cualquiera diría que eres judía —respondió Leo.

Xeno, Leo y Pauline tomaron un taxi. Shep y Clo y Perdita y Zel les siguieron en otro. Perdita se sentó al lado de su padre y le dio la mano.

—¿Sabes dónde está MiMi? —le preguntó Leo a Pauline poco después.

—Nunca me lo habías preguntado.

—Temía que supieras la respuesta.

—El tiempo se ha paralizado durante dieciocho años —respondió Pauline— y ahora quieres que todo ocurra a la vez.

—Quiero que MiMi sepa lo de Perdita.

Los taxis se detuvieron ante la gran casa de ladrillo apartada de la carretera.

—Qué casa tan bonita —dijo Shep.

—Esta zona era un arrabal —le contó Pauline—. Aquí se instalaron judíos que habían huido de los campos después de la guerra. Mis abuelos tenían amigos en la zona...; si paseabas por la calle, se oían violines y acordeones, armonios y mandolinas. Todo era música y habitaciones de alquiler. Cuando la compré, era una pensión..., tuve un inquilino en el piso de abajo diez años. Tenía un burro en el jardín. Entrad, entrad.

Pasaron al amplio y acogedor vestíbulo con flores sobre la mesa.

—¡Leo! ¡Xeno! ¡Id a la cocina y preparad el té! ¡Zel! ¡Clo! ¿Os importa meter las maletas? Tengo seis dormitorios, y que yo sepa solo hay uno ocupado. Siempre pensé que tendría una familia, conocéis el dicho, ¿no?: «Construye y ya vendrán». Pues no vinieron.

Shep se acercó al piano de cola que había en el mirador.

—Es precioso. ¿Toca usted?

—Desde niña —respondió Pauline.

Shep hojeó las partituras.

—Debe de tocar usted muy bien. Mozart. Beethoven. Yo soy autodidacta. No sé tocar esas cosas.

—Y yo no sé tocar de oído —dijo Pauline.

—Claro que sí —replicó Shep—. Yo le enseñaré. ¿Puedo?

Shep se sentó al piano. Empezó a interpretar *Summertime*. Sus manazas eran fuertes y hermosas.

—Tiene un sonido precioso.

—Mi dinero me costó —dijo Pauline—, debería estar en el Carnegie Hall. Perdita fue a su lado y empezó a cantar. «Hush little baby, don't you cry... One of these mornings...».

Pauline se sentó. La voz era tan pura como la de MiMi, pero tenía un timbre más profundo y más visceral.

Leo y Xeno llegaron de la cocina. Clo volvió del vestíbulo.

—Esa es mi hermanita —dijo radiante de orgullo.

Shep empezó a sincopar la melodía en el piano y a acompañarla con los potentes graves.

WAKE UP SINGING.

YOUR DADDY'S RICH.

YOUR MAMA'S GOOD-LOOKING.

Por la noche, mientras todos comían sentados a la enorme mesa de la cocina y se contaban sus historias, Pauline se escabulló y reservó asiento en el primer tren matutino a París.

Xeno la vio salir. Se puso en pie, dudó, luego fue a servirse más pastel de pollo. Zel se llenó su plato.

—Zel —dijo Xeno—, ¿crees que podríamos hablar?

—¿De qué? —preguntó Zel sin mirarlo.

—De cómo he echado a perder mi vida. De que eres mi hijo y de que estoy orgulloso de ti.

Zel no lo miró. Volvió a la mesa.

Xeno se sirvió una copa de vino. Luego fue al fregadero, la vació y se sirvió agua de la nevera.

Pauline despertó a las cuatro y media de la madrugada en la casa dormida,

poco después salió a las calles vacías y corrió hasta la esquina, donde el taxi la esperaba discretamente, así nadie se enteraría.

Pero Xenó sabía que se iría. Estaba en su cuarto y, al oír cerrarse la puerta sin ruido, fue descalzo a la ventana que daba a la calle.

Encendió el ordenador. En el juego, miró desde las calles frías hacia la ventana de MiMi, siempre apagada. Esa noche él no tenía alas.

Había luz en la ventana.

Si esto es magia...

Pauline tomó la línea 4 del metro hacia Cité.

Bajó las escaleras de Notre Dame y pasó casi una hora yendo y viniendo entre la oficina de despacho de billetes para los barcos turísticos y la entrada al canal Saint-Martin.

Había mucho ajeteo en el muelle adoquinado. Hombres y mujeres que almorzaban. Un grupo de escolares aburridos escuchaban la historia de la catedral y aguardaban su turno para subir a una *vedette* e ir a la torre Eiffel. Los barcos-restaurante estaban cerrados y soñolientos. Los jardineros instalaban los aspersores de riego en las orillas cubiertas de hierbajos.

¿Es esa? Dicen que es esa.

Pauline se acercó a la pequeña figura envuelta en un enorme abrigo que contemplaba inmóvil el agua. Sacó una carpeta A4. Dentro había una partitura donde habían escrito a mano «PERDITA» con un lápiz sin afilar.

Y el mundo sigue a pesar de la alegría o la desesperación, o la fortuna de una mujer o la pérdida de un hombre. Y no podemos conocer la vida de los demás. Y no sabemos nada de nuestras vidas más allá de los detalles que podemos controlar. Y lo que nos cambia para siempre ocurre sin que sepamos que iba a ocurrir. Y el momento que parece idéntico a los demás es el momento en el que se destrozan o se curan los corazones. Y el tiempo que corre tan seguro y constante se acelera fuera de los relojes. Se necesita muy poco tiempo para cambiar toda una vida y toda una vida para comprender el

cambio.

Música, despiértala

HollyPollyMolly estaban en la Roundhouse.

Leo se enfrentaba a sus sentimientos procurando que todo fuese lo más grande, ruidoso y colorido posible para convencerse a sí mismo de que él estaba al mando.

—Tu grupo de chicas, Las Separaciones... ¡Que suban en el primer avión!

Perdita llamó por Skype a Holly e intentó contárselo y Shep telefoneó a su padre.

Leo les pagó el billete, pero el padre fue inflexible: las chicas necesitaban un acompañante.

—¿A quién podríamos pedírselo? —dijo Clo—. No me fío de ninguno de mis amigos.

—Sé a quién llamar —anunció Shep—. Vino a verme al hospital.

—Tendrán que compartir habitación, Leo —objetó Pauline—. Tengo la casa llena.

—¡Pauline! Esto es Londres, una de las principales capitales del mundo. Hay hoteles. No todas las visitas inesperadas que llegan a Heathrow tienen que alojarse en tu casa.

—¿Es que mi casa no es lo bastante lujosa?

Pauline se había comprado ropa nueva, había perdido peso y sonreía mucho.

—Estás feliz, ¿verdad? —le preguntó Leo—. Debes de estarlo, si hasta has dejado de comprar la ropa en Marks and Spencer.

—¿Feliz? —Pauline se encogió de hombros—. Feliz es cosa de gentiles, pero supongo... que estoy..., bueno, estoy *kvell*.

—¿Alguna vez llegaré a saber qué dices? —exclamó Leo. Y añadió—: ¿Qué hay de MiMi?

—Hay un viejo dicho sefardí...

—Cómo no...

—Hay que dar tiempo al tiempo.

HollyPollyMolly estaban repasando las canciones con Perdita y Shep cuando oyeron que alguien aplaudía desde abajo. Con las luces era difícil ver, pero pronto distinguieron una figura familiar que saludaba a Shep con la mano.

Era Autólico.

—¡Hola, Perdita! Me he enterado de que has encontrado a tu padre.

—Nunca lo perdí. Está aquí.

—Es una buena chica... Ojalá mis hijos fuesen como ella.

—No sabía que tuviese usted hijos.

—Una historia después de otra, o esto acabará pareciendo *Las mil y una noches*...

Pero HollyPollyMolly habían vuelto a cantar y Pauline se acercaba al escenario con una bolsa llena de bocadillos.

—¡Estoy muerto de hambre! —exclamó Autólico—. Gracias, señora, gracias.

Le hincó el diente a un bocadillo de jamón y queso.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Pauline—. ¿Va a quedarse en mi casa?

Zel y Perdita paseaban de la mano en la tarde calurosa.

—Si lo contara, nadie se lo creería —dijo Perdita—. Hace un mes éramos personas normales.

—Esas son las más peligrosas —dijo Zel—. Creo que los culpables somos nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que te conté antes..., en ambas vidas, en la que echaron a perder, o

en esta, la que no pudieron echar a perder, porque no la encontraron..., tú y yo íbamos a estar juntos.

—Esa es la versión de Hollywood.

—Hollywood no inventó el destino.

—¿De modo que estoy destinada a pasar la vida contigo?

—No..., ahí interviene el libre albedrío. No estás obligada a casarte conmigo.

—¿Acabas de pedirme que me case contigo?

Zel la abrazó como si este fuese un final feliz.

Shep y Pauline estaban sentados en el jardín de Pauline. Pauline le había contado a Shep toda la historia. Cuando llegó a la parte de Tony Gonzales, Shep tenía la cabeza entre las manos.

—¡Eso dijo! Su última palabra: «Pauline».

Entonces pensé que era el nombre del bebé, pero decidimos llamarla Perdita por la partitura. Significa la niña perdida, ¿no?

Pauline asintió con la cabeza.

—¿Tony pronunció mi nombre?

—Se lo juro, Pauline. Siempre creí haber cumplido con mi deber. Ahora... no estoy tan seguro.

—No pudo usted salvar a Tony.

—Lo intenté, Pauline, créame; Clo y yo no somos héroes, pero no miramos para otro lado: corrimos en su ayuda.

Pauline le dio unos golpecitos en la mano.

—Deje de culparse. Tiene unas manos muy bonitas. ¿Lo sabía? Tony tenía las manos muy bonitas... manos de trabajador.

Shep sonrió y la tomó de la mano.

—Usted tiene manos generosas, anchas. Pero, Pauline, si hubiese llevado a Perdita a la policía, habría vuelto con su madre.

—¿Y qué infancia habría tenido? El divorcio, el horror de todo lo que pasó después. Milo. Y Leo habría tenido a Perdita la mitad del tiempo, y a MiMi la otra mitad, y toda la desdicha de la pérdida y el error, y ellos que no se hablaban. Perdita es feliz con usted.

—Nunca tuvo una madre.

—No sé si MiMi habría podido ser una madre para ella. MiMi sufrió un golpe terrible. No fue solo Perdita..., también Milo.

—¿Siguió usted en contacto con MiMi?

Ella asintió.

—Nunca se lo dije a Leo. Pero él tampoco me lo preguntó.

—¿Cómo le perdonó usted?

—Él no quiere que le perdonen. Pero ¿cómo se puede vivir sin perdonar?

—Creo que yo esperaba el perdón de mi mujer —dijo Shep—, y no era posible porque estaba muerta. Y como estaba muerta, mi corazón también murió. Cuando falleció mi mujer, olvidé cómo amar: era como si se hubiese llevado consigo el libro de instrucciones. Luego pasó lo de Perdita, como un milagro, un verdadero milagro, como un nuevo comienzo, la noche, la lluvia, la luna, como un planeta a punto de aterrizar, y ahí estaba, envuelta en blanco como si la hubiese vestido la luna; intenté devolverla pero no pude, porque ella era mis instrucciones para amar.

Pauline puso su otra mano sobre la de Shep. Él le cubrió la mano con la otra mano.

—Me encanta teneros a todos en casa —dijo Pauline—. Es como si os conociera de siempre. Siempre he vivido aquí, pero me siento como si hubiera vuelto a casa.

—¿Alguna vez ha estado en Luisiana? —preguntó Shep.

En ese momento se abrió la puerta trasera y Autólico salió al jardín. Saludó con la mano.

—Me voy a mi cabaña de pastor. Tiene una casa muy bonita, Pauline. ¿Juega usted al póquer?

Shep y Pauline entraron. Shep se sentó al piano y empezó a improvisar. Pauline fue a sentarse a su lado. «Ojalá supiera tocar así».

—Mire..., yo tocaré la mano izquierda y usted ponga la melodía a mis acordes.

Se pusieron a tocar. Pauline dudaba y se reía.

—¿Dónde ha aprendido estos acordes tan imponentes?

—Es el estilo pentecostal. ¿Los judíos no tienen pentecostales?

—Tal vez aún no los he visto.

—Estos son los acordes del Segundo Advenimiento.

—Entonces tengo un problema..., nosotros seguimos esperando la primera visita del Mesías.

Pauline extendió las manos..., era rápida y hábil y capaz de seguir la melodía si Shep la ayudaba con los acordes.

—¡Eso es! ¡Ya le ha pillado el truco! La contrataré en el Vellochino. Se ganaría un sueldo. Ahora pruebe también con la mano izquierda..., no cambie de clave y toque estos acordes fáciles. Me pondré a su espalda.

Shep se puso detrás de Pauline y se inclinó sobre ella, con sus largos brazos a cada lado guiándole las manos y añadiendo algo de *jazz*. Se inclinó un poco más. Pauline se recostó contra él. Él la abrazó.

Era el día del concierto.

Perdita estaba nerviosa, las chicas no habían podido ensayar el día anterior: el edificio estaba cerrado por la llegada de los técnicos. Zel y ella pasaron delante de la Roundhouse a última hora de la noche de regreso a casa de Pauline. Las luces estaban encendidas y el grupo estaba tocando.

—Qué raro —dijo Perdita—. Alguien está ensayando.

Intentaron entrar por las grandes puertas principales y por la entrada de los artistas, pero todas estaban cerradas.

Cuando llegaron, se lo contaron a Pauline, que estaba a punto de salir.

—Ha habido un problema técnico —les aclaró—. Ahora mismo iba para allá.

—Es medianoche —dijo Perdita.

—Ya me he convertido en calabaza —dijo Pauline—. No te preocupes.

Era el día del concierto.

—Tengo malas noticias para ti, Leo —anunció Pauline.

—Me da igual —respondió Leo—. ¿Cuánto hemos perdido?

—¿Te da igual?

—Son solo negocios. Mira lo que hemos encontrado. Hemos encontrado a Perdita.

—El secretario de Estado ha llamado a propósito del permiso de planificación para la Roundhouse.

—Ya nos lo han concedido.

—Han acusado a nuestro principal fiador de soborno, corrupción y conspiración para alterar el curso de la justicia.

Leo pareció aliviado.

—Bueno. Harán falta cinco años y un bufete de abogados, pero lo absolverán. ¿Qué más da?

—Ha confesado.

—¿Ositavitch ha confesado?

—Ha llegado a un acuerdo con la fiscalía. Creo que también lo acusaban de un par de asesinatos.

—¿Asesinatos? ¿Por qué no lo has dicho antes? Eso es peor. ¿Qué supone para nosotros?

—En la versión larga, peleamos. En la versión corta, no demolemos el edificio.

—Estoy intentando demoler la Roundhouse desde que...

—MiMi cantó aquí.

—De acuerdo, es una cuestión personal.

—Leo, la vida es una cuestión personal. Mantuviste la vida a distancia hasta que se acercó demasiado y luego la mataste.

—¿Pauline?

Leo se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Un hombre que no era joven. Un niño que no había crecido. Estaba sollozando. Pauline se arrodilló delante de él.

—He pensado muchas veces en matarme. Si no lo hago no es por cobardía, sino porque para mí sería más fácil estar muerto. ¿Qué es mi vida? Gano dinero y tengo recuerdos. Eso no es vivir. No me mato porque vivir es mi cadena perpetua. No quiero tu compasión, Pauline. Solo quiero que lo sepas.

—Lo sé —respondió Pauline—. Por eso sigo aquí.

Era la noche del concierto.

Pauline fue a la peluquería. A Elaine, en Golders Green.

—Quiero un peinado impresionante, Elaine. Es una ocasión especial.

Elaine le puso el pelo de punta, como si hubiese visto uno de esos fantasmas que nadie ve.

—Está bastante largo..., un poco de laca, un poco de fijador. ¿Te lo pongo de punta?

—Ponlo de punta, Elaine.

Autólico parecía recién salido de fábrica con su traje de Camden Town.

—Estás impresionante, Toly —dijo Pauline.

—Solo mi madre me llamaba Toly —respondió él—. Si alguna vez vienes al oeste, te conseguiré un buen coche. Por casualidad, ¿no sabrás preparar sopa de pollo?

—¿Tú qué crees? —preguntó Pauline—. Toly, quería preguntarte una cosa. Zel... ¿es un buen chico...? Ya sé que no es judío, pero ¿es un buen chico?

—No le digas que te lo he dicho —repuso Autólico—, perjudicaría a mi autoridad. Pero es de lo mejorcito. Ese chico es de lo mejorcito. Claro que ha tenido un buen maestro...

Xeno esperaba a la puerta de la casa de Pauline.

Zel salió con un traje negro y camiseta blanca. Xeno llevaba tejanos negros, camiseta negra y zapatos de gamuza rosa.

—Eres muy gay —dijo Zel.

—Ya estaba en la industria del estilo antes de que tú nacieras —respondió Xeno—. Bonito traje.

Zel vaciló. Luego sonrió. Xeno vaciló. Luego sonrió.

—Me gustaría conocerte.

Zel vaciló.

—Creo que voy a ir a pie. ¿Vienes?

Clo nunca había conocido a ninguna mujer tan alta como él.

—¿Cuándo leíste por primera vez a Hemingway? —le preguntó Lorraine LaTrobe.

Clo no podía decirle que no había leído a Hemingway. Que no había sacado el libro del bolsillo de la chaqueta desde que se lo regaló Autólico. Que se había llevado el libro y la chaqueta a Londres y que había olvidado la chaqueta en el despacho de Leo y que Lorraine LaTrobe había recogido el libro cuando cayó al suelo al ir a coger la chaqueta.

Qué *sexy* era.

—*Fiesta* es mi novela favorita de Hemingway —dijo Lorraine LaTrobe—, aunque también me encanta *París era una fiesta*. El recuerdo. La época que pasó en París... Shakespeare and Company.

—Sí, claro —dijo Clo—. Aquella librería.

Lorraine LaTrobe pasó su fuerte mano por el fuerte muslo de Clo.

HollyPollyMolly estaban en los camerinos poniéndose los vestidos nuevos.

Perdita seguía en la ducha. Estaba nerviosa y desconcentrada. No parecía ella.

Shep llamó a la puerta. Perdita fue a abrirle en albornoz, con el pelo envuelto en una toalla.

—Hola, papá.

Shep entró.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

Todo, pero no podía decirlo. Demasiado, pero no podía explicarlo. Suficiente, pero no podía entender por qué lo que ella quería parecía haber ocurrido y ahora no lo quería. Se sentía como Eva después de la manzana.

—Es viernes; deberíamos estar en el bar, sirviendo almejas y pidiéndole a la gente que escoja una canción.

—Podemos volver pronto.

«No podemos —pensó ella—, porque nuestra casa no está donde la dejamos. Si pudiera retroceder en el tiempo, lo haría».

Shep le leyó el pensamiento.

—No podemos volver a ser como éramos o quienes éramos, es cierto. Pero aun así podemos volver a casa.

La abrazó.

Llamaron a la puerta. Eran Clo y Lorraine LaTrobe.

—Hemos venido a desearte suerte, hermanita —dijo Clo.

Lorraine LaTrobe llevaba un vestido de licra muy ajustado y tacones de aguja. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza y teñido de rojo como la luz de un semáforo.

—Estás impresionante —dijo Perdita—. ¿Has venido en bicicleta?

—No tengo bicicleta. Las bicicletas son para los veganos.

Rodeó a Clo con el brazo. Él parecía cohibido.

—Hola, papá.

Pauline llegó corriendo por el pasillo con el pelo envuelto en una toalla.

—¡Es la hora! ¡Hola, Lorraine!

—Hola, señora Levy —respondió Lorraine—. Estaremos en primera fila. —Cogió a Clo de la mano y se marcharon.

—Menuda mujer —dijo Shep.

—Es trans —replicó Pauline.

—Trans ¿qué? —preguntó Shep.

—Da igual, papá —terció Perdita.

—¿Estás lista? —quiso saber Shep—. Es la hora.

Era la noche del concierto.

El enorme espacio estaba abarrotado. Faroles rojos y luces rojas iluminaban al público. En el escenario elevado, de un blanco plateado, había un enorme piano de cola, una batería y mucho sitio para la sección de metales. Actuaron un par de grupos locales muy rompedores, dos poetas-performers, un cómico y un tragafuegos.

Las Separaciones terminaron su número. Al público le encantó.

—Podría promocionarlas —dijo Leo.

Pauline lo miró y puso cara oy vey.

—¿No conoces el dicho: deja que tus hijos escojan su destino?

—¿Quieres dejarte de yidis y decirme qué está pasando? —exclamó Leo

—. ¿Por qué están cambiando el escenario? ¿Quiénes van a tocar ahora?

—Es su grupo —dijo Paulina.

—¿El grupo de quién? —preguntó Leo.

El teatro y el escenario quedaron a oscuras. Un apagón negro, como la noche en un sueño. Y de pronto se hizo la luz, cenital, como la luz de una ventana. ¿Y caían plumas en el escenario, o era nieve? ¿Había diamantes mezclados con la nieve y las plumas brillaban como una segunda oportunidad?

El foco iluminó un espacio vacío que llevaba tanto tiempo vacío que nadie lo recordaba, ¿y qué es el recuerdo sino una cuerda tendida a través del tiempo?

Hay una mujer de pie como una estatua bajo la luz. Lleva un sencillo vestido negro y los labios pintados de rojo, tiene una espesa mata de pelo corto.

No se mueve. Luego sí.

—Esta canción es para mi hija. Se llama *Perdita*.

Leo se puso en pie, fue al pasillo. Xenó se le acercó desde algún lugar indeterminado del teatro y se colocó a su lado. Le pasó un brazo sobre los hombros. Leo lloraba, largas lágrimas de lluvia.

Lo que se pierde se encuentra.

Y así los dejamos, en el teatro, con la música. Yo estaba sentada al fondo, esperando a ver qué pasaba, y ahora estoy en la calle en una noche de verano, con la lluvia chorreándome por la cara.

He escrito esta versión porque esta obra de teatro ha sido mi texto particular

durante más de treinta años. Con eso quiero decir que es una parte del mundo, de la escritura, fuera de la cual no puedo vivir.

Es una obra teatral sobre una expósita. Y yo lo soy. Es una obra sobre el perdón y un mundo de futuros posibles, y nos dice que el perdón y el futuro están ligados en ambos sentidos. El tiempo es reversible.

Las últimas obras de Shakespeare se basan en el perdón.

Pero ¿qué se perdona?

Cuento de invierno revisa el tema de *Otelo*: un hombre que prefiere aniquilar el mundo antes que cambiar. Pero esta vez la heroína no tiene que morir al servicio de las ilusiones del héroe. En realidad, es de sí mismo de quien desconfía Otelo y a sí mismo a quien es incapaz de amar, no a Desdémona, pero cuando Shakespeare vuelve sobre la cuestión, le da una segunda oportunidad.

Hermione no muere. Y tampoco Leontes ni Políxenes. Y el futuro está asegurado porque Florizel y Perdita no actuarán como sus padres. ¿O sí?

El perdón. Un relato solo tiene tres finales posibles, si se deja de lado el «Y vivieron felices y comieron perdices», que no es un final, sino una coda.

Los tres finales posibles son:

La venganza. La tragedia. El perdón.

Shakespeare conocía bien la venganza y la tragedia.

Hacia el final de su vida como escritor, se interesó por el perdón, o más bien, volvió a interesarse por el perdón, porque ya está en el personaje de Helena, frente al narcisismo pornográfico del egoísta y malcriado Bertram en *Bien está lo que bien acaba*, y también en Isabella, frente a la salvaje lujuria de *Medida por medida*. Y en Porcia, la poeta de la piedad, ante la deuda asesina de una libra de carne. No es que Shylock sea judío..., es que no es lo bastante judío. El Antiguo Testamento se fundamenta en hacer borrón y cuenta nueva: en perdonar la deuda. El pasado no debe hipotecar el futuro.

Ante todo, el perdón da la medida de Cordelia y de Hermione. En *El rey Lear*, Cordelia muere al servicio del amor, luchando contra otro par de hermanos shakesperianos enfrentados, Edmund y Edgar (piénsese en cuántas veces Shakespeare utiliza ese recurso, ¿qué otra cosa son Leontes y

Políxenes?). Cordelia también está atrapada entre sus hermanas, Goneril y Regan, serpientes tan mortíferas como lady Macbeth, esclavas, como ella, de los juegos de poder masculinos. Lear, como padre, no protege a su hija menor de su propia locura, al igual que Leontes abandona a Perdita a las águilas y los cuervos, los lobos y los osos. Shakespeare no tenía una gran opinión de la vida familiar: ¿quién querría que lo educara un Montesco o un Capuleto? ¿A quién le gustaría tener unos padres como los de Hamlet?

Miranda, en la última obra de Shakespeare, *La tempestad*, tiene un padre por el que vale la pena haber nacido..., pero solo están ellos dos en la isla y, cuando aparece Fernando, Próspero vacila, en el filo de la sempiterna furia de los celos, y se protege del futuro impidiendo que este suceda. No se deja arrastrar por la ira..., y Shakespeare se aleja de la obra, como nosotros, y deja que los jóvenes hagan lo correcto la próxima vez.

Como dijo Ezra Pound: «Renuévalo».

Cuento de invierno es una obra en la que el pasado depende del futuro tanto como el futuro del pasado. El pasado en *Cuento de invierno* no es historia, sino tragedia. Y la tragedia no puede consumarse sin conciencia. Es la dimensión de la pérdida, su sentido y su sinsentido, lo que hace tan dolorosos los celos y la violencia del primer acto.

La segunda parte, con los pastores danzantes y su amable tono pastoril, ofrece un evidente contraste con los sombríos y oscuros salones de Sicilia. Los valores del pastor y de su hijo, el payaso, son virtudes justas, comparadas con los sofismas absolutorios de las mentes de la ciudad.

Políxenes, que goza de nuestras simpatías en el primer acto, demuestra ser tan convencional e irracional como Leontes, cuando, en la segunda parte, intenta poner fin al amor que siente su hijo Florizel por Perdita con amenazas de muerte tan sexualmente sádicas como las que habría podido imaginar Leontes.

Perdita le parece demasiado vulgar para su hijo. Es una interpretación equivocada de la mujer, tan fatal como la malinterpretación de Leontes respecto a Hermione o la de Lear respecto a Cordelia.

Que todo se resuelva en la tercera parte parece un juego de

prestidigitación, pero no lo es. El arrepentimiento de Leontes es real. Ha pasado dieciséis años odiándose. La firmeza de Hermione es lo opuesto a la violencia impetuosa de Leontes en el primer acto, o a la cruel rabia de Políxenes en la segunda parte.

Hermione hace lo más difícil que puede hacerse para enmendar una situación equivocada: nada.

«Nada» es la palabra clave de la obra. El demencial discurso de Leontes sobre el supuesto adulterio incluye en sí la respuesta, aunque él sea incapaz de oírla.

¿No son nada los susurros?

¿Ni apoyarse mejilla con mejilla? ¿Ni rozarse nariz con nariz?

¿Ni besarse con los labios abiertos? ¿Ni interrumpir el curso de la risa con un suspiro (señal infalible

de virtud quebrantada)? ¿Ni poner pie sobre pie?

¿Ni esconderse en los rincones? ¿Ni desear que más de prisa corran los relojes,

que las horas sean minutos, el mediodía medianoche? ¿Y que todos los ojos

menos los suyos sean ciegos, los suyos no,

para poder obrar el mal sin ser vistos? ¿Eso no es nada?

Entonces el mundo, y todo cuanto hay en él, no es nada.

Nada el cielo que nos cobija, nada Bohemia,

mi mujer no es nada, y nada son estas nada

si esto es nada.

Después de los residuos nucleares de la lluvia radiactiva de Leontes, nada puede hacerse hasta que la siguiente generación esté dispuesta a poner remedio, y también ellos deben escapar primero de los necróticos anhelos del pasado, como Perdita esquiva la muerte por segunda vez.

Este es un cuento de viejas, un cuento maravilloso. Pero en los cuentos maravillosos normalmente la amenaza llega de fuera: un dragón, un ejército o un malvado hechicero. Shakespeare, adelantándose a Freud, sitúa la amenaza donde se halla en realidad: dentro de nosotros.

Cuento de invierno se llevó a escena por primera vez en 1611. Tuvieron que pasar otros trescientos años para que la incipiente ciencia del psicoanálisis empezara a entender cómo el pasado hipoteca el futuro, o que el pasado puede redimirse. Que el pasado espera emboscado como un mendigo disfrazado. A Shakespeare le gustaban los disfraces, que una cosa se hiciese pasar por otra: una chica que es un chico que es una chica. Una princesa que es una pastora que es una diosa. Una estatua que cobra vida. El horror y el esplendor de *Cuento de invierno* radican en que las cosas no son lo que parecen.

Y el tiempo, que establece todos los límites, nos ofrece la única oportunidad de liberarnos de los límites. Después de todo, no estamos atrapados. El tiempo puede redimirse. Lo que se pierde se encuentra...

Dejemos, pues, que ella diga la última palabra.

PERDITA

Pronto esta será nuestra vida juntos y tendremos que vivir en el mundo, como todos. Tendremos que ir a trabajar, tener hijos, construir un hogar, preparar la cena, hacer el amor, y, en estos tiempos en que la bondad escasea en el mundo, nuestras vidas correrán el peligro de quedarse en nada. Tendremos sueños, pero ¿se harán realidad?

Tal vez olvidemos que fuimos el lugar donde ocurrió el milagro. El lugar de peregrinación que cayó en desuso, cubierto de hierbajos, ruinoso y olvidado. Puede que no sigamos juntos. Es posible que la vida sea demasiado dura en cualquier caso. Tal vez el amor sea solo cosa de las películas.

Es posible que nos hagamos tanto daño el uno al otro que olvidemos que lo que sucedió sucedió. Encontraremos una coartada para demostrar que nunca estuvimos allí. Esa gente no existió.

A lo mejor una noche, cuando haga mal tiempo y me sujetes por las muñecas con demasiada fuerza, yo cogeré una linterna y saldré a pasear bajo la lluvia, con el cuello del impermeable subido para protegerme del viento, y no habrá estrellas en la oscuridad, y un pájaro saldrá volando sobresaltado del seto, y los charcos reflejarán la luz de la linterna, y más allá se oirá el rumor de la carretera, pero aquí se oirá el rumor de la noche, mis pasos y mi aliento.

Tal vez entonces recordaré que, aunque la historia se repite y siempre caemos, soy portadora de la historia cuya breve incursión en el tiempo no dejará huella, he aprendido algo que valía la pena saber, descabellado e improbable y que desafía la costumbre.

Como una bolsa de aire en un bote volcado.

El amor. Su dimensión. Su escala. Inconcebible. Inmenso. El amor que sentías por mí. El amor que sentía por ti. El amor que nos profesábamos. Real. Sí. Aunque me abra paso en la oscuridad con una linterna. Soy testigo y prueba de lo que sé: este amor.

El átomo y el ápice de mi vida.

Agradecimientos

Gracias a mi agente y amiga Caroline Michel. Al equipo de Chatto, sobre todo a Juliet Brooke y a Becky Hardie. A Rachel Cugnoni y a Áine Mulkeen en Vintage. A mis colegas de la Universidad de Manchester, sobre todo a John McAuliffe. A Laura Evans, que se las vio con la corrección de estilo y con mis absurdas galeradas, y a Val McDermid, que resolvió un problema. Y a Susie Orbach..., que se casó conmigo.

Y por último, aunque no por ello sea menos importante, gracias a William Shakespeare. Dondequiera que estés.



JEANETTE WINTERSON (Manchester, Reino Unido, 27 de agosto de 1959). Nacida en Manchester e hija adoptiva de una pareja con escasos recursos económicos, Jeanette Winterson creció en un entorno donde escaseaban los libros y abundaba el fervor religioso. A los dieciséis años la autora abandonó el hogar familiar para estudiar en Oxford y vivir su primera aventura de amor con una chica.

A los veinticuatro años publicó *Fruta prohibida*. En 1986 apareció *La pasión*, a la que siguieron *Espejismos* (1989), *Escrito en el cuerpo* (1992), *Powerbook* (2000) y, en 2004, *La niña del faro*. En 2012 se publicó *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, un libro de memorias extraordinario, y en 2013, *La mujer de púrpura*. Ahora llega su novela más reciente, *El hueco del tiempo*, que revisita *Cuento de invierno* de William Shakespeare.